



**HONORÉ
DE BALZAC**

**El coronel
Chabert**

seguido de
El verdugo,
El elixir de larga vida
y La obra maestra desconocida

Lectulandia

«¡Qué destino! [el del coronel Chabert]. Salido del hospicio de niños, vuelve a morir al hospicio de ancianos, después de haber ayudado en el intervalo a Napoleón a conquistar Egipto y Europa. ¿Sabe usted, querido mío —repuso Derville después de una pausa—, que existen en nuestra sociedad tres seres, el sacerdote, el médico y el hombre de justicia que no pueden estimar el mundo? Usan hábitos negros, sin duda porque llevan luto por todas las virtudes y por todas las ilusiones. Pero el más desgraciado de los tres es el procurador. Cuando el hombre va a buscar al sacerdote, lo hace impulsado por el arrepentimiento, por los remordimientos por creencias que le hacen interesante, que le engrandecen y que consuelan el alma del mediador, cuya labor no deja de ser agradable, pues tiende a purificar, a reparar y a reconciliar. Pero nosotros los procuradores vemos siempre repetirse los mismos malos sentimientos, sin que nada los corrija, y nuestros estudios son sumideros que no es posible sanear. ¡Cuántas cosas no he aprendido yo ejerciendo mi profesión! Yo he visto morir a un padre en un granero sin medio alguno de subsistencia, abandonado por dos hijos a los que había dado cuarenta mil francos de renta. Yo he visto quemar testamentos; yo he visto madres despojando de lo suyo a sus hijos, maridos robando a sus mujeres y mujeres matando a sus maridos, sirviéndose del amor que les inspiraban para volverles locos o imbéciles, a fin de vivir en paz con un amante. He visto madres que daban todos los gustos al hijo habido en el primer matrimonio, para acarrearle la muerte y poder enriquecer al hijo del amor. No puedo decirle a usted todo lo que he visto, pues he presenciado crímenes contra los cuales es impotente la justicia. Todos los horrores que los novelistas creen inventar están siempre muy por debajo de la verdad. Usted va a tener ahora el disgusto de conocer todas esas cosas allí —dijo señalando a París—; yo me voy a vivir al campo con mi mujer: París me causa horror.»

El coronel Chabert pertenece a las «Escenas de la vida privada». Esta edición incluye además: *El verdugo*, *El elixir de larga vida* y *La obra maestra desconocida* que pertenecen a los «Estudios filosóficos» de *La Comedia Humana*.

Lectulandia

Honoré de Balzac

El coronel Chabert

El verdugo. El elixir de la larga vida. La obra maestra desconocida

ePub r1.0

IbnKhalidun 13.09.13

Títulos originales: *Le Colonel Chabert* (1832), *El Verdugo*, *L'Élixir de longue vie* (1830) y *Le Chef-d'oeuvre inconnu* (1831)
Honoré de Balzac, 1832

Editor digital: IbnKhalidun
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A la señora doña Ida del Chatelar, condesa de Bocarmé.

—Vaya, ya tenemos aquí a ese viejo moscardón del carrique.

Esta exclamación la lanzaba un pasante que pertenecía al género de los que se llaman en los estudios *saltacharcos*, el cual mordía en este momento con apetito voraz un pedazo de pan. El tal pasante tomó un poco de miga para hacer una bolita, la cual, bien dirigida y lanzada por el postigo de la ventana en que se apoyaba, rebotó hasta la altura de dicha ventana, después de haber dado en el sombrero de un desconocido que atravesaba el patio de una casa situada en la calle Vivienne, donde vivía el señor Derville, procurador.

—Vamos, Simonín, no haga usted tonterías a las gentes, o le pondré de patitas en la calle. Por pobre que sea un cliente, siempre es hombre, ¡qué diablo! —dijo el primer pasante interrumpiendo la adición de una memoria de costas.

El *saltacharcos* es, generalmente, como era Simonín, un muchacho de trece a catorce años, que se encuentra en todos los estudios bajo la dirección especial del primer pasante, cuyos recados y cartas amorosas le ocupan, al mismo tiempo que va a llevar citaciones a casa de los ujieres y memoriales a las audiencias. Tiene algo del pilluelo de París por sus costumbres, y del tramposo por su destino. Este muchacho es casi siempre implacable, desenfrenado, indisciplinable, decidor, chocarrero, ávido y perezoso. Sin embargo, casi todos los aprendices de pasante tienen una madre anciana que se alberga en un quinto piso y con la cual reparten los treinta o cuarenta francos que ganan al mes.

—Si es un hombre, ¿por qué le llama usted moscardón? —dijo Simonín con la actitud de un escolar que coge al maestro en un renuncio.

Y reanudó su operación de comer el pan y el queso, apoyando el hombro en el larguero de la ventana, pues permanecía de pie con una pierna cruzada y apoyada contra la otra sobre la punta del zapato.

—¿Cómo podríamos fastidiar a este tipo? —dijo en voz baja el tercer pasante, llamado Godeschal, deteniéndose en medio de un informe que dictaba, teniendo a la vista un requerimiento compulsado por el cuarto pasante y cuyas copias habían hecho dos neófitos llegados de provincias—: ... *Pero en su noble y benévola complacencia. Su Majestad Luis XVIII (ponedlo en letra ¿eh?), en el momento en que volvió a tomar las riendas de su reino, comprendió... (¿qué habrá comprendido este farsante?) la elevada misión a que estaba llamado por la divina Providencia... (admiración y seis puntos: en la audiencia son, a mi parecer, bastante religiosos para consentirlos), y su primer pensamiento fue, como lo prueba la fecha de la real orden adjunta, reparar los infortunios causados por los espantosos y tristes desastres de nuestros tiempos revolucionarios, restituyendo a sus fieles y numerosos servidores (esto de numerosos es una frase que ha de halagar al tribunal) todos los bienes no vendidos que se encontrasen, ya bajo el dominio público, ya bajo el dominio ordinario o extraordinario de la corona, ya, en fin, que se encontrasen entre las donaciones de*

establecimientos públicos, pues nosotros somos o pretendemos ser hábiles para sostener que tal es el espíritu y el sentido de la famosa y tan leal real orden dictada en... Esperen ustedes —dijo Godeschal a los tres pasantes—. Este diablo de frase ha llenado el fin de la página. Pues bien —repuso mojándose con la lengua el dedo a fin de poder volver la espesa hoja del papel timbrado—, si quieren ustedes gastarle una broma, díganle que el principal no puede recibir a sus clientes más que entre dos y tres de la madrugada. Veremos si así deja de venir ese importuno.

Y Godeschal reanudó la frase empezada.

—*Dictada en...* ¿Están ustedes? —preguntó.

—Sí, gritaron los tres copistas.

Todo marchaba a la vez, el informe, la charla y la conspiración.

—*Dictada en...* ¡eh!, ¡papá Boucard!, ¿qué fecha lleva la real orden? ¡Canastos!, ¡hay que poner los puntos sobre las íes! Así se llenan páginas.

—¡Canastos! —repitió uno de los copistas antes de que Boucard hubiera respondido.

—¡Cómo!, ¿ha escrito usted canastos? —exclamó Godeschal mirando a uno de los recién llegados con aire severo al par que chocarrero.

—Vaya si lo ha puesto —dijo Desroches, el cuarto pasante, inclinándose sobre la copia de su vecino—, ha escrito: ¡*Canastos!* con k, y *hay que poner los puntos sobre las íes.*

Todos los pasantes soltaron una sonora carcajada.

—¡Cómo! señor Huré, ¿toma usted canastos por un término de derecho, y dice usted que es de Mortagne? —exclamó Simonín.

—Raspe usted bien eso —dijo el primer pasante—. Si el juez encargado de este asunto viese una cosa semejante, diría que se burla uno del oficio, y nuestro principal se disgustaría. Vamos, señor Huré, no vuelva usted a cometer semejantes tonterías. Un normando no debe escribir nunca descuidadamente un informe, que es, por decirlo así, el *¡armas al hombro!* de los curiales.

—*Dictada en...* ¿en? —preguntó Godeschal—. Pero, hombre, Boucard, dígame usted cuándo.

—En junio de 1814 —respondió el primer pasante sin dejar su trabajo.

Un golpe dado a la puerta del estudio, interrumpió la frase de este prolijo informe. Cinco pasantes provistos de magníficos dientes, de ojos fijos y burlones y de melenudas cabezas, fijaron sus miradas en la puerta después de haber gritado todos con voz de chantre:

—¡Adelante!

Boucard permaneció con la cabeza sumida en un montón de actas, llamadas *morralla* en términos curiales, y continuó haciendo la memoria de costas que le ocupaba.

El estudio era una gran pieza, provista de la clásica estufa que adorna todas las oficinas de la trampa. Los tubos que formaban la chimenea, atravesaban diagonalmente la habitación e iban a unirse a una cocinilla condenada, sobre cuyo mármol se veían diversos pedazos de pan, triángulos de queso de Brie, costillas de lomo, vasos, botellas y la jícara de chocolate del primer pasante. El olor de estos comestibles se amalgamaba tan bien con el tufo que despedía la estufa calentada desmedidamente y con el olor particular a las oficinas y a los papelotes, que la hediondez no se hubiera notado. El pavimento estaba ya cubierto por el barro y la nieve que habían llevado a él los pasantes. Cerca de la ventana se veía la mesa ministro del principal, a la cual estaba adosada la mesita destinada al segundo pasante. Éste se hallaba a la sazón, que serían las nueve o las diez de la mañana, en la Audiencia. El estudio tenía, por todo adorno, esos grandes carteles amarillos que anuncian los embargos de inmuebles, las ventas, los litigios entre mayores y menores, las adjudicaciones definitivas o preparatorias, toda la gloria, en fin, de los estudios. Detrás del primer pasante había una enorme estantería que cubría la pared de arriba abajo, y cada uno de cuyos compartimientos estaba lleno de protocolos, de los cuales pendía un número infinito de etiquetas y de cabos de hilo rojo, que daban un aspecto especial a todos aquellos expedientes. Los compartimientos inferiores de la estantería estaban llenos de cartones, amarillos por el uso, ribeteados de papel azul, y en los cuales se leían los nombres de los grandes clientes, cuyos sabrosos asuntos se resolvían en aquel momento. Los sucios cristales de la ventana dejaban pasar poca luz. Por otra parte, en París existen pocos estudios donde se pueda escribir sin el auxilio de una lámpara en el mes de febrero antes de las diez: todo el mundo va allí, nadie permanece, y ningún interés personal está unido a lo que ya de por sí es tan trivial; ni el procurador, ni los clientes, ni los pasantes se preocupan de la elegancia de un lugar que para los unos es una clase, para los otros un pasaje y para el amo un laboratorio. El grasiento mobiliario se trasmite de procurador en procurador, con un escrúpulo tan religioso, que ciertos estudios poseen aún cajitas para los pabilos, carpetas antiguas de pergamino y cubiertas que provienen de los procuradores del Chlet, abreviación de la palabra Chatelet, jurisdicción que representaba en el antiguo orden de cosas al actual tribunal de primera instancia. Este estudio, oscuro y lleno de polvo, tenía, pues, como todos los demás, algo de repugnante para todos los clientes, y que constituía una de las horribles monstruosidades parisienses. Ciertamente que si las húmedas sacristías donde las plegarias se pesan y se pagan como si fueran mercancías, y si los almacenes de trapos viejos, donde flotan harapos que marchitan todas las ilusiones de la vida, mostrándonos el sitio adonde van a parar nuestras galas; si estas dos cloacas de la poesía no existiesen, repito, un estudio de procurador sería el más horrible de los establecimientos sociales. Pero lo mismo que en estos sitios, ocurre en las casas de juego, en los tribunales, en las administraciones

de lotería y en todos los malos lugares. ¿Por qué? Sin duda en estos sitios, el drama, desarrollándose en el alma del hombre, contribuye a hacerle los accesorios indiferentes. Esto mismo podría servir también para explicar la indiferencia en el vestir de los grandes pensadores y de los grandes ambiciosos.

—¿Dónde está mi cortaplumas?

—Ahora estoy almorzando.

—Vaya, ya me ha caído un borrón sobre el informe.

—¡Chitón!, señores.

Estas diversas exclamaciones fueron lanzadas en el momento en que el anciano cliente cerraba la puerta con esa especie de humildad que caracteriza los movimientos del hombre desgraciado. El desconocido procuró sonreír, pero los músculos de su rostro permanecieron inmóviles cuando buscó en vano algunos síntomas de amabilidad en los rostros inexorablemente apáticos de los seis pasantes. Acostumbrado, sin duda, a juzgar a los hombres, se dirigió muy cortésmente al *saltacharcos*, esperando que aquel alfeñique le respondería con dulzura.

—Señor, ¿se puede ver a su principal?

El malicioso *saltacharcos*, sólo respondió al pobre hombre dándose golpecitos en la oreja con los dedos de la mano izquierda, como para decir: «Soy sordo».

—¿Qué desea usted, caballero? —preguntó Godeschal, el cual, al mismo tiempo que hacía esta pregunta, se llevaba a la boca un pedazo de pan, con el que se hubiera podido cargar una pieza de a cuatro, blandía su cuchillo y se cruzaba de piernas, poniendo a la altura de sus ojos el pie que tenía al aire.

—Señor mío, vengo aquí por segunda vez —le respondió el paciente—. Deseo hablar al señor Derville.

—¿Para algún negocio?

—Sí, pero sólo puedo explicárselo a él.

—Nuestro principal está durmiendo; si desea usted consultarle para algún asunto difícil, le advierto que sólo trabaja seriamente a las dos de la madrugada. Pero, si quiere usted decirnos lo que desea, podríamos tan bien como él...

El desconocido permaneció impasible y se puso a mirar modestamente en torno suyo, como el perro que, habiéndose introducido en una cocina extraña, teme recibir en ella algún golpe. Como consecuencia natural de su estado, los pasantes no tienen nunca miedo a los ladrones, no sospecharon, pues, del hombre del carrique, y le dejaron observar el local donde buscaba en vano un sitio para descansar, pues estaba visiblemente fatigado. Por sistema ya, los procuradores dejan pocas sillas en sus estudios. El cliente vulgar, cansado de esperar de pie, se marcha gruñendo; pero nunca hace perder un tiempo que, según decía un viejo procurador, pasa de la marca.

—Caballero —respondió—, yo he tenido el honor de advertirle que no podía explicar mis deseos más que al señor Derville. Esperaré, pues, a que se levante.

Boucard había acabado de hacer la adición, y sintió el olor del chocolate; dejó su poltrona, se encaminó a la chimenea, examinó de arriba abajo al anciano, contempló su carrique y acabó por hacer una mueca indescriptible. Probablemente pensó que por mucho que se hiciese, sería imposible sacar un céntimo a aquel hombre, e intervino en la conversación con el propósito de desembarazar a su principal de un mal cliente.

—Caballero, le dicen a usted la verdad. Nuestro principal no trabaja más que por la noche. Si el asunto que usted trae es grave, le aconsejo que vuelva a la una de la noche.

El litigante miró al primer pasante con aire estúpido y permaneció inmóvil durante un momento. Acostumbrados a todos los cambios de fisonomía y a los singulares caprichos producidos por la indecisión o por la preocupación que caracteriza a las gentes pleitistas, los pasantes continuaron comiendo, haciendo tanto ruido con sus mandíbulas como el que deben hacer los caballos en el pesebre, y no se preocuparon más del anciano.

—Está bien, señor, vendré esta noche —dijo por fin el viejo, el cual, con esa tenacidad propia de los desgraciados, quería coger en renuncio a la humanidad.

El único epigrama permitido a la miseria es el de obligar a la justicia y a la benevolencia a denegaciones injustas. Cuando los desgraciados se han convencido de la perversidad de la sociedad, se cobijan más vivamente en el seno de Dios.

—¡Vaya un tipo más célebre! —dijo Simonín sin esperar a que el anciano hubiese cerrado la puerta.

—Tiene trazas de ser un desterrado —dijo uno de los pasantes.

—No, es algún coronel que reclamará atrasos —dijo el primer pasante.

—Pues yo creo que es algún antiguo portero —dijo Godeschal.

—¿Cuánto apostamos a que es noble? —exclamó Boucard.

—Yo apuesto a que ha sido portero —replicó Godeschal—; pues los porteros son los únicos seres dotados por la naturaleza de carriques usados, grasientos y deshilachados por abajo, como lo está el de ese buen hombre. ¿No se han fijado ustedes en sus botas rotas y en la corbata que le sirve de camisa? Estoy seguro que acostumbra a dormir debajo de los puentes.

—Muy bien podría ser noble y haber tirado del cordón —dijo Desroches—. Eso lo hemos visto más de una vez.

—No —repuso Boucard en medio de la risa general—, sostengo que ha sido cervecero en 1789 y coronel bajo la República.

—¡Ah! apuesto un espectáculo, para todo el mundo, a que no ha sido militar —dijo Godeschal.

—Aceptado —replicó Boucard.

—¡Caballero, caballero! —gritó el aprendiz pasante abriendo la ventana.

—¿Qué haces, Simonín? —preguntó Boucard.

—Le llamo para preguntarle si es coronel o portero; él seguramente debe saberlo.

Todos los pasantes se pusieron a reír. Cuando el anciano subía ya la escalera, Godeschal dijo:

—¿Y qué vamos a decirle ahora?

—Dejadlo de mi cuenta —respondió Boucard.

El pobre hombre entró tímidamente, bajando los ojos, sin duda para no revelar su hambre mirando con demasiada avidez los comestibles.

—Caballero —le dijo Boucard—, ¿quiere usted tener la amabilidad de decirnos su nombre, a fin de que el principal sepa si...?

—Chabert.

—¿El coronel muerto en Eylau? —preguntó Huré, el cual, como no hubiese dicho nada aún, deseaba añadir alguna nueva burla a todas las demás.

—El mismo, señor mío —respondió aquel desgraciado con pasmosa sencillez.

Y se retiró.

—¡Uf!

—¡Diablo!

—¡Ah!

—¡Ah!

—¡Caramba!

—¡Ah!, ¡el bribón!

—¡Anda, anda!

—Señor Desroches, irá usted al espectáculo de balde —dijo Huré al pasante cuarto, dándole en la espalda un puñetazo capaz de matar a un rinoceronte.

Aquello fue un torrente de risas, de gritos y de exclamaciones, para cuya pintura se podría emplear todas las onomatopeyas de la lengua.

—¿A qué teatro iremos?

—¡A la Ópera! —exclamó el primer pasante.

—Ante todo —repuso Godeschal—, he de advertir que aquí no se ha hablado de teatro, y, por lo tanto, si quiero, puedo llevarles a ustedes a casa de la señora Saqui.

—La señora Saqui no es un espectáculo —dijo Desroches.

—¿Pues qué es un espectáculo? —dijo Godeschal—. Establezcamos, en primer término, el objeto de la apuesta. Yo he apostado la entrada a un espectáculo. Ahora bien, ¿qué es un espectáculo? A mi modo de ver, es una cosa que se ve...

—Pero, según eso, usted podría librarse del compromiso llevándonos a ver cómo corre el agua por el Puente Nuevo —exclamó Simonín interrumpiéndole.

—Que se ve por dinero —dijo Godeschal continuando.

—Pero por dinero se ven muchas cosas que no son un espectáculo —dijo Desroches—, y, por consiguiente, la definición no es exacta.

—¡Pero, escuchen ustedes, señores!

—Vaya, vaya, no está usted en lo cierto, querido mío —dijo Boucard.

—¿No es Curtius un espectáculo? —preguntó Godeschal.

—No —respondió el primer pasante—, es un gabinete de figuras.

—Apuesto cien francos contra cinco céntimos —dijo Godeschal—, a que el gabinete de Curtius encierra un conjunto de cosas, al que puede llamarse espectáculo. Allí se pagan, por ver una cosa, diferentes precios, según los diferentes lugares que desea uno ocupar.

—Y cataplín, cataplán —dijo Simonín.

—Tú, ten cuidado que no te vaya yo a dar un cachete —dijo Godeschal.

Los pasantes se encogieron de hombros.

—Y después de todo, aun no está probado que ese imbécil no se haya burlado de nosotros —dijo Godeschal cesando en sus argumentos, ahogados por la risa de los demás pasantes—. En conciencia, el coronel Chabert está bien muerto, y su mujer se ha vuelto a casar con el conde Ferraud, consejero de Estado. La condesa Ferraud es una cliente de nuestro estudio.

—La apuesta queda aplazada para mañana —dijo Boucard—. A trabajar, señores. ¡Por vida de...! se pasa aquí el tiempo sin hacer nada. Acaben ustedes ese informe, que tiene que presentarse hoy en la Audiencia. ¡Vamos, a escape!

—Si ese señor fuese el coronel Chabert, ¿acaso no hubiera puesto la punta de su zapato en el trasero de ese desvergonzado Simonín cuando se ha atrevido a hacer el sordo? —dijo Huré considerando esta observación como más concluyente que la de Godeschal.

—Puesto que aún no está decidida la apuesta —dijo Boucard—, convengamos en apostar un palco segundo en los Franceses para ver a Taima en *Nerón*. Simonín irá al paraíso.

Y, dicho esto, el primer pasante se sentó a su mesa, y todo el mundo le imitó.

—*Dado en junio de mil ochocientos catorce.* (En letra —dijo Godeschal—, ¿estamos?)

—Sí —respondieron los tres copistas, cuyas plumas empezaron a arañar el papel timbrado, haciendo en el estudio el ruido de cien saltones encerrados por escolares en cucuruchos de papel.

—*Y esperamos que los señores que componen el tribunal* —dijo el improvisador—. ¡Alto! tengo que volver a leer la frase; porque yo no me entiendo a mi mismo.

—Cuarenta y seis... ¡Oh! eso le tiene que ocurrir a usted con frecuencia... y tres, cuarenta y nueve —dijo Boucard.

—*Esperamos* —repuso Godeschal después de haberlo leído todo—, *que los señores que componen el tribunal no han de ser menos grandes de lo que lo es el augusto autor de la real orden, y que harán justicia a las miserables pretensiones de la administración de la gran cancillería de la Legión de honor, fijando la*

jurisprudencia en el sentido amplio que nosotros establecemos aquí.

—Señor Godeschal, ¿quiere usted un vaso de agua? —dijo el aprendiz.

—¡Este pillastre de Simonín! —dijo Boucard—. Toma, prepara las piernas, toma este paquete y lárgate a los Inválidos.

—*Que nosotros establecemos aquí* —repuso Godeschal—. Y añadid: *en interés de la señora* (con todas sus letras) *vizcondesa de Grandlieu...*

—¡Cómo! —exclamó el primer pasante—, ¿se permite usted emitir informes en ese asunto? ¿Vizcondesa de Grandlieu contra la Legión de honor, un asunto que corre por cuenta de este estudio y que se puede cobrar a destajo? ¡Ah! es usted un gran estúpido. Hágame el favor de poner esas copias y la minuta a un lado, y déjeme usted eso para cuando se trate del asunto Navarreins contra los hospicios. Es tarde ya, y yo tengo qué hacer en la Audiencia.

Esta escena representa uno de los mil placeres, que más tarde le hacen a uno decir, pensando en la juventud: ¡Qué hermosos tiempos aquéllos!

A la una de la noche, el pretendido coronel Chabert fue a llamar a la puerta del señor Derville, procurador del tribunal de primera instancia en el departamento del Sena. El portero le respondió que el señor Derville no había vuelto aún. El anciano alegó la cita que tenía, y subió a casa de este célebre legista, el cual, a pesar de sus pocos años, pasaba por ser una de las cabezas mejor organizadas de la Audiencia. Después de haber llamado, el desconfiado solicitante no quedó poco asombrado al ver al primer pasante ocupado en colocar en la mesa del comedor de su principal los numerosos protocolos de los asuntos que habían de verse al día siguiente, en orden a su utilidad. El pasante, no menos asombrado, saludó al coronel rogándole que se sentase, lo cual hizo éste en seguida.

—Caballero, en verdad que creí que se burlaban ustedes de mí, al indicarme una hora tan tardía para una consulta —dijo el anciano con la falsa alegría del hombre arruinado que se esfuerza por sonreír.

—Los pasantes se burlaban, y al mismo tiempo decían la verdad —dijo el señor Boucard continuando su trabajo—. El señor Derville ha escogido esta hora para examinar las causas, resumir los medios, determinar la conducta que debe seguirse y disponer las defensas. Su prodigiosa inteligencia está más libre en este momento, único en que obtiene el silencio y la tranquilidad necesaria para la concepción de buenas ideas. Desde que es procurador, usted es el tercer ejemplo de una consulta dada a esta hora nocturna. Después que vuelva, el señor Derville discutirá cada asunto, lo leerá todo, pasará acaso cuatro o cinco horas en su labor, y después me llamará y me indicará sus intenciones. Por la mañana, de diez a dos, oye a sus clientes, y el resto del tiempo lo emplea en sus citas. Por la noche va a los salones para no perder sus buenas relaciones. De modo que no le queda más que la noche para estudiar los procesos, registrar los arsenales del código y hacer los planes de

batalla. No quiere perder ninguna causa, trabaja su arte con amor y no se encarga como sus colegas, de toda clase de asuntos. He ahí su vida, que es extraordinariamente activa. Bien es verdad que gana mucho dinero.

Mientras oía esta conversación, el anciano permaneció silencioso, y su extraño rostro tomó una expresión tan desprovista de inteligencia, que el pasante, después de haberle mirado, no se ocupó más de él.

Algunos instantes después, Derville entraba en su casa, vestido en traje de baile; su primer pasante le abrió la puerta y se puso a acabar de hacer la clasificación de los protocolos. El joven procurador permaneció durante un momento estupefacto al entrever en medio del claroscuro de su despacho al singular cliente que le esperaba. El coronel Chabert estaba tan inmóvil como puede estar una figura de cera del gabinete de Curtius adonde Godeschal había querido llevar a sus compañeros. Aquella inmovilidad, sin duda no hubiera servido de objeto de asombro, si no contribuyese a completar el espectáculo sobrenatural que ofrecía el conjunto del personaje. El veterano era seco y delgado. Su frente, voluntariamente escondida bajo los cabellos de su peluca, le daba un no sé qué de misterioso. Sus ojos parecían cubiertos por una gasa transparente y parecían algo así como nácar sucio, cuyos azulados reflejos tornasolaban el resplandor de las bujías. Su rostro, pálido, lívido y brillante, parecía muerto. Su cuello estaba cubierto por una mala corbata de seda negra. La sombra ocultaba tan bien el cuerpo a partir de la línea negruzca que describía aquel andrajo, que un hombre de imaginación hubiera podido tomar aquella vieja cabeza por alguna silueta debida a la casualidad o por un retrato de Rembrandt sin marco. Las alas del sombrero que cubría la cabeza del anciano proyectaban una densa sombra sobre la parte superior de su rostro. Aquel extraño efecto, aunque natural, hacía resaltar por la extravagancia del contraste, las arrugas blancas, las frías sinuosidades y la falta de colorido de aquella fisonomía cadavérica. Finalmente, la ausencia de todo movimiento en el cuerpo y de todo color en la mirada, armonizada perfectamente con una cierta expresión de triste demencia, y con los degradantes síntomas por los cuales se caracteriza el idiotismo, llegaba a dar a aquel rostro un no sé qué de funesto, que ninguna palabra humana podría expresar. Pero un observador, y sobre todo un procurador, hubiera encontrado además en aquel hombre anonadado los síntomas de un dolor profundo, los indicios de una miseria que había degradado a aquel rostro, como las gotas de agua caídas del cielo acaban por desfigurar a la larga una hermosa escultura de mármol. Un médico, un autor, un magistrado, hubiesen presenciado todo un drama, presenciando aquel sublime horror cuyo menor mérito estaba en parecerse a esos caprichos que los pintores se entretienen en dibujar, en la parte baja de sus piedras litográficas, al mismo tiempo que charlan con sus amigos.

Al ver al procurador, el desconocido se estremeció e hizo un movimiento convulsivo semejante al que se le escapa a los poetas cuando un ruido inesperado va a

turbar un fecundo sueño en medio del silencio y de la noche. El anciano se apresuró a descubrirse y se levantó para saludar al joven, y como el cuero que rodeaba el interior de su sombrero estuviese sin duda muy grasiento, la peluca quedó pegada a él, sin que el interesado se apercibiese de ello, y dejó ver su calvo cráneo horriblemente mutilado por una cicatriz transversal que, desde el occipucio, iba a morir al ojo derecho, formando en todo su trayecto un profundo surco. Tan asombrosa era la vista de aquel cráneo hendido, que el levantamiento repentino de aquella peluca sucia, que el pobre hombre llevaba para ocultar su herida, no dio al procurador y a su pasante deseo alguno de reír. El primer pensamiento que sugería la presencia de aquella herida, era éste: «Por ahí ha huido la inteligencia».

—Si no es el coronel Chabert, debe ser algún célebre veterano —pensó Boucard.

—Caballero —le dijo Derville—, ¿a quién tengo el honor de hablar?

—Al coronel Chabert.

—¿A cuál?

—Al que murió en Eylau —respondió el anciano.

Al oír esta singular frase, el procurador y su pasante se dirigieron una mirada que significaba: «¡Es un loco!».

—Caballero —repuso el coronel—, desearía confiar a usted solo el secreto de mi situación.

Una cosa digna de notarse es la intrepidez propia de los procuradores. Sea la costumbre de recibir a un gran número de personas, sea la profunda convicción que tienen de la protección que les conceden las leyes, o sea la confianza en su ministerio, es lo cierto que van a todas partes sin temer nada, como los sacerdotes y los médicos. Derville hizo una seña a Boucard, el cual desapareció.

—Caballero —repuso el procurador—, durante el día no siento gran cosa perder el tiempo, pero en medio de la noche, los minutos son para mí cosa preciosa; así es que sea usted breve, vaya usted al grano y sin rodeos. Yo mismo le pediré a usted los datos que me parezcan necesarios. Diga usted.

Después de haberle hecho tomar asiento a su singular cliente, el joven Derville se sentó a la mesa; pero al mismo tiempo que prestaba atención a las palabras del difunto coronel, ojeaba los protocolos.

—Caballero —dijo el difunto—, sin duda sabe usted que yo he mandado un regimiento de caballería en Eylau. Yo contribuí con mucho al éxito de la célebre carga que hizo Murat, carga que decidió la victoria. Desgraciadamente para mí, mi muerte es un hecho histórico, consignado en las *Victorias y Conquistas*, donde se hace un detallado relato del mismo. Nosotros dividimos en dos las tres líneas rusas que, como se hubiesen cerrado inmediatamente, nos obligaron a atravesarlas en sentido contrario. En el momento en que íbamos a unirnos al emperador, después de haber dispersado a los rusos, me encontré con un cuerpo de caballería enemiga y me

precipité valerosamente sobre él. Dos oficiales rusos, dos verdaderos gigantes, me atacaron a la vez. Uno de ellos me aplicó un sablazo, que partió en dos un gorro de seda negra que tenía en la cabeza, abriéndome profundamente el cráneo. Yo caí del caballo. Murat vino en mi auxilio, con toda su gente, que eran mil quinientos hombres poco más o menos. ¡Mi muerte fue anunciada al emperador!, el cual, por prudencia (y porque me quería un poco), quiso saber si no había alguna probabilidad de salvar al hombre a quien debía aquel vigoroso ataque, y envió, para que me reconociesen y trasladasen a las ambulancias, a dos cirujanos, diciéndoles, sin duda con alguna indiferencia, porque tendría mucho que hacer: «Vayan ustedes a ver si vive aún por casualidad mi pobre Chabert». Aquellos matarifes, que acababan de verme pisoteado por los caballos de dos regimientos, no se tomaron la molestia de tomarme el pulso, dijeron que yo estaba bien muerto, y mi acta de defunción fue, pues, probablemente extendida, siguiendo las reglas establecidas por la jurisprudencia militar.

Al oír a su cliente expresarse con una lucidez perfecta y contar hechos tan verosímiles, aunque extraños, el joven procurador dejó sus protocolos, colocó el codo sobre la mesa y la mano en la mejilla, y miró al coronel fijamente.

—Caballero, ¿sabe usted —le dijo interrumpiéndole—, que soy el procurador de la condesa Ferraud, viuda del coronel Chabert?

—¡Mi mujer! Sí, señor. Y por eso, después de cien pasos infructuosos dados en casa de ciertos curiales, que me han tomado por un loco, me he determinado a venir a verle. Más tarde le hablaré a usted de mis desgracias. Ahora, déjeme usted contar los hechos, o, mejor dicho, explicarle, más bien que el modo como han ocurrido, el modo como han debido ocurrir. Ciertas circunstancias, que sólo deben ser conocidas del Padre eterno, me obligan a exponerlas como meras hipótesis. A mi entender, caballero, las heridas que recibí debieron probablemente producir un tétanos o una crisis análoga a una enfermedad que se llama catalepsia. De otro modo, ¿cómo concebir que yo haya sido despojado de mis trajes, como acostumbra a hacerse en la guerra, y que haya sido arrojado a las fosas de los soldados por las gentes encargadas de enterrar a los muertos? Antes de pasar adelante, permítame que le explique un detalle que yo no pude comprender hasta después de ocurrir un acontecimiento, que bien puede llamarse mi muerte. En 1814 encontré en Stutgard a un antiguo sargento mayor de mi regimiento. Este buen hombre, único que ha querido reconocerme y de quien hablaré a usted en seguida, me explicó el fenómeno de mi conservación, diciéndome que mi caballo había recibido un balazo en uno de los flancos en el momento en que yo mismo fui herido. La bestia y el caballero cayeron, pues, como si fueran dos muñecos de madera. Al caer, bien hacia el lado derecho, o bien hacia el izquierdo, quedé sin duda cubierto por el cuerpo de mi caballo, el cual me libró de ser aplastado por los caballos y de ser herido por los balazos. Cuando volví en mí, señor,

yo estaba en una posición y en una atmósfera de la que no podría darle idea aunque estuviese hablando hasta mañana. El poco aire que respiraba era mefítico. Quise moverme y me encontré sin espacio para ello; al abrir los ojos no vi nada. El enrarecimiento del aire fue el accidente más amenazador y que más me iluminó acerca de mi situación: comprendí que en el lugar en que estaba no se renovaba el aire y que iba a morir. Este pensamiento me quitó el sentimiento del dolor inexplicable por el cual había sido despertado. Mis oídos zumbaron violentamente, oí, o creí oír (pues no me atrevo a afirmar nada), gemidos lanzados por el montón de cadáveres en medio del cual yacía. Aunque la memoria de aquellos momentos sea muy tenebrosa, aunque mis recuerdos sean muy confusos, a pesar de las impresiones de los sufrimientos aun más profundos que yo debía experimentar y que han embrollado mis ideas, hay noches en que creo aún oír aquellos ahogados suspiros. Pero hubo aún allí algo más horrible que los gritos, y fue un silencio que yo no he encontrado nunca en ninguna parte; el verdadero silencio de una tumba. En fin, levantando las manos, tentando los muertos, reconocí un vacío entre mi cabeza y la masa humana de cadáveres que me cubría, y así pude medir el espacio que me había quedado para respirar, espacio debido a una casualidad cuya causa me era desconocida. Al parecer, gracias a la indiferencia o a la precipitación con que se nos había arrojado en confusión, dos muertos se habían cruzado encima de mí, formando un ángulo semejante al que forman dos cartas apoyadas una contra otra por un niño, para formar los cimientos de un castillo. Huroneando con prontitud, pues no tenía tiempo que perder, tuve la fortuna de encontrar un brazo suelto, el brazo de un Hércules, un magnífico hueso al que debí mi salvación. Sin aquel inesperado auxilio, hubiese perecido. Con una rabia, que usted debe concebir, empecé a trabajar y a quitarme de encima los cadáveres que me separaban de la capa de tierra que, sin duda, habían arrojado sobre nosotros, y digo nosotros, como si hubiera habido allí más vivos que yo. Caballero, ya comprenderá usted que anduve listo, pues me ve aquí; pero yo mismo no comprendo hoy cómo pude atravesar aquel montón de carne que ponía una barrera entre la vida y yo. Me dirá usted que tenía tres brazos. Es verdad: aquella palanca de que yo me servía con habilidad, me procuraba siempre un poco de aire y de descanso. En fin, por último, llegué a ver el día, pero a través de la nieve, señor. En aquel momento me apercibí de que tenía la cabeza abierta. Por fortuna, mi sangre, la de mis camaradas, o la de mi caballo acaso ¿quién sabe?, coagulándose, me había recubierto de una especie de capa natural. A pesar de esto, cuando mi cráneo estuvo en contacto con la nieve, me desmayé. Sin embargo, el poco calor que me quedaba fundió la nieve en torno mío, y cuando recobré el conocimiento me encontré en el centro de una pequeña abertura por la cual grité con todas mis fuerzas. Pero en aquel momento el sol empezaba a levantarse y tenía muy pocas probabilidades de ser oído. ¿Habría ya gente en los campos? Apoyando los pies en

los cadáveres, me levanté cuanto pude; fácilmente comprenderá usted que no era aquel momento oportuno para pensar: «Respeto el valor desgraciado». En una palabra, caballero, después de haber experimentado el dolor, o, mejor dicho, la rabia de ver que durante mucho tiempo, ¡oh! sí, ¡mucho tiempo! aquellos malditos alemanes se escapaban al oír una voz donde no veían hombre alguno, fui por fin auxiliado por una mujer, bastante atrevida o bastante curiosa para aproximarse a mi cabeza, que parecía haber brotado de tierra como un hongo. Aquella mujer fue a buscar a su marido, y ambos me transportaron a su pobre barraca. Al parecer, tuve una recaída de catalepsia (permítame usted que emplee esta frase para describirle mi estado del cual no tengo idea alguna, pero que, por lo que me dijeron mis salvadores, deduzco yo que debía ser efecto de esta enfermedad). Permanecí durante seis meses entre la vida y la muerte, sin hablar, y desvariando cuando hablaba. Por fin, mis salvadores lograron que fuese admitido en el hospital de Heilsberg. Ya comprenderá usted, caballero, que yo había salido del vientre de la fosa tan desnudo como del de mi madre; de manera que, seis meses después, cuando, durante una hermosa mañana, me acordé que había sido el coronel Chabert, y, al recobrar la razón, quise que mis guardianes me tratasen con más respeto del que se dispensa a un pobre diablo, todos mis compañeros de sala se echaron a reír. Afortunadamente para mí, el cirujano, por amor propio, había respondido de mi curación, y, como es natural, se había interesado por su enfermo. Cuando le hablé, de una manera seguida, de mi antigua existencia, aquel buen hombre, llamado Sparchmann, hizo constar, en las formas jurídicas exigidas por el derecho del país, la manera milagrosa como yo había salido de la fosa de los muertos, el día y la hora en que yo había sido encontrado por mi salvadora y por su marido y el género y la posición exacta de mis heridas, uniendo a estas diferentes declaraciones una descripción de mi persona. Ahora bien, caballero, yo no tengo en mi poder, ni esos importantes documentos, ni la declaración que presté ante un notario de Heilsberg, encaminado a probar mi identidad, y desde el día en que fui arrojado de aquella ciudad por los acontecimientos de la guerra, he errado constantemente como un vagamundo, mendigando mi sustento, siendo tratado de loco cuando contaba mi aventura, y sin haber encontrado ni ganado un céntimo para procurarme los documentos que podían probar mis asertos y darme entrada en la vida social. Frecuentemente, mis dolores me retenían durante semestres enteros en las aldeas donde se prodigaban cuidados al francés enfermo, pero en donde se reían en las narices del hombre, tan pronto como pretendía ser el coronel Chabert. Durante mucho tiempo, esta risa y aquellas risas me enfurecieron de un modo, que me perjudicó grandemente y contribuyó a que me encerrasen como loco en Stutgard. A decir verdad, y después de haber oído mi relato, no me negará usted que había razones suficientes para enfurecer a cualquier hombre. Después de dos años de detención, que me vi obligado a sufrir, y después de haber oído mil veces que mis

guardianes decían: «¡He ahí un pobre hombre que cree ser el coronel Chabert!» y a gentes que le contestaban: «¡Pobre hombre!» quedé convencido de la imposibilidad de mi propia aventura; me volví triste, resignado y tranquilo, y renuncié a decirme el coronel Chabert, a fin de poder salir de la prisión y de volver a Francia. ¡Oh! caballero, ¡volver a ver París! era un delirio que... no...

Y esto diciendo, el coronel Chabert cayó en una especie de profunda meditación que Derville respetó.

—Por fin, señor, un día —repuso el cliente—, un hermoso día de primavera, me pusieron en libertad y me dieron dinero, fundándose en que hablaba con gran sensatez de cuanto se me preguntaba y de que ya no me titulaba el coronel Chabert, y a fe que en aquella época, y aun hoy, hay momentos en que mi propio nombre me es desagradable. Quisiera no ser yo mismo. El convencimiento de mis derechos me mata. Si mi enfermedad me hubiese quitado todo recuerdo de mi existencia pasada, hubiese sido feliz, hubiese sentado plaza de soldado con un nombre cualquiera, y ¿quién sabe? acaso hubiese llegado a ser mariscal en Austria o en Rusia.

—Señor —dijo el procurador—, ha ofuscado usted todas mis ideas. Escuchándole a usted creo estar soñando. Por favor, detengámonos un momento.

—Usted es la única persona que me ha escuchado pacientemente —dijo el coronel con aire melancólico—. Ningún hombre ha querido anticiparme diez napoleones a fin de hacer venir de Alemania los papeles necesarios para empezar el proceso.

—¿Qué proceso? —dijo el procurador, que olvidaba la dolorosa situación de su cliente, escuchando el relato de sus miserias pasadas.

—Pero, señor mío, ¿no es la condesa Ferraud mi mujer? Ella posee treinta mil francos de renta que me pertenecen, y se niega a darme un céntimo. Cuando cuento estas cosas a procuradores, a hombres de buen criterio; cuando yo, pobre mendigo, les propongo un pleito contra un conde y una condesa; cuando yo, muerto, me levanto contra un acta de defunción, un acta de matrimonio y unas actas de nacimiento, me despiden, según su carácter, ya con ese aire fríamente cortés, que ustedes saben afectar para desembarazarse de un desgraciado, o ya brutalmente, creyendo ver en mí un intrigante o un loco. Yo he estado enterrado bajo muertos; pero ahora lo estoy bajo vivos, bajo actas, bajo hechos, bajo la sociedad entera, que se empeña en sepultarme.

—Caballero, tenga usted ahora la bondad de proseguir —dijo el procurador.

—*¡Que tenga la bondad!* —exclamó el desgraciado anciano tomando las manos del joven—, esta es la primera palabra cariñosa que oigo desde hace ya...

El coronel lloró. El agradecimiento ahogó su voz. Esa penetrante e indecible elocuencia que se ve en la mirada, en el gesto y en el silencio mismo, acabó de convencer a Derville y le conmovió vivamente.

—Escuche usted, señor —dijo Derville a su cliente—. Esta noche he ganado trescientos francos al juego, y bien puedo emplear la mitad de esta suma para contribuir a la felicidad de un hombre. Empezaré a hacer las diligencias necesarias para procurarle los documentos de que habla, y hasta tanto que éstos lleguen, yo le pasaré a usted cinco francos diarios. Si es usted, en realidad, el coronel Chabert, perdone lo módico del préstamo, en atención a que proviene de un joven que carece aún de fortuna. Prosiga.

El pretendido coronel permaneció, durante un momento, inmóvil y estupefacto: sin duda su extrema desgracia había destruido sus creencias. Si corría detrás de su grado militar, detrás de su fortuna, detrás de sí mismo, sin duda lo hacía obedeciendo a ese sentimiento inexplicable, latente en el corazón de todos los hombres, sentimiento al que se deben las investigaciones de los alquimistas, la pasión de la gloria, los descubrimientos de la astronomía, de la física, de la química, todo lo que empuja al hombre a engrandecerse multiplicándose mediante los hechos o las ideas. El *ego*, en su pensamiento, sólo era ya un objeto secundario, del mismo modo que la vanidad del triunfo o el placer de la ganancia, pasan a ser más apreciables para el apostador que el objeto mismo de la apuesta. Las palabras del joven procurador fueron, pues, una especie de milagro para aquel hombre, rechazado durante diez años por su mujer, por la justicia, por la creación social entera. ¡Encontrar en casa de un procurador aquellas diez monedas de oro que le habían sido negadas durante tanto tiempo, por tantas personas y de tantas maneras! El coronel se parecía a aquella dama que, habiendo tenido fiebre durante quince años, creyó haber cambiado de enfermedad el día que estuvo curada. Existen felicidades en las que nunca es posible creer. Por eso, el reconocimiento de aquel pobre hombre era demasiado vivo para que pudiese expresarlo. A gente vulgar le hubiera parecido frío; pero Derville adivinó toda una probidad en aquel estupor. Un bribón no hubiera permanecido mudo.

—¿Dónde estaba? —dijo el coronel con la sencillez de un niño o de un soldado, pues casi siempre hay algo del niño en el soldado, y algo del soldado en el niño, sobre todo en Francia.

—En Stutgard. Salía usted de la cárcel —respondió el procurador.

—¿Conoce usted a mi mujer? —preguntó coronel.

—Sí —replicó Derville inclinando la cabeza.

—¿Y cómo está?

—Siempre encantadora.

El anciano hizo una seña con la mano y pareció devorar algún secreto dolor, con esa resignación grave y solemne de los hombres avezados a la sangre o al fuego de los campos de batalla.

—Señor —dijo aquel desgraciado con una especie de alegría, pues el pobre coronel respiraba ya, salía por segunda vez de la tumba, acababa de fundir una capa

de nieve menos soluble que la que antaño le había helado la cabeza, y aspiraba el aire como si saliese de un calabozo—. Señor —repitió—, si yo hubiese sido un mozo guapo, no me hubiera ocurrido ninguna de las desgracias que me han sucedido. Las mujeres creen a los hombres cuando éstos adornan sus frases con la palabra amor. Entonces, corren, vuelan, se centuplican, intrigan, afirman los hechos y hacen milagros por aquel que les agrada. ¿Pero cómo había yo de interesar a una mujer? Tenía el rostro estropeado, iba vestido como un descamisado, y yo, que en 1799 pasaba por el más elegante de los petimetres, yo, Chabert, conde del Imperio, parecía más bien un esquimal que un francés. En fin, el día en que me arrojaron a la calle como a un perro, encontré al sargento mayor de quien le hablé a usted antes. Este camarada se llamaba Boutín. Aquel pobre diablo y yo hacíamos la más hermosa pareja que jamás haya podido verse. Le vi en un paseo, y si yo le reconocí, a él le fue imposible adivinar quién era yo. Nos fuimos juntos a una taberna. Allí, cuando yo dije quién era, la boca de Boutín se abrió para soltar la más sonora carcajada. Señor, le aseguro que aquella alegría me causó una de las penas mayores de mi vida, porque me reveló con claridad los cambios que debían haberse operado en mí. De modo, que estaba desfigurado hasta para los ojos más humildes y del más agradecido de mis amigos. En otro tiempo, yo había salvado la vida a Boutín, con lo cual no hice más que pagarle una deuda. No le diré a usted cómo me hizo este favor. La escena tuvo lugar en Italia, en Ravenne. La casa en que Boutín impidió que yo fuese apuñalado era una casa poco decente. En aquella época yo no era coronel; era simple particular, como Boutín. Por fortuna, esta historia encerraba detalles que sólo podían ser conocidos por nosotros; y, cuando se lo recordé, su incredulidad disminuyó. Después le conté los accidentes de mi extraña existencia. Aunque mis ojos y mi voz se hubiesen alterado extraordinariamente, según me dijo, y aunque no tenía ni cabellos, ni dientes, ni cejas y estuviese blanco como un albino, acabó por reconocer a su coronel en el mendigo, después de mil preguntas a las que contesté satisfactoriamente. Me contó sus aventuras, que no eran menos extraordinarias que las mías: venía de los confines de la China, adonde había querido ir después de haberse escapado de Siberia. Me comunicó los desastres de la campaña de Rusia y la primera abdicación de Napoleón. Esta noticia fue una de las cosas que más me afectaron. Éramos dos despojos curiosos después de haber rodado por el globo como ruedan por el Océano los guijarros, llevados por las tempestades de una orilla a otra. Entre los dos habíamos visto Egipto, Suiza, España, Rusia, Holanda, Alemania, Italia, Dalmacia, Inglaterra, China, Tartaria y Siberia; ya no nos faltaba más que haber ido a las Indias y a América, para recorrer el mundo entero. En fin, como estuviese más ágil que yo, Boutín se encargó de ir a París lo más aprisa posible, a fin de comunicar a mi mujer el estado en que me encontraba. Escribí a la señora Chabert una carta muy detallada. Era la cuarta, caballero. Si yo hubiera tenido parientes, no hubiera ocurrido

todo esto; pero he de confesarle, que yo soy expósito, soldado que tuvo por patrimonio su valor, por familia todo el mundo, por patria Francia, y por único protector el buen Dios. Me engaño, tenía un padre, el emperador. ¡Ah! si él estuviese en el poder y viese a su *Chabert*, como él decía, en el estado en que me encuentro, seguramente que se encolerizaría. ¡Qué le hemos de hacer! nuestro sol se ha puesto, y ahora todos sentimos frío. Después de todo, los acontecimientos políticos podían justificar el silencio de mi mujer. Boutín partió. ¡Qué feliz era él, que contaba con dos ágiles piernas para marchar! Yo no podía acompañarle, porque mis dolores no me permitían hacer largos viajes. Señor, cuando nos separamos, lloré, después de haberle acompañado todo el tiempo que mi estado permitió. En Carlsruhe tuve un acceso de neuralgia a la cabeza y permanecí seis semanas tumbado sobre un montón de paja en una posada. Si fuera a contarle todas las desgracias de mi vida de mendigo, no acabaría nunca. Los sufrimientos morales, junto a los cuales palidecían los sufrimientos físicos, excitan, sin embargo, menos piedad, porque no se ven. Me acuerdo de haber llorado delante de mi palacio de Strasburgo, donde yo había dado en otro tiempo una fiesta, y donde no obtuve nada, ni siquiera un pedazo de pan. Habiendo determinado de acuerdo con Boutín el itinerario que yo había de seguir, iba a todas las administraciones de correos a preguntar si había alguna carta que trajese dinero para mí. Por fin llegué a París sin haber encontrado nada. ¡Cuánta desesperación tuve que devorar! Boutín habrá muerto, me decía. En efecto, el pobre diablo había sucumbido en Waterloo, como supe más tarde por casualidad. Su misión al lado de mi mujer había sido infructuosa. Entré en París al mismo tiempo que los cosacos. Mi ruta era dolor sobre dolor. Al ver a los rusos en Francia, ya no pensé en que no tenía zapatos en los pies, ni dinero en el bolsillo, y que mis vestidos no eran más que andrajos. La víspera de mi llegada me vi obligado a vivaquear en el bosque de Claye. El fresco de la noche me causó sin duda un acceso de no sé qué enfermedad, que me atacó cuando atravesaba el arrabal Saint-Martin. Caí casi desmayado en la puerta de un ferretero, y cuando desperté me hallé en una cama del hospital. Allí me pasé un mes bastante felizmente. Sin embargo, no tardé en ser despedido; y sin dinero, pero sano, me encontré en las calles de París. ¡Con qué alegría y con qué rapidez me trasladé a la calle de Mont-Blanc, donde mi mujer debía albergarse en mi propio palacio! Pero ¡ay! la calle de Mont-Blanc había pasado a ser la de Chaussée-d'Antin, y mi palacio no existía ya: había sido vendido y demolido. Unos especuladores habían construido varias casas en mis jardines, y como yo ignoraba que mi mujer se hubiese casado con Ferraud, no pude obtener de ella noticia alguna. Por fin, me fui a casa de un anciano abogado que en otro tiempo era el encargado de mis negocios; pero el buen hombre había muerto después de haber cedido su clientela a un joven. Éste me comunicó, con gran asombro mío, la liquidación de mis bienes, el casamiento de mi mujer y el nacimiento de sus dos

hijos. Cuando le dije que era el coronel Chabert, se echó a reír tan francamente, que le dejé sin hacer la menor observación. Mi detención en Stutgard me hizo pensar en el manicomio y resolví obrar con prudencia. Entonces, habiendo averiguado el sitio en que vivía mi mujer, me encaminé a su palacio, con el corazón lleno de esperanza. Mas ¡ay! —dijo el coronel con un movimiento de concentrada rabia—, no logré ser recibido cuando me anuncié con un nombre postizo, y el día en que lo hice con el mío propio, fui arrojado a la calle. Para ver a la condesa cuando volvía del baile o del teatro al amanecer, permanecí durante noches enteras pegado al quicio de su puerta cochera. Mi mirada escudriñaba el interior de aquel coche que pasaba ante mis ojos con la rapidez del rayo, y donde entreveía apenas a aquella mujer, que es mía, y que, sin embargo, no me pertenece. ¡Oh!, ¡desde aquel día, sólo he vivido para la venganza! —exclamó el anciano con voz sorda irguiéndose de pronto ante Derville—. Ella sabe que existo y desde mi vuelta ha recibido ya dos cartas escritas de mi puño y letra. Me debe su fortuna y su dicha, y, sin embargo, no me ha enviado el más mínimo recurso. Hay momentos en que yo no sé lo que hacer, ni lo que va a ser de mí.

Dichas estas palabras, el veterano se dejó caer en la silla y permaneció inmóvil. Derville se mantuvo silencioso ocupado en contemplar a su cliente, y por fin, acabó por decir maquinalmente:

—El asunto es grave, y aun admitiendo la autenticidad de los documentos que deben encontrarse en Heilsberg no podemos decir que triunfaremos. El proceso pasará sucesivamente ante tres tribunales. Es preciso, pues, reflexionar maduramente esta causa, que es completamente excepcional.

—¡Oh! —respondió fríamente el coronel levantando la cabeza arrogantemente—, si sucumbo, sabré morir, pero acompañado.

Esto diciendo, aquel hombre ya no parecía anciano. Los ojos del varón enérgico brillaban iluminados por el fuego del deseo y de la venganza.

—Acaso sea preciso transigir —dijo el procurador.

—¡Transigir! —repitió el coronel Chabert—. Pero, vamos a ver, ¿estoy muerto o vivo?

—Caballero —repuso el procurador—, espero que seguirá usted mis consejos. Su causa será la mía. Bien pronto echará usted de ver el interés que me inspira su situación, casi sin ejemplo en los actos jurídicos. Entre tanto, voy a darle una carta para mi notario, el cual le entregará a usted cincuenta francos cada diez días, pues no creo conveniente que venga usted aquí a buscar socorro. Si es usted el coronel Chabert, debe procurar no estar al alcance de nadie. Yo daré a mis anticipos la forma de un préstamo, pues usted tiene bienes que recobrar, usted es rico.

Esta última delicadeza arrancó lágrimas al anciano y como, sin duda, no es costumbre que un procurador parezca conmovido, Derville se levantó bruscamente y

se fue a su despacho donde volvió a poco con una carta abierta que entregó al conde Chabert. Cuando el pobre hombre la tuvo entre sus manos, sintió dos monedas de oro a través del papel.

—¿Quiere usted designarme los documentos y darme el nombre de la ciudad y el reino adonde hay que pedirlos? —dijo Derville.

El coronel dictó los informes necesarios, mirando antes si estaban bien escritos los nombres de los lugares y después tomó el sombrero en una mano, miró a Derville, le tendió la otra mano, mano callosa, y le dijo con sencillez:

—Caballero, indudablemente, después del emperador, es usted el hombre a quien más deberé en el mundo. Es usted un campechano.

El procurador estrechó la mano al coronel, le acompañó hasta la escalera y le alumbró.

—Boucard —dijo Derville a su primer pasante—, acabo de oír una historia que acaso me costará veinticinco lises, pero, si soy timado, no sentiré mi dinero, pues habré visto al comediante más hábil de nuestra época.

Cuando el coronel se encontró en la calle y ante un farol, sacó del sobre las dos monedas de veinte francos que el procurador le había dado, y las miró durante un momento a la luz. Volvía a ver oro por primera vez después de nueve años.

—¡Ah!, ¡por fin podré volver a fumar cigarros! —se dijo.

Unos tres meses después de esta consulta nocturna hecha por el coronel Chabert en casa de Derville, el notario encargado de pagar el sueldo que el procurador pasaba a su singular cliente, fue a verle para conferenciar acerca de un asunto grave, y empezó por reclamarle seiscientos francos que había entregado ya al anciano militar.

—¡Cómo! Te entretienes en subvencionar a los antiguos veteranos —le dijo sonriendo el notario, llamado Crottat, joven que acababa de adquirir el estudio de donde era primer pasante, y cuyo principal acababa de huir haciendo una espantosa quiebra.

—Querido amigo, te doy las gracias porque me recuerdas este asunto, —respondió Deville—; pero te aseguro que mi filantropía no pasará de veinticinco lises, pues mucho me temo ya haber sido víctima de mi patriotismo.

En el momento en que Derville acababa esta frase, vio sobre la mesa de su despacho los paquetes del día, que su primer pasante acababa de colocar, y llamó la atención de sus miradas unos sellos oblongos, cuadrados, triangulares, rojos y azules, colocados en una carta por las administraciones de correos prusiana, austriaca, bávara y francesa.

—¡Ah! —dijo riéndose—, he aquí el desenlace de la comedia; ahora veremos si he sido o no engañado.

Y esto diciendo, tomó la carta y la abrió; pero no pudo leer nada, porque estaba en alemán.

—Boucard, lleve usted inmediatamente esta carta a traducir y vuelva con prontitud —dijo Deville, entreabriendo la puerta de su despacho y tendiendo la carta a su primer pasante.

El notario de Berlín, al que el procurador se había dirigido, le anunciaba que las actas y documentos pedidos llegarían algunos días después de aquella carta aviso. Según decía, los documentos estaban extendidos en regla y revestidos de las legalizaciones necesarias para dar fe en justicia. Además, le decía que casi todos los testigos de los hechos consignados en dichos documentos vivían en Prussich-Eylau, y que la mujer a quien el señor conde Chabert debía la vida, vivía aún en uno de los arrabales de Heilsberg.

—Esto se pone serio —exclamó Derville cuando Boucard acabó de darle cuenta del contenido de la carta—. Oye, amigo mío —repuso dirigiéndose al notario—, me parece que voy a tener necesidad de ciertos informes que deben existir en tu estudio. ¿No fue en el despacho de ese bribón de Rogín donde...?

—Nosotros acostumbramos a decir el infortunado, el desgraciado Rogín —repuso Alejandro Crottat riéndose e interrumpiendo a Derville.

—Está bien. ¿No fue en el despacho de ese desgraciado, que acaba de robar ochocientos mil francos a sus clientes y de reducir a la miseria a muchas familias, donde se hizo la liquidación de la herencia Chabert? Tengo una idea de haberlo visto en los documentos que aquí tenemos de Ferraud.

—Sí —respondió Crottat—, yo era entonces tercer pasante, y copié y estudié muy bien esa liquidación. Rosa Chapotel, esposa y viuda de Jacinto Chabert, conde del Imperio y gran oficial de la Legión de honor, estaban casados sin contrato, y había, por lo tanto, comunidad de bienes. Si no recuerdo mal, el activo ascendía a seiscientos mil francos. Antes de su matrimonio, el conde Chabert había hecho un testamento en favor de los hospicios de París, por el cual legaba a éstos la cuarta parte de la fortuna que poseyese en el momento de su muerte; la otra cuarta parte la heredaba el fisco. Hubo licitación, venta y reparto, porque los procuradores fueron muy aprisa. A raíz de la liquidación, el monstruo que gobernaba a la sazón a Francia, devolvió, mediante un decreto, la parte del fisco a la viuda del coronel.

—¿De modo que la fortuna personal del coronel Chabert no ascendería más que a trescientos mil francos?

—Naturalmente, amigo mío —respondió Crottat—. Vaya, veo que vosotros los procuradores, a pesar de que se os acusa de defender lo mismo el pro que el contra, aun os queda el espíritu de justicia.

El conde Chabert, cuya dirección se leía en la parte baja del primer recibo que le había entregado el notario, vivía en el arrabal de Saint-Marceau, calle del Petit-Banquier, en casa de un antiguo sargento de la guardia imperial, que se había hecho vaquero y que se llamaba Vergniaud. Llegado allí, Derville se vio obligado a ir a pie a

buscar a su cliente, porque el cochero se negó a meterse en una calle sin adoquinar y cuyos baches eran demasiado profundos para las ruedas de un cabriolé. Mirando a todos lados, el procurador logró encontrar en la parte de aquella calle vecina al bulevar, entre dos paredes construidas con piedra y con tierra, dos malas pilastras, que el paso de los coches había descantillado, a pesar de los dos pedazos de madera colocados en forma de poyos. Estas pilastras sostenían una viga cubierta de un alero de tejas, en la cual se leían estas palabras, escritas con pintura encarnada: VERGNIAUD, VAQUERO. A la derecha de este nombre se veían pintados unos huevos, y a la izquierda una vaca. La puerta estaba abierta, y sin duda permanecía así todo el día. En el fondo de un corral bastante espacioso, se levantaba, en frente de la puerta, una casa, si es que puede llamarse casa a una de esas gazaperas construidas en los arrabales de París, y que no son comparables a nada, ni aun a las más mezquinas habitaciones del campo, cuya miseria padecen sin tener su poesía. En efecto, en medio de los campos, las cabañas poseen aún esa gracia que les comunica la pureza del aire, la verdura, el aspecto de la tierra, una colina, un camino tortuoso, una viña, o un seto, el musgo de un cobertizo y los utensilios campestres; pero en París, esta miseria sólo inspira horror. Aunque recientemente construida, aquella casa parecía próxima a derrumbarse. Ninguno de sus materiales era apropiado y todos provenían de las demoliciones que se hacen a diario en París. Derville leyó en una de las ventanas hechas con las tablas de un letrero: *Almacén de novedades*. Las ventanas no tenían semejanza unas con otras, y habían sido abiertas de una manera extravagante. El piso bajo, que parecía ser la parte habitable, estaba muy elevado de una parte, mientras que en la otra las habitaciones estaban casi cerradas. Entre la puerta y la casa se extendía un gran charco lleno de estiércol, adonde iban a desembocar las aguas pluviales y las de la casa. La pared en que se apoyaba este raquítico albergue, y que parecía ser más sólida que las demás, estaba provista de chocitas donde una multitud de conejos se multiplicaba. A la derecha de la puerta cochera se encontraba la vaquería, que remataba en extenso pajar y que se comunicaba con la casa mediante una lechería. A la izquierda había un corral, una cuadra y una pocilga, cuyo tejado estaba formado, como el de la casa, por unos malos tablones clavados unos sobre otros y mal recubiertos con paja. Como casi todos los lugares donde se cocinan los alimentos de la gran comida que París devora a diario, el patio en que Derville puso los pies ofrecía las huellas de la precipitación exigida por la necesidad de llegar a un punto a hora fija. Esos grandes depósitos de hoja de lata en los que se transporta la leche, y los depósitos para la crema, estaban arrojados en confusión delante de la lechería, con sus correspondientes tapones de tela. Los trapos que sirven para limpiarlos flotaban al sol colgados de unas cuerdas atadas a clavos. El caballo pacífico, cuya raza sólo se encuentra en las lecherías, había dado algunos pasos delante de su carreta y permanecía próximo a la cuadra, cuya puerta estaba cerrada.

Una cabra ramoneaba los pámpanos de la raquílica y sucia viña, que adornaba la amarillenta y agrietada pared de la casa. Un gato estaba acurrucado sobre los depósitos de la crema y los lamía. Las gallinas, asustadas ante la presencia de Derville, echaron a correr cacareando, y el perro guardián ladró.

—¿Vivirá aquí el hombre que decidió la victoria de la batalla de Eylau? —se dijo Derville abarcando con una sola mirada el conjunto de este innoble espectáculo.

La casa había quedado bajo la vigilancia de tres chiquillos. El uno, subido sobre una carreta cargada de verde forraje, arrojaba piedras a la chimenea de la casa vecina, esperando que irían a caer a los pucheros. Otro procuraba conducir un cerdo al interior de una carreta que tocaba en tierra por su parte trasera, mientras que el tercero, colgado de las dos varas, esperaba a que el cerdo estuviera en el carro para inclinar la carreta. Cuando Derville les preguntó si era allí donde vivía el señor Chabert, ninguno respondió, y los tres le miraron con aguda estupidez. Derville reiteró sus preguntas sin éxito, e impacientado por el aire socarrón de los tres pilluelos, les lanzó una de esas injurias que los jóvenes se creen con derecho a dirigir a los niños, y éstos rompieron el silencio con una risa brutal. Derville se enfadó. El coronel, que le oyó, salió de un cuartito situado cerca de la lechería, y apareció en el umbral de la puerta con inexplicable flema militar. Llevaba en la boca una de esas pipas notablemente *culotadas* (expresión técnica de los fumadores), una de esas pipas de tierra blanca, llamadas *quemagaznates*. El militar se levantó la visera de una gorra atrocemente grasienta, vio a Derville, y atravesó el estercolero para llegar antes al lado de su bienhechor, al mismo tiempo que gritaba a los chiquillos con voz amistosa:

—¡Silencio en las filas!

Los niños guardaron respetuoso silencio, que anunciaba el imperio que sobre ellos ejercía el veterano.

—¿Por qué no me ha escrito usted? —le dijo a Derville—. Vaya usted a lo largo de la vaquería; mire usted, por allí; el camino está adoquinado —gritó al apercibirse de la indecisión del procurador, que no quería mojarse los pies en el estercolero.

Saltando de un sitio a otro, Derville llegó al umbral de la puerta por donde el coronel había salido. Chabert pareció estar disgustado por tener que recibir a su protector en el cuarto que ocupaba. Derville no vio en él más que una sola silla. La cama del coronel consistía en algunos haces de paja, sobre los cuales había tendido su patrona dos o tres pedazos de esas viejas alfombras, recogidas no sé dónde, y que suelen servir en las lecherías para cubrir los bancos de las carretas. El pavimento era sencillamente de tierra apisonada. Las paredes, salitrosas, verduscas y agrietadas, despedían tal humedad, que la pared contra la cual dormía el coronel, estaba toda florecida. El famoso carrique pendía de un clavo. Dos malos pares de botas yacían en un rincón. Ningún vestigio de ropa. Sobre una mesa de pino, los boletines del gran ejército, reimpressos por Plancher, estaban abiertos y parecían ser la lectura del

coronel, cuya fisonomía permanecía tranquila y serena en medio de aquella miseria. Su visita a casa de Derville parecía haber cambiado el carácter de sus facciones, en las que el procurador vio las huellas de un pensamiento feliz y un no sé qué particular que les había comunicado la esperanza.

—¿Le incomoda a usted el humo de la pipa? —dijo Chabert tendiendo a su procurador la silla casi sin asiento.

—Pero, coronel, ¡usted está aquí muy mal!

Esta frase la pronunció Derville movido por la desconfianza natural a los procuradores y por la deplorable experiencia que adquieren muy temprano, con los asombrosos dramas desconocidos a que asisten.

—He aquí —se dijo—, un hombre que seguramente ha empleado el dinero en practicar las tres virtudes teologales del soldado: el juego, el vino y las mujeres.

—Es verdad, señor, que no brillamos aquí por el lujo. Esto es una especie de vivac atemperado por la amistad; pero... —esto diciendo, el soldado dirigió una profunda mirada al hombre de leyes—, pero yo no he hecho daño a nadie, y duermo tranquilo.

El procurador comprendió que sería poco delicado pedir cuenta a su cliente de las sumas que le había anticipado, y se contentó con decirle:

—Pero ¿por qué no se quedó usted en París, donde podría usted estar mejor y por el mismo dinero que aquí?

—¡Qué quiere usted! —respondió el coronel—. Esta pobre gente, con quien vivo, me había recogido y me había alimentado gratis durante un año. ¿Cómo quería usted que les dejase en el momento en que tengo algún dinero? Además el padre de estos tres muchachos es un viejo egipcio.

—¡Cómo! ¿Un egipcio?

—Si, damos nosotros este nombre a los veteranos que volvieron de la expedición de Egipto, de la cual formé parte. No solamente todos los que hemos vuelto somos un poco hermanos, sino que, además, Vergniaud estaba en mi regimiento y nos repartimos más de una vez el agua del desierto. Aparte de todo esto, aun no he acabado de enseñarles a leer a sus chiquillos.

—Bien, pero por el dinero de usted, bien podía cuidarle mejor.

—¡Bah! —dijo el coronel—, sus hijos duermen, como yo, sobre paja. Su mujer y él, tampoco tienen mejor cama que la mía; son muy pobres y hacen más de lo que pueden. Pero si yo recibo mi fortuna... En fin, allá veremos.

—Coronel, mañana o pasado debo recibir los documentos de Heilsberg. Su salvadora vive aún.

—¡Maldito dinero! ¡Y decir que no tengo un cuarto! —exclamó arrojando la pipa al suelo.

Una pipa *culotada* es un objeto precioso para un fumador; pero el gesto del

veterano fue tan natural, tan generoso que cualquier fumador le hubiese perdonado aquel crimen de lesa tabaco.

—Coronel, ese asunto es excesivamente complicado —le dijo Derville saliendo del cuarto para ir a pasearse al sol a lo largo de la casa.

—Pues a mi me parece sumamente sencillo —dijo el veterano—: me han creído muerto y estoy aquí, que me devuelvan mi mujer y mi fortuna y que me den el grado de general al que tengo derecho, toda vez que adquirí el de coronel de la guarda imperial la víspera de la batalla de Eylau.

—¡Ay, amigo! no son las cosas tan sencillas como usted cree, en el mundo judicial —repuso Derville—. Escúcheme; usted es el conde Chabert, yo no lo dudo. Pero aquí se trata de probárselo judicialmente a gente que tiene interés en negar su existencia de usted. De modo que las actas serán discutidas, y esa discusión originará diez o doce incidentes preliminares, los cuales irán a parar al tribunal supremo y constituirán otros tantos costosos procesos, que han de ser muy largos por grande que sea mi actividad. Sus adversarios pedirán una información, a la que nosotros no podemos negarnos, la cual originará una comisión rogatoria a Rusia. Pero supongamos que las cosas no vayan tan mal y admitamos que la justicia reconozca en seguida que usted es el coronel Chabert. ¿Quién sabe cómo se juzgará la cuestión promovida por la inocente bigamia de la condesa Ferraud? En esta causa, el derecho no está clasificado en el código y no puede ser perseguida por los jueces más que siguiendo las leyes de la conciencia, como lo hace el jurado en las cuestiones delicadas que presentan las extravagancias sociales de algunos procesos criminales. Ahora bien, usted no ha tenido hijos en su matrimonio, mientras que el señor Ferraud ha tenido dos; y los jueces pueden declarar nulo el matrimonio cuyos lazos son más débiles desde el momento que ha habido buena fe en los contrayentes. ¿Sería su posición moral hermosa, queriendo rescatar *mordicus*, a su edad y en las circunstancias en que usted se encuentra, a una mujer que no le ama? Tendrá contra usted a su propia mujer y su marido actual, que son dos personas poderosas y que pueden influir en los tribunales. El proceso tiene, pues, muchos elementos de duración, y pudiera ocurrir que usted envejeciera y muriera en medio de las más crudas desazones.

—¿Y mi fortuna?

—¿Pero cree usted tener una gran fortuna?

—¿Y mis treinta mil francos de renta?

—¡Ah! mi querido coronel, en 1799, antes de casarse, usted había hecho un testamento por el cual legaba la cuarta parte de sus bienes a los hospicios.

—Es verdad.

—Pues bien, a raíz de su supuesta muerte, hubo que proceder a un inventario y a una liquidación, a fin de dar esa cuarta parte a los hospicios. Su mujer de usted no

tuvo escrúpulo en engañar a los pobres, y el inventario, en el que ella se guardó bien de mencionar todo el dinero y las alhajas sólo ascendió a seiscientos mil francos de valores. Su viuda de usted tenía derecho a la mitad, y los hospicios sólo recibieron setenta y cinco mil francos. Por otra parte, como el fisco le heredaba a usted también, toda vez que no había usted hecho mención de su mujer en su testamento, el emperador devolvió por un decreto a su viuda de usted la porción que correspondía al dominio público. De modo que, la cantidad a que usted tiene derecho ahora, es únicamente a trescientos mil francos, exceptuando las costas.

—¿Y usted llama justicia a eso? —dijo alelado el coronel.

—Ciertamente.

—¡Hermosa justicia!

—Así es, mi pobre coronel. Ya ve usted, pues, que lo que creía fácil no lo es; la señora Perraud puede, por otra parte, pretender la porción que le ha sido dada por el emperador.

—Pero como que no era viuda, la base es falsa y el decreto nulo.

—Estoy conforme, pero todo se pleitea. Escuche usted. En estas circunstancias, yo creo que una transacción sería para usted y para ella el mejor desenlace del proceso, y usted ganaría con ello una fortuna mucho más considerable que aquella a que tiene usted derecho.

—Pero eso sería vender la mujer.

—Con veinticuatro mil francos de renta y en la posición en que usted se encuentra, tendrá usted mujeres que valdrán más que la suya y que le harán más feliz. Hoy mismo preciso ir a ver a la condesa Ferraud; pero no he querido dar este paso sin consultarle a usted antes.

—Vayamos juntos a su casa.

—¿En la posición en que usted se encuentra? —dijo el procurador—. No, no, coronel, no, porque podría usted perder con ello su causa.

—Pero vamos a ver, mi causa ¿puede o no puede ganarse?

—Yo lo creo —respondió Derville—; pero, señor Chabert, usted no se fija en una cosa. Yo no soy rico, tanto que aun no he acabado de pagar mi procuraduría. Si los tribunales conceden a usted una *provisión*, es decir, una suma tomada de antemano de la fortuna de su mujer, no lo harán seguramente hasta después de haber reconocido sus títulos de conde de Chabert y de gran oficial de la Legión de honor.

—¡Toma! pues es verdad, ya no me acordaba de que soy oficial de la Legión de honor —dijo Chabert con sencillez.

—Ahora bien, hasta entonces ¿no será necesario pleitear, pagar abogados, gastos de curia y vivir? Las costas de los juicios preparatorios ascenderán inmediatamente a doce o quince mil francos. Yo, que estoy reventado por los enormes intereses que pago al que me prestó el dinero para comprar el estudio, no los tengo, y usted ¿dónde

los encontrará?

Al oír estas palabras, un raudal de lágrimas brotó de los marchitos ojos del pobre soldado y rodó por sus arrugadas mejillas. Al considerar tantas dificultades perdió los ánimos; el mundo social y judicial le oprimía el pecho como una pesadilla.

—Iré al pie de la columna de la plaza Vendome —exclamó, y gritaré allí—: «¡Yo soy el coronel Chabert, el que rompió el gran cuadro de los rusos en Eylau!», y estoy seguro de que el bronce me reconocerá.

—Sí, y le llevarán a usted a un manicomio.

Al oír el temible nombre de *manicomio*, la exaltación del militar cesó.

—¿Y no podré encontrar en el ministerio de la guerra algún medio de salir con la mía?

—¡Allí! —dijo Derville—. Guárdese usted de ir, a no ser con un juicio en regla que declare nula su acta de defunción. Porque en aquellas oficinas lo que quisieran sería hacer desaparecer a todos los héroes del Imperio.

El coronel permaneció durante un momento aturdido, inmóvil, mirando sin ver, abismado en una desesperación sin límites. La justicia militar es franca, rápida, decide a lo turco, y juzga casi siempre bien. Esta justicia era la que quería él. Al ver el dédalo de dificultades que era preciso vencer y el mucho dinero que había que gastar, el pobre soldado recibió un golpe mortal en esa potencia particular del hombre que se llama voluntad. Le pareció imposible vivir pleiteando, y juzgó mil veces más sencillo permanecer pobre, mendigando, o alistarse como soldado en algún regimiento que le admitiese. Sufrimientos físicos y morales habían viciado ya algunos de los órganos más importantes del cuerpo, y estaba ya muy próximo a una de esas enfermedades para las que la medicina no tiene nombre, y cuyo asiento es, en cierto modo, móvil como el aparato nervioso que parece el más atacado de los de nuestra máquina, afección que sería preciso llamar el esplín del infortunio. Por grave que fuese ya aquel mal invisible, pero real, era aún curable mediante un feliz desenlace; pero así mismo para destruir por completo aquella vigorosa organización, bastaría un obstáculo nuevo, algún hecho imprevisto que rompiese sus débiles resortes y que produjese esas dudas, esos actos incomprensibles e incompletos que los fisiólogos observan en los seres anonadados por los pesares.

Al ver los síntomas de un profundo abatimiento en su cliente, Derville le dijo:

—No se desanime usted, porque la salvación de este asunto sólo puede serle favorable. Dígame nuevamente si me concede usted toda su confianza y si acepta ciegamente el resultado que pueda yo obtener y juzgar como más favorable para usted.

—Haga usted lo que quiera —dijo Chabert.

—Sí ¿pero se entrega usted a mí como hombre que va a la muerte?

—¿No voy a quedar sin nombre y sin derechos? ¿Es eso tolerable?

—Yo no lo entiendo así —dijo el procurador—. Empezaremos amistosamente un juicio para anular su acta de defunción y su matrimonio, a fin de que recobre usted sus derechos. Por mediación del conde de Ferraud, volverá usted a figurar en las filas del ejército como general y obtendrá usted, sin duda, una pensión.

—Conforme —respondió Chabert—. Me entrego a usted en cuerpo y alma.

—Mañana le mandaré a usted un poder para que lo firme. Adiós, y ánimo, y si necesita usted dinero, ya sabe que puede contar conmigo.

Chabert apretó calurosamente la mano de Derville y permaneció apoyado contra la pared, sin fuerzas para seguirle más que con los ojos. Como todos los que tienen poco conocimiento de los asuntos judiciales, se asustaba ante la idea de aquella lucha imprevista. En el transcurso de esta conferencia, varias veces había asomado, por detrás de la pilastra de la puerta cochera, la cara de un hombre, apostado en la calle para acechar la salida de Derville, el cual hombre se aproximó al procurador cuando salía. Era el tal un anciano que vestía una blusa azul y que llevaba en la cabeza un gorro de piel; su cara era morena, enjuta y arrugada, pero roja por los pómulos, a causa sin duda del exceso del trabajo y de la influencia de la intemperie.

—Dispéñeme usted, caballero, si me tomo la libertad de hablarle —le dijo a Derville cogiéndole por el brazo—; pero al verle he sospechado que era usted el amigo de nuestro general.

—¿Y en qué se interesa usted por él? —dijo Derville—, ¿quién es usted? —repuso el desconfiado procurador.

—Yo soy Luis Vergniaud, y quisiera decirle dos palabras.

—¿Es usted el que ha dado tan buen hospedaje al conde Chabert?

—Dispense usted, señor, pero tiene el mejor cuarto de la casa, y si no hubiera tenido más que el mío, se lo hubiese cedido y me hubiese ido a dormir a la cuadra. Un hombre que ha sufrido como él, que enseña a leer a mis pequeños, un general, un egipcio, el primer teniente a cuyas órdenes he servido... ¡tendría que ver! Le he albergado lo mejor que pude y he repartido con él lo que tenía. Desgraciadamente, no era gran cosa: pan, leche, huevos. En fin, en la guerra, como en la guerra. Tiene un gran corazón. Pero nos ha reventado mucho.

—¿Él?

—Sí, señor, nos ha reventado, pero por completo. Yo tomé este establecimiento, cuyo alquiler era superior a mis fuerzas, y él lo veía perfectamente. Y dale que me había de ayudar, y dale que me había de ayudar. Yo le decía: «Pero, mi general...». Yo había hecho dos pagarés por el precio de mi vaquería a un tal Gradós... ¿Lo conoce usted, señor?

—Pero, querido mío, no tengo tiempo para escucharle a usted; dígame únicamente qué es lo que les ha hecho el coronel.

—Nos ha reventado, señor, tan cierto como yo me llamo Luis Vergniaud y como

mi mujer ha llorado. Ha sabido por los vecinos que no teníamos ni un céntimo, y el muy zorro, sin decirnos nada, ha amontonado todo lo que usted le había dado y ha satisfecho uno de los pagarés. ¡Qué malicia! Cuando mi mujer y yo sabíamos que no tenía tabaco ese pobre viejo. ¡Oh! ahora, todas las mañanas tiene sus cigarros, porque antes de consentir que careciera de nada, sería capaz de venderme la camisa. No, nosotros estamos reventados. De modo que, quisiera proponerle que nos prestase, puesto que, según él dice, es usted un buen hombre, un centenar de escudos sobre nuestro establecimiento, a fin de procurarle ropa y de amueblar su cuarto. Él ha creído sacarnos de apuros, y no es verdad; al contrario, crea usted que nos ha dado un gran disgusto y que no debía haber hecho lo que hizo. Nos ha dado un gran disgusto. A fe de hombre honrado, tan cierto como me llamo Luis Vergniaud, que me dejaría matar antes que dejar de cumplir con usted el compromiso, si me presta ese dinero.

Derville miró al vaquero y dio algunos pasos atrás para volver a ver la casa, el patio, los estercoleros, el establo, los conejos y los chiquillos.

—A fe que creo que uno de los caracteres de la virtud es el no ser propietario —se dijo—. Ya obtendrás los cien escudos que deseas y aun más; pero no seré yo el que te los daré, sino el coronel, que ha de ser bastante rico para ayudarte, y al cual no quiero quitar ese placer.

—¿Ocurrirá eso muy pronto?

—¡Yo lo creo!

—¡Ah! ¡Dios mío!, ¡qué contenta se va a poner mi mujer!

Y el rostro tostado del vaquero pareció dilatarse de alegría.

—Ahora —se dijo Derville subiendo de nuevo al cabriolé—, vayamos a casa de nuestra adversaria, no dejemos ver nuestro juego, procuremos conocer el suyo, y ganemos la partida de un solo golpe. ¿Sería bueno asustarla? Es mujer. ¿De qué se asustan más las mujeres? Las mujeres no se asustan más que de...

Empezó a estudiar la posición de la condesa, y se sumió en una de esas meditaciones a las que se entregan los grandes políticos para concebir sus planes y procurar adivinar el secreto de sus enemigos. Y en cierto modo ¿no son los procuradores hombres de Estado, encargados de asuntos privados? Para comprender el ingenio del procurador, se hace aquí necesario dirigir una ojeada a la situación en que se encontraba el conde de Ferraud y su mujer.

El señor conde de Ferraud era hijo de un antiguo consejero del parlamento de París, que había emigrado durante la época del Terror, y que, si había salvado la cabeza, había perdido toda su fortuna. Volvió a su patria bajo el consulado y permaneció constantemente fiel a los intereses de Luis XVIII, a cuyo servicio estaba su padre antes de la Revolución. Pertenecía, pues, a aquel partido del arrabal Saint-Germain que resistió noblemente a las seducciones de Napoleón. La reputación de hombre de talento que logró conquistarse el joven conde, que, a la sazón, era llamado

sencillamente el señor Ferraud, le hizo objeto de los halagos del emperador, el cual se consideraba a veces tan feliz con sus conquistas hechas entre la aristocracia, como con una victoria conseguida en el campo de batalla. Le prometió al conde la restitución de su título y de sus bienes y la próxima obtención de un ministerio o de una senaduría. El emperador cayó. Cuando la muerte del conde Chabert, el señor Ferraud era un joven de veintiséis años, sin fortuna, dotado de agradable figura, que obtenía grandes éxitos en el mundo y que había sido adoptado como una gloria del arrabal de Saint-Germain. Pero la señora condesa Chabert había sabido sacar tan buen partido de la herencia de su marido, que después de unos diez y ocho meses de viudez, poseía unos cuarenta mil francos de renta. Su casamiento con el joven conde, no fue aceptado como una novedad halagüeña por los corrillos del arrabal Saint-Germain. Contento con este matrimonio, que respondía a sus ideas de fusión, Napoleón devolvió a la señora Chabert la parte que correspondía al fisco en la herencia del coronel; pero las esperanzas de Napoleón quedaron frustradas: la señora Ferraud no amó a su marido solamente por su juventud, sino que había sido seducida también por la idea de entrar en aquella sociedad desdeñosa que, a pesar de su proceder, dominaba la corte imperial. Aquel matrimonio halagaba tanto sus pasiones como sus vanidades; iba a pasar a ser una mujer a la moda. Cuando el arrabal Saint-Germain supo que el casamiento del joven conde no era una defección, los salones se abrieron para su mujer. La Restauración sobrevino. La fortuna política del conde Ferraud no fue rápida. Este hombre comprendía las exigencias de la posición en que se encontraba Luis XVIII, y era del número de los iniciados que esperaban *que el abismo de las revoluciones quedase cerrado*, pues esta frase real, de la cual se burlaban tanto los liberales, ocultaba una profunda sentencia política. Sin embargo, la real orden citada en la larga fase clerical que comenzó esta historia, le había devuelto dos bosques y una tierra, cuyo valor había aumentado considerablemente durante el secuestro. En este momento, aunque el conde Ferraud fuese consejero de Estado y director general, no consideraba su posición más que como el principio de su carrera política. Preocupado con las atenciones de una ambición devoradora, había nombrado secretario suyo a un procurador llamado Delbecq, hombre habilísimo, que conocía admirablemente los recursos de la trampa y al cual abandonaba la dirección de sus asuntos privados. El astuto curial había comprendido perfectamente su misión en casa del conde, para mostrarse probo por especulación, pues esperaba ocupar algún cargo importante, mediante la influencia de su amo, cuya fortuna era objeto de todas sus atenciones. Su conducta desmentía de tal modo su conducta anterior, que pasaba por hombre calumniado. Con el tacto y la astucia que poseen, más o menos, las mujeres, la condesa, que había adivinado a su administrador, le vigilaba cuidadosamente, y sabía manejarle tan bien, que había sacado ya un gran partido de él, para lograr el aumento de su fortuna particular. Había salido persuadido Delbecq de que ella

manejaba al señor Ferraud, y le había prometido nombrarle presidente de un tribunal de primera instancia, en una de las ciudades más importantes de Francia, si servía por completo a sus intereses. La promesa de una plaza inamovible que le permitiera casarse ventajosamente y conquistarse, más tarde, una elevada posición en la carrera política, llegando a ser diputado, constituyó a Delbecq en testaferro de la condesa. Este hombre no había dejado escapar ninguna de las probabilidades favorables que los movimientos de la Bolsa y el aumento de valor de las propiedades ofrecieran en París a las gentes hábiles, durante los tres primeros años de la Restauración, y había triplicado el capital de su protectora, con tanta más facilidad, cuanto que los medios habían parecido buenos a la condesa, a fin de lograr pronto que su fortuna fuera enorme. Esta viuda empleaba el sueldo de los cargos ocupados por el conde, en los gastos de la casa, a fin de poder capitalizar las rentas, y Delbecq se prestaba a los cálculos de esta avaricia, sin procurar indagar los motivos de la misma, pues esta clase de gentes no se preocupan más que de aquellos secretos cuyo descubrimiento es necesario a sus intereses. Por otra parte, el administrador encontraba la razón de aquella avaricia en esa sed de oro de que están atacados la mayor parte de los parisienses, y era preciso una fortuna tan grande para apoyar las pretensiones del conde Ferraud, que el intendente creía a veces entrever en la avidez de la condesa un efecto de su adhesión por el hombre de quien se guió siempre en la morada. La condesa había sepultado los secretos de su conducta en el fondo de su corazón. Allí había secretos de vida y de muerte para ella; en el corazón está precisamente el nudo de esta historia.

A principios del año 1818, la Restauración estuvo sentada en bases, en apariencia, inquebrantables; sus doctrinas gubernamentales, comprendidas por los espíritus superiores, les parecieron que habían de traer para Francia una era de nueva prosperidad, y entonces la sociedad parisiense cambió de aspecto. Por un efecto de la casualidad, la señora condesa de Ferraud había hecho un matrimonio de amor, de fortuna y al mismo tiempo de ambición. Joven y hermosa aún, la señora Ferraud desempeñó el papel de mujer a la moda y vivió en la atmósfera de la corte. Rica por sí misma, rica por su marido, el cual, reputado como una de las mayores capacidades del partido realista y como amigo del rey, parecía estar llamado a ser ministro, la condesa pertenecía a la aristocracia y participaba de su esplendor. En medio de este triunfo, esta mujer se vio atacada de un cáncer moral. Existen sentimientos que las mujeres adivinan a pesar del cuidado que los hombres emplean para ocultarlos. A la primera vuelta del rey, el conde Ferraud sintió cierto arrepentimiento acerca de su matrimonio. La viuda del coronel Chabert no se había aliado con nadie y se veía sola y sin apoyo para medrar en una carrera llena de escollos y de enemigos. Además, cuando pudo juzgar fríamente a su mujer, reconoció en ella algunos vicios de educación, que la hacían impropia para secundarle en sus proyectos. Una frase dicha

por el conde, con motivo del casamiento de Talleyrand, iluminó a la condesa, la cual no tuvo ya duda de que si su casamiento tuviera que hacerse, jamás sería la señora Ferraud. ¿Qué mujer perdonaría esta ofensa? ¿No equivale a todas las injurias, a todos los crímenes y a todos los repudios en germen? Pero ¡qué llaga no abriría esta frase en el corazón de la condesa, si se tiene en cuenta que ésta temía ver llegar de un momento a otro a su primer marido! Ella sabía que vivía y lo había rechazado. Después, viendo que transcurría tanto tiempo sin oír hablar de él, se complació en creer que habría muerto en Waterloo con las águilas imperiales, en compañía de Boutín. Sin embargo, concibió la idea de atraerse al conde con el más fuerte de los lazos, con la cadena de oro, y quiso ser tan rica, que su fortuna hiciese indisoluble su segundo matrimonio, si por casualidad reaparecía aún el conde Chabert. Y éste había reaparecido, sin que ella se explicase la causa de que no hubiese empezado ya la lucha que ella temía. Sin duda los sufrimientos y la enfermedad la habían librado de aquel hombre; sin duda estaba medio loco y procuraban devolverle la razón en algún manicomio. Pero la condesa no quiso dar cuenta de sus sospechas ni a Delbecq ni a la policía, por temor a crearse un tirano o a precipitar la catástrofe. Existen en París muchas mujeres que, como la condesa Ferraud, viven con un monstruo moral desconocido o bordean un abismo. Por regla general, estas mujeres se forman un callo en el lugar de su mal y pueden aún reír y divertirse.

—Encuentro algo raro en la situación del señor conde Ferraud —se dijo Derville al salir de su larga meditación, en el momento en que el cabriolé se detenía en la calle de Varennes, a la puerta del palacio Ferraud—. ¿Cómo él, tan rico y tan querido del rey, no es aún par de Francia? Es verdad que, como decía la señora de Grandlieu, sin duda entra en la política del rey el dar una gran importancia a la dignidad de par no prodigándola mucho. Por otra parte, el hijo de un consejero del parlamento no es un Crillon ni un Rohan. El conde Ferraud sólo puede entrar subrepticamente en la alta cámara. Pero si su matrimonio se anulase, ¿no podría pasar a su cabeza, con gran satisfacción del rey, la dignidad de par de alguno de esos viejos senadores que no tienen más que hijas? He aquí indudablemente un buen medio para asustar en lo sucesivo a la condesa —se dijo al mismo tiempo que subía la escalinata exterior del palacio.

Sin saberlo, Derville había puesto el dedo en la llaga secreta y hundido la mano en el cáncer que devoraba a la señora Ferraud. El procurador fue recibido por la condesa en un bonito comedor de invierno, donde ésta almorzaba, jugando con un mono atado con una cadena a una especie de poyo. La condesa vestía elegante peinador, y los bucles de sus cabellos, negligentemente peinados, se escapaban de un gorro que le daba un aire sumamente coquetón. Estaba fresca y risueña. Los cubiertos de plata y oro y el nácar brillaban sobre la mesa, y veíanse en torno de ella flores curiosas plantadas en magníficos tiestos de porcelana. Al ver a la mujer del conde

Chabert, rica con los despojos de éste, en el seno del lujo y en la cumbre de la escala social, mientras que su desgraciado esposo vivía en casa de un pobre vaquero en medio de las bestias, el procurador se dijo:

—La moral de todo esto es que una mujer rica no querrá nunca reconocer a su marido, ni aun a su amante, en un hombre que lleva un viejo carrique, una peluca de grama y unas botas rotas.

Una sonrisa mohinosa y mordaz expresó las ideas, medio filosóficas y medio burlonas, que tenían que ocurrírsele a un hombre tan bien dotado de inteligencia, para conocer el fondo de las cosas a pesar de las mentiras bajo las cuales ocultan su existencia la mayor parte de las familias parisienses.

—Buenos días, señor Derville —dijo la condesa continuando en su operación de darle café al mono.

—Señora —dijo el procurador bruscamente, pues no dejó de chocarle el tono ligero con que la condesa había dicho: «Buenos días, señor Derville»—, vengo a hablar con usted de un asunto bastante grave.

—¡Cuánto lo siento! el señor conde está ausente...

—¡Y cuánto me alegro yo, señora! porque creo que sería verdaderamente de sentir que él asistiese a nuestra conferencia. Además, ya sé por Delbecq que le gusta a usted resolver por sí sola sus asuntos sin molestar al señor conde.

—Entonces haré que venga Delbecq —dijo la condesa.

—No, porque, a pesar de su habilidad, en este momento le sería a usted inútil. Escuche usted, señora; una palabra bastará para inmutarla a usted. El conde Chabert vive.

—¡Cómo!, ¿pensará usted inmutarme diciendo semejantes tonterías? —dijo aquella mujer soltando una carcajada.

Pero la condesa quedó de pronto iluminada por la extraña lucidez y la fija mirada con que Derville le interrogaba, pareciendo leer en el fondo de su alma.

—Señora —respondió éste con una fría y penetrante gravedad—, ignora usted la extensión de los peligros que la amenazan. No le hablaré a usted de la incontestable autenticidad de los documentos ni de la certidumbre de las pruebas que demuestran la existencia del conde Chabert, pues ya sabe usted que no soy hombre capaz de encargarme de una mala causa. Si se opone usted a la anulación del acta de defunción, perderá usted este primer pleito, y resuelto él a nuestro favor, quedan ganados ya todos los demás.

—¿De qué pretende usted, pues, hablarme?

—Ni del coronel, ni de usted. No le hablaré tampoco de las defensas que podrían hacer abogados de talento, conocedores de los hechos curiosos de esta causa, ni del partido que sacarían de las cartas que usted recibió de su primer marido antes de la celebración de su matrimonio con el segundo.

—¡Eso es falso! —dijo la condesa con toda la violencia de una tirana—. Yo no he recibido nunca cartas del conde Chabert, y si alguien dice ser el coronel, será, sin duda, algún intrigante, algún escapado del presidio, como Cogniard. Solamente de pensar en ello me estremezco. Señor mío, ¿acaso puede resucitar el coronel? Bonaparte me comunicó su muerte por un ayudante de campo, y hoy mismo percibo yo tres mil francos de pensión que me concedieron las cámaras, como viuda de él. Creo, pues, que he tenido mil veces razón al rechazar a todos los Chabert que se han presentado, como rechazaré también a todos los que se presenten.

—Por fortuna, estamos solos, señora, y podemos mentir cuanto queramos —dijo Derville fríamente, entreteniéndose en excitar la cólera que agitaba a la condesa, a fin de arrancarle alguna indiscreción mediante una maniobra, muy familiar a los procuradores, que acostumbran siempre a permanecer tranquilos y sosegados cuando sus adversarios o sus clientes se enfurecen. Ahora nos veremos, se dijo a sí mismo el hábil curial discurriendo al instante un lazo para demostrar a su contrincante su propia debilidad—. La prueba de que la primera carta le fue a usted entregada, consta, señora, —repuso en alta voz—. Dicha carta contenía valores...

—¡Oh!, ¡eso no es verdad! no contenía ningún valor.

—¿Luego la habéis recibido? —repuso Derville sonriéndose—. Ha caído usted ya en el primer lazo que le tiende un procurador, y cree usted poder luchar con la justicia...

La condesa se puso roja, pálida, se ocultó la cara entre las manos, y después, sacudiendo su vergüenza, repuso con la sangre fría propia de esta clase de mujeres:

—Puesto que es usted el procurador del pretendido Chabert, hágame el favor de...

—Señora, en este momento soy aún tan procurador de usted como del coronel. ¿Cree usted acaso que yo quiero perder una clientela tan preciosa como la de usted? Pero se niega usted a escucharme, y...

—Hable usted, caballero —dijo la condesa con mucha amabilidad.

—Su fortuna de usted proviene del señor conde Chabert y usted le ha rechazado. La fortuna de usted es colosal, y le permite usted mendigar. Señora, los abogados son muy elocuentes cuando las causas son elocuentes por sí mismas, y en ésta se encuentran circunstancias capaces de levantar contra usted la opinión pública.

—Pero, caballero —dijo la condesa impacientada al ver la manera como Derville la manejaba a su gusto—; suponiendo que ese señor Chabert exista, los tribunales apoyarán mi segundo matrimonio a causa de los hijos, y yo quedaré en paz devolviendo doscientos veinticinco mil francos al señor Chabert.

—Señora, no sabemos cómo apreciarán los tribunales la parte sentimental de este asunto. Si por una parte existe una madre con hijos, por otra tenemos un hombre agobiado por las desgracias y envejecido por su culpa de usted y por sus negativas.

¿En dónde encontrará él ahora una mujer? Además, ¿pueden los jueces anular la ley? Su matrimonio con el coronel tiene la fuerza que da el derecho de la prioridad, y si usted es representada bajo odiosos colores, podría presentársele un adversario con el que ni siquiera cuenta usted ahora. He aquí, señora, el peligro de que yo quiero preservarla.

—¡Un nuevo adversario! —dijo la condesa—. ¿Quién?

—El señor conde Ferraud, señora.

—El señor Ferraud siente por mí un entrañable cariño y un gran respeto por la madre de sus hijos.

—Señora, no diga usted esas tonterías a gente de justicia acostumbrada a leer en el fondo de los corazones —dijo Derville interrumpiéndola—. En este momento, el señor conde Ferraud no tiene el menor deseo de anular su matrimonio y estoy persuadido de que la adora a usted; pero si alguien le dijera que su matrimonio puede ser anulado y que su mujer va a ser llevada como criminal al banco de los acusados...

—Me defendería, caballero.

—Le digo a usted que no, señora.

—¿Qué razón puede tener para abandonarme?

—La de casarse con la hija única de un par de Francia, y de obtener así, mediante un decreto, la dignidad de par.

La condesa palideció.

—Ya te tengo, y el pleito del pobre coronel está ganado —se dijo para sus adentros Derville.

—Por otra parte, señora —repuso en alta voz—, su actual esposo sentiría tanto menos los remordimientos, por cuanto que el que le exige su mujer es un hombre cubierto de gloria, general, conde, gran oficial de la Legión de honor.

—¡Basta!, ¡basta, caballero! usted será siempre mi único procurador. ¿Qué hay que hacer?

—¡Transigir! —dijo Derville.

—¿Me ama aún? —preguntó la condesa.

—No creo que haya dejado de amarle a usted.

Al oír estas palabras, la condesa irguió la cabeza. Un rayo de esperanza brilló en sus ojos: sin duda contaba especular con la ternura de su primer marido, para ganar su causa mediante alguna astucia de mujer.

—Señora, esperaré sus órdenes para saber si es preciso notificarle judicialmente o si quiere usted venir a mi casa para ajustar las bases de una transacción —dijo Derville a la condesa.

Ocho días después, durante una hermosa mañana del mes de julio, los dos esposos, desunidos por una casualidad casi sobrenatural, partieron de los dos puntos más opuestos de París para ir a encontrarse en el estudio de su común procurador. Los

anticipos que Derville había hecho al coronel Chabert le habían permitido vestirse con arreglo a su posición. El difunto llegó, pues, en un cabriolé muy decente. Llevaba la cabeza cubierta con una peluca apropiada a su fisonomía, iba vestido de azul y lucía sobre el chaleco el botón rojo de los grandes oficiales de la Legión de honor. Con las lujosas ropas que le correspondían había recobrado también su antigua elegancia marcial. Se mantenía recto, y su cara grave y misteriosa, donde se pintaban la dicha y todas sus esperanzas, parecía haberle rejuvenecido. Se parecía tanto al Chabert del viejo carrique, como se parece una moneda roñosa de cinco céntimos a una pieza de cuarenta francos recientemente acuñada. Al verle, los transeúntes hubiesen reconocido fácilmente en él a uno de los hermosos restos de nuestro antiguo ejército, a uno de aquellos hombres heroicos en los que se refleja nuestra gloria militar y que la representan como representa al sol el espejo por él iluminado. Aquellos veteranos son, al mismo tiempo, cuadros y libros. Cuando el conde bajó del coche para subir a casa de Derville, saltó ligeramente como hubiera podido hacerlo un joven.

Apenas había dado la vuelta a la esquina su cabriolé, cuando llegó también un bonito coche que ostentaba en sus portezuelas un escudo condal. La señora condesa de Ferraud salió de él sencillamente ataviada, pero lo suficiente para mostrar la esbeltez de su talle. Llevaba una bonita capota forrada de color rosa, que sentaba perfectamente a su rostro, disimulando sus contornos y favoreciéndolos. Pero si los clientes se habían rejuvenecido, el estudio seguía siendo el mismo y ofrecía el mismo aspecto que dejamos descrito al empezar esta historia. Simonín almorzaba, con el hombro apoyado en la ventana, que estaba a la sazón abierta, y contemplaba el azul del cielo por la abertura de aquel patio rodeado de cuatro negros cuerpos de edificio.

—¡Ah! —exclamó el aprendiz de pasante—, ¿quién quiere apostar un espectáculo a que el coronel Chabert es general y gran oficial de la Legión de honor?

—Nuestro principal es un famoso mago —dijo Godeschal.

—¿De modo que ahora no podemos jugarle ninguna mala pasada? —preguntó Desroches.

—Ahora será su mujer, la condesa de Ferraud, la que se encargará de ello —dijo Boucard.

—¿De modo que la condesa de Ferraud pertenece ahora a dos hombres? —dijo Godeschal.

—¡Aquí está! —dijo Simonín.

En este momento, el coronel entró y preguntó por Derville.

—¡Ah!, ¡pillastre!, ¿de modo que no eres sordo? —dijo Chabert cogiendo al *saltacharcos* por la oreja y estirándosela, con gran satisfacción de los pasantes, que se echaron a reír y miraron a Chabert con la curiosa consideración debida a tan singular personaje.

El conde Chabert estaba en el despacho de Derville en el momento en que su mujer entraba por la puerta del estudio.

—Oiga usted, Boucard, ¡vaya una escena más extraña que se va a desarrollar en el despacho del principal! He ahí una mujer que puede ir los días pares a casa del conde Ferraud y los impares a casa del conde Chabert.

—El conde figurará en los años bisiestos —dijo Godeschal.

—¡Callen ustedes, señores, que se puede oír! —dijo severamente Boucard—. Yo no he visto nunca un estudio donde se bromea, como en éste, con todos los clientes.

Derville había mandado al coronel que se metiese en una alcoba inmediata, cuando la condesa se presentó.

—Señora —le dijo el procurador—, no sabiendo si le agradaría a usted ver al conde Chabert, los he separado a ustedes. Sin embargo, si usted desease...

—Caballero, doy a usted un millón de gracias por su atención.

—He preparado la minuta de mi acta, cuyas condiciones pueden ser discutidas por usted y el señor Chabert acto continuo. Yo iré alternativamente de usted a él para comunicarles sus respectivos razonamientos.

—Veamos, señor —dijo la condesa dejando escapar un movimiento de impaciencia.

Derville leyó:

«Entre los infrascriptos:

»Don Jacinto Chabert, conde, mariscal de campo y gran oficial de la Legión de honor, vecino de París y habitante en la calle del Petit-Banquier, por una parte.

»Y la señora doña Rosa Chapotel, esposa del dicho conde de Chabert, nacida en...».

—Pase usted por alto los preámbulos y vayamos directamente a las condiciones —dijo la condesa.

—Señora —dijo el procurador—, el preámbulo explica sucintamente la posición en que se encuentran ustedes. En el artículo primero, usted reconoce, en presencia de tres testigos, que son dos notarios y el vaquero en cuya casa ha vivido su marido de usted, a los cuales he confiado este asunto bajo secreto, en la seguridad de que guardarán silencio; usted reconoce, repito, que el individuo designado en las actas adjuntas, cuyos originales se encuentran en casa del notario Alejandro Crottat, es el conde Chabert, su primer esposo. En el artículo segundo, el conde Chabert, en interés de su dicha de usted, se compromete a no hacer uso de sus derechos más que en los casos previstos en el acta misma. Y estos casos —dijo Derville haciendo una especie de paréntesis—, no son otros que la falta de cumplimiento de las cláusulas de esta convención secreta. Por su parte, el señor Chabert consiente en entablar a buenas con usted un juicio que anulará su acta de defunción y que provocará la disolución de su matrimonio.

—Eso no me conviene de ningún modo —dijo la condesa asustada—, no quiero juicios ni procesos. Ya sabe usted por qué.

—En el artículo tercero —dijo el procurador continuando con una flema imperturbable—, se compromete usted a constituir a nombre de Jacinto Chabert, conde de Chabert, una renta vitalicia de ochenta mil francos, renta cuyo capital volverá a su poder a la muerte de él.

—Pero eso es demasiado —dijo la condesa.

—Al contrario, ¿puede acaso transigirse en mejores condiciones?

—Yo lo creo.

—Veamos, ¿qué quiere usted, señora?

—Yo quiero... yo no quiero juicios, yo quiero...

—Sí, que siga apareciendo muerto —dijo vivamente Derville interrumpiéndola.

—Caballero —dijo la condesa—, si es preciso que yo dé ochenta mil francos de renta, pleitearemos.

—¡Sí, pleitearemos! —exclamó con voz sorda el coronel, que abrió la puerta y apareció de pronto ante su mujer, llevando una mano metida en el bolsillo del chaleco y la otra tendida hacia la audiencia.

—¡Es él! —se dijo para sí la condesa.

—¡Demasiado caro! —repuso el veterano—. Le he dado a usted cerca de un millón y regatea usted mi dicha, mi felicidad. Pues bien, ahora exigiré su persona y su fortuna. Existe entre nosotros comunidad de bienes, puesto que el matrimonio no ha sido anulado.

—Pero este caballero no es el coronel Chabert —exclamó la condesa fingiendo la mayor sorpresa.

—¡Ah! —dijo el anciano con tono profundamente irónico—, ¿quiere usted pruebas? Yo la conocí a usted en el Palais-Royal...

La condesa palideció, y al observar esto el veterano conmovióle el vivo sufrimiento que causaba a una mujer amada en otro tiempo con ardor, y se detuvo; pero fue objeto de una mirada tan impregnada de veneno, que de pronto prosiguió diciendo:

—Usted estaba en casa de...

—Por favor, caballero —dijo la condesa al procurador—, permitidme que me retire. Yo no he venido aquí para oír estos horrores.

Y se levantó y salió. Derville se apresuró a seguirla, pero la condesa parecía volar y no logró alcanzarla. Cuando volvió a su despacho, el procurador encontró al coronel con un acceso de rabia, caminando a grandes pasos.

—En aquella época, cada uno tomaba la mujer donde le parecía; pero yo estuve desacertado en la elección e hice mal con fiarme de las apariencias —decía—. Esa mujer no tiene corazón.

—Vaya, coronel, ¿no tenía yo razón al suplicarle que no se presentara? Ahora yo estoy seguro de su identidad. Cuando usted apareció, la condesa hizo un movimiento cuyo móvil no deja lugar a duda. Pero ahora, usted ha perdido su causa, porque su mujer sabe que está usted desconocido.

—¡La mataré!

—Lo cual sería una locura, pues le cogerían a usted y le guillotinarían como a un miserable. Por otra parte, acaso erraría usted el golpe, lo cual sería imperdonable, pues no debe errarse nunca el golpe cuando se intenta matar a la mujer culpable. Pero déjeme usted reparar sus errores, niño, más que niño. Retírese usted y tenga cuidado, porque la condesa sería capaz de tenderle algún lazo y hacerle encerrar en algún manicomio. Ahora mismo voy a hacer lo necesario para comenzar el pleito.

El pobre coronel obedeció a su joven protector y salió pidiéndole mil perdones. Bajaba lentamente los peldaños de la escalera, sumido en sus sombríos pensamientos, agobiado sin duda por el golpe que acababa de recibir, el golpe más cruel y el más terrible que le habían dado en el corazón, cuando, al llegar al último descansillo, oyó el ruido de una falda y se le presentó su mujer.

—Venga usted, caballero —le dijo tomándole por el brazo en la misma forma que acostumbraba a tomarle antaño.

La acción de la condesa y el acento de su voz, que se había vuelto amable y graciosa, bastaron para calmar la cólera del coronel, que se dejó conducir hasta el coche.

—Vamos, suba usted —le dijo la condesa una vez que el lacayo abrió la portezuela.

Y el pobre Chabert se encontró como por encanto sentado en el coche al lado de su mujer.

—¿Adónde quiere ir la señora? —preguntó el lacayo.

—A Groslay —contestó aquélla.

Los caballos partieron al galope y atravesaron todo París.

—¡Señor! —dijo la condesa al coronel con un sonido de voz que revelaba una de esas emociones raras en la vida y durante las cuales todo en nosotros se agita.

En estos momentos, corazón, fibras, nervios, fisonomía, alma y cuerpo, todo, hasta los poros, se estremecen. La vida parece no ser ya nuestra; se sale de nuestro ser, se comunica como un contagio y se transmite con la mirada, con el acento de la voz, con el gesto, imponiendo nuestra voluntad a los demás. El veterano se estremeció al oír aquella primera palabra, aquel primero, aquel terrible: «¡Señor!». Pero es que también dicha palabra encerraba un reproche, un ruego, un perdón, una esperanza, una desesperación, una interrogación, una respuesta. Aquella palabra lo comprendía todo. Era preciso ser muy cómica para comunicar tanta elocuencia y tanto sentimiento a un solo vocablo. Lo verdadero no es tan completo ni tan perfecto

en expresión, porque lo pone todo fuera y permite ver todo lo que existe dentro. El coronel sintió mil remordimientos por sus sospechas, por sus exigencias y por su cólera, y bajó los ojos para no dejar adivinar su turbación.

—Señor —repuso la condesa después de una pausa imperceptible—, le he reconocido a usted perfectamente.

—¡Rosina! —dijo el veterano—, esas palabras contienen el único bálsamo que puede hacerme olvidar todas mis desgracias.

Dos gruesas lágrimas cayeron tibias aún sobre las manos de su mujer, manos que estrechó fuertemente el pobre soldado para expresar su paternal ternura.

—Señor —repuso ella—, ¿cómo no ha comprendido usted que me había de molestar horriblemente al aparecer ante un extraño en la falsa posición en que me encuentro? Si tengo que avergonzarme de mi situación, que sea al menos en familia. ¿No debía quedar sepultado para siempre en nuestros corazones este terrible secreto? Yo espero que usted perdonará mi indiferencia aparente por las desgracias de un Chabert en cuya existencia yo no podía creer. Recibí sus cartas —dijo la condesa vivamente al leer en las facciones de su marido la objeción que estaba próximo a expresarle—, pero las recibí trece meses después de la batalla de Eylau, abiertas, sucias, y el carácter de su letra era casi desconocido. Después de haber obtenido la firma de Napoleón en mi nuevo contrato de matrimonio, tuve que creer que algún diestro intrigante quería burlarse de mí. Para no turbar la tranquilidad del señor conde Ferraud y para no alterar los lazos de la familia, me vi obligada a tomar precauciones contra el que yo creía el falso Chabert. ¿No tenía razón? diga usted.

—Sí, has tenido razón; yo soy el estúpido, el animal, el imbécil, por no haber sabido calcular mejor las consecuencias de semejante situación. Pero ¿adonde vamos? —dijo el coronel viéndose en la barrera de la Chapelle.

—A mi casa de campo, situada en el valle de Montmorency, cerca de Groslay. Allí, señor, reflexionaremos acerca del partido que debemos tomar. Yo conozco mis deberes. Si soy de usted de derecho, no le pertenezco de hecho. ¿Puede usted desear que seamos objeto de las hablillas de todo París? No, no demos cuenta al público de esta situación, que para mí tiene mucho de ridículo, y sepamos conservar nuestra dignidad. Usted me ama aún —repuso dirigiendo al coronel una triste y penetrante mirada—; pero yo ¿no quedé autorizada para formar otra familia? En esta extraña posición, una voz interior me dice que lo espere todo de su para mí tan conocida bondad. ¿Haré mal en tomarle a usted por solo y único arbitro de mi suerte? Sea usted juez y parte. Confío en la nobleza de su carácter y en que tendrá usted la bondad de perdonarme los resultados de inocentes faltas. Se lo confieso, amo a Ferraud. Me creí con derecho para amarle, y no me avergüenzo de hacer ante usted esta confesión, que si le ofende, no le deshonra. Yo no puedo ocultar los hechos. Cuando la casualidad me dejó viuda, no era madre.

El coronel hizo una seña con la mano a su mujer para imponerle silencio y ambos permanecieron sin proferir palabra durante un espacio de media legua. Chabert creía ver a los dos hijos de su esposa en su presencia.

—¡Rosina!

—Señor.

—¿Hacen mal los muertos en volver?

—¡Oh! señor, no, no. No me crea usted ingrata. Únicamente que encontrará una amante, una madre, en la que en otro tiempo fue su esposa. Si hoy no me es posible amarle, comprendo todo lo que debo, y puedo ofrecerle aún el entrañable afecto de una hija.

—Rosina —repuso el anciano con voz suave—, yo no tengo resentimiento alguno contra ti. Lo olvidaremos todo —añadió con una de esas sonrisas cuya gracia es siempre el reflejo de un alma hermosa—. No soy tan poco delicado para exigir que simule cariño por mí una mujer que ya no me ama.

La condesa le dirigió una mirada tan llena de agradecimiento, que el pobre Chabert hubiera querido volver a su fosa de Eylau. Hay hombres que tienen un alma bastante fuerte para tales sacrificios, cuya recompensa hallan ellos únicamente en la seguridad de haber contribuido a la dicha de alguna persona amada.

—Amigo mío, hablaremos de todo eso más tarde, cuando estemos más tranquilos.

La conversación tomó otro curso, pues se hacía imposible ya continuarla sobre el mismo objeto.

Aunque los dos esposos volviesen siempre a tratar de su extraña situación, ya con alusiones, o ya seriamente, hicieron un viaje encantador, acordándose de los acontecimientos de su unión pasada y de las cosas del Imperio. La condesa supo imprimir un dulce encanto a estos recuerdos y comunicó a la conversación el tinte de melancolía necesario para mantener su gravedad. Hacía revivir el amor sin excitar ningún deseo y dejaba entrever a su esposo todas las riquezas morales que ella había adquirido, procurando acostumbrarle a la idea de limitar su dicha a los solos goces de que disfruta un padre al lado de una hija querida.

El coronel había conocido a la condesa del Imperio y veía en ella a otra condesa de la Restauración. Por fin, los dos esposos llegaron a un gran parque retirado en el vallecito que separa las alturas de Margency de la bonita aldea de Groslay. La condesa poseía allí una casa deliciosa, donde el coronel vio al llegar que todo estaba preparado para su permanencia y la de su mujer. La desgracia es una especie de talismán cuya virtud consiste en corroborar nuestro primitivo modo de ser, y lo mismo aumenta la desconfianza y la maldad de ciertos hombres, que acrecienta la de aquellos que están dotados de excelente corazón. El infortunio había vuelto al coronel aún más compasivo y mejor de lo que era antes, hasta tal punto, que comprendía el secreto de los sufrimientos femeninos que desconocen la mayor parte de los hombres.

No obstante, a pesar de su poca desconfianza, no pudo menos de decir a su mujer:

—¿De modo que estaba usted segura de conducirme aquí?

—Completamente segura —respondió ella—, si es que el coronel y el demandante eran una misma persona.

El aire de verdad que esta mujer supo imprimir a esta respuesta, disipó las ligeras sospechas que el coronel se avergonzó de haber concebido. Durante tres días, la condesa se mostró cariñosísima con su primer marido. Con tiernos cuidados y con su constante amabilidad, parecía querer borrar el recuerdo de los sufrimientos que había experimentado y hacerse perdonar las desgracias que, según ella misma decía, había causado inocentemente: al mismo tiempo que le hacía ver una especie de melancolía en su actitud, la condesa desplegaba todos aquellos encantos que más cautivaban al coronel, pues siempre existen ciertos modales y ciertas caricias a las que nos cuesta más trabajo resistir. Decidida a todo para conseguir su objeto, ella no sabía aún lo que debía hacer de aquel hombre, pero indudablemente quería anonadarle socialmente.

La noche del tercer día, sintió que, a pesar de sus esfuerzos, no podía ocultar las inquietudes que le causaba el resultado de sus maniobras. Para encontrarse un momento a sus anchas, subió a su habitación, se sentó ante una mesa escritorio y se despojó de la máscara de tranquilidad que conservaba ante el conde Chabert, como actriz que, volviendo cansada a su habitación después de un quinto acto penoso, cae medio muerta y deja en el escenario una imagen de sí misma, a la cual ya no se parece en nada. La condesa se puso a escribir a Delbecq una carta comenzada, al cual decía que fuese en su nombre a pedir a casa de Derville una copia de las actas que concernían al coronel Chabert, y que, hecho esto, se trasladase inmediatamente a Groslay. Apenas había acabado, cuando oyó en el corredor los pasos del coronel, que muy inquieto iba a buscarla.

—¡Ay de mí! —dijo en alta voz—, desearía estar muerta. Mi situación es intolerable.

—Pero ¿qué hay?, ¿qué tiene usted?

—Nada, nada —contestó.

La condesa se levantó, dejó al coronel y bajó para hablar sin testigos a su camarera, a la que dio orden de que partiese inmediatamente para París, recomendándole que entregase en persona a Delbecq la carta que acababa de escribir, y que se la volviese a traer una vez que la hubiera leído. Después fue a sentarse a un banco que estaba bastante visible, para que el coronel fuese a unirse a ella tan pronto como lo deseara. Éste, que buscaba ya a su mujer, no tardó en ir y en sentarse a su lado.

—Rosina —le dijo—, ¿qué tiene usted?

Ésta no respondió. La tarde era una de esas tardes magníficas y tranquilas, cuyas secretas armonías comunican tanta suavidad a las puestas del sol en el mes de junio.

El aire era puro y el silencio profundo, de manera que se podía oír a lo lejos del parque las voces de algunos niños que añadían una especie de melodía a la sublimidad del paisaje.

—¿No me responde usted? —preguntó el coronel a su mujer.

—Mi marido... —dijo la condesa, que se detuvo, hizo un movimiento y se interrumpió para preguntarle con rubor—. ¿Qué nombre le daré al señor conde Ferraud cuando hable de él?

—Llámale tu marido, pobre hija mía —respondió el coronel con un acento de bondad—. ¿No es el padre de tus hijos?

—Pues bien —repuso ella—, si mi marido me pregunta lo que he venido a hacer aquí, si sabe que he estado con un desconocido ¿qué le diré? Escúcheme usted, señor —repuso tomando una actitud llena de dignidad—; decida usted de mi suerte, estoy resignada a todo.

—Querida mía —dijo el coronel tomando las manos de su mujer—, he resuelto sacrificarme enteramente por tu dicha.

—¡Eso es imposible! —exclamó la condesa dejando escapar un movimiento convulsivo—. No olvide usted que entonces tendría que renunciar de sí mismo y hacerlo de una manera auténtica.

—¡Cómo! —dijo el coronel—, ¿no le basta a usted mi palabra?

El vocablo *auténtica* hirió el corazón del anciano y despertó en él involuntarias desconfianzas. Chabert dirigió a su mujer una mirada que la hizo enrojecer, bajó los ojos y temió verse obligado a despreciarla. La condesa temía haber anulado el pudor salvaje y la probidad severa de un hombre cuyo carácter generoso y cuyas virtudes primitivas le eran conocidas. Aunque estas ideas hicieron aparecer algunas nubes en sus frentes, la buena armonía se restableció en seguida entre ellos. He aquí cómo.

Un grito de niño resonó a lo lejos.

—Julio, deje usted en paz a su hermana —gritó la condesa.

—¡Cómo!, ¿están aquí sus hijos? —dijo el coronel.

—Sí, pero les he prohibido que le importunen a usted.

El veterano comprendió la delicadeza y el tacto de mujer que encerraba aquel proceder tan generoso, y tomó la mano de la condesa para besarla.

—¡Que vengan, que vengan! —dijo el militar.

Esto diciendo, la niña acudía ya para quejarse de su hermano.

—¡Mamá!

—¡Mamá!

—Es él, que...

—Es ella...

Las manos estaban tendidas hacia la madre y las dos voces infantiles se mezclaban. El cuadro no podía ser más imprevisto y delicioso.

—¡Pobrecillos! —exclamó la condesa rompiendo en llanto—. Será preciso abandonarles. ¿A quién se los entregará el juez? ¡Oh!, ¡yo los quiero para mí! El corazón de una madre no puede olvidar nunca.

—¿Es usted el que hace llorar a mamá? —dijo Julio dirigiendo una mirada de cólera al coronel.

—¡Cállese usted, Julio! —exclamó la madre con aire imperioso.

Los dos niños permanecieron de pie y silenciosos, examinando a su madre y al extraño, con una curiosidad que es imposible expresar con palabras.

—¡Oh! sí —repuso la madre—, si me separan del conde, que me dejen los hijos y me someteré a todo.

Esta escena decidió definitivamente el éxito que la condesa esperaba.

—¡Sí! —exclamó el coronel como acabando una frase mentalmente empezada—. Yo debo sepultarme de nuevo. Varias veces me lo he dicho.

—¿Puedo yo acaso aceptar tal sacrificio? —respondió la condesa—. Si ha habido hombres que han muerto por salvar el honor de su querida, es lo cierto que sólo han dado su vida una vez. Pero en esta ocasión usted la daría todos los días, a todas horas. No, no, eso es imposible. Si no se tratase más que de su existencia, no sería nada; pero firmar que usted no es el coronel Chabert, reconocer que es usted un impostor, sacrificar su dicha, repetir una mentira a todas horas del día... ¡Oh! no, la abnegación humana no puede llegar hasta ahí. Piense usted bien en ello, no. Si no fuese por mis pobres hijos, yo habría huido ya con usted hasta el fin del mundo.

—Pero, repuso Chabert, ¿es que acaso no puedo vivir aquí, en este pabelloncito, pasando por uno de sus parientes? Yo estoy hecho ya un carcamal y sólo necesito un poco de tabaco y *El Constitucional*.

La condesa lloró amargamente y se entabló entre ella y el coronel un combate de generosidad, del cual salió vencedor el soldado. Una tarde, viendo a aquella madre en medio de sus hijos, el soldado quedó seducido por las conmovedoras gracias de un cuadro de familia, en el campo, en medio de la sombra y el silencio. Tomó la resolución de seguir apareciendo muerto, y no asustándose ya ante la autenticidad de un acta, preguntó qué era preciso hacer para asegurar irrevocablemente la felicidad de aquella familia.

—Haga usted lo que quiera —le respondió la condesa—; pues confieso que yo no debo ni puedo mezclarme en nada de este asunto.

Delbecq había llegado hacía algunos días, y siguiendo las instrucciones verbales de la condesa, el intendente había sabido ganarse la confianza del anciano militar. Al día siguiente por la mañana, pues, el coronel Chabert partió con el antiguo procurador para Saint-Leu-Taverny, donde Delbecq había hecho preparar en casa del notario un acta concebida en términos tan crudos, que el coronel salió bruscamente del despacho después de haber oído su lectura.

—¡Mil truenos!, ¡haciendo esto sería un santo, pero siempre pasaría por un falsario! —exclamó.

—Señor —le dijo Delbecq—, yo, en su lugar, no me apresuraría a firmar ese documento y procuraría sacar treinta mil francos de renta. Estoy seguro que la señora no se los negaría.

Después de haber anonadado a aquel pillastre jubilado con la luminosa mirada del hombre honrado que se indigna, el coronel huyó presa de mil sentimientos contrarios: se volvió desconfiado, se indignó y se calmó sucesivamente. Por fin, entró en el parque de Groslay, por la brecha de un muro, y se fue lentamente a descansar y a reflexionar a sus anchas a un gabinete que había debajo de un kiosco, desde el cual se descubría el camino de Saint-Leu. Como que el paseo de árboles estaba recubierto con esa especie de tierra amarilla que se suele poner a veces en lugar de la arena, la condesa estaba sentada en el saloncito de esta especie de pabellón, y no oyó al coronel, pues estaba demasiado preocupada con el éxito de su empresa, para prestar la menor atención al ligero ruido que había hecho su marido. El veterano no vio tampoco a su mujer, que estaba en el pabelloncito situado encima de él.

—Y bien, señor Delbecq, ¿ha firmado? —preguntó la condesa a su intendente al ver que venía solo por el camino.

—No, señora. No sé lo que le ha pasado a ese hombre; pero lo cierto es que el caballo matalón se ha encabritado.

—Vaya, veo que aprovechando la circunstancia de tenerle en nuestro poder, tendremos que meterle en un manicomio.

El coronel, al que la indignación dio fuerzas para saltar el espacio que le separaba del intendente, se plantó delante de él y le dio las dos bofetadas mayores que jamás haya podido recibir un procurador, al mismo tiempo que le decía:

—Puedes añadir también que este caballo matalón sabe tirarte a tierra.

Disipada la cólera, el coronel no se sentía con fuerzas para volver a repetir el salto que había dado. La verdad se le había aparecido en toda su desnudez. Las palabras de la condesa y la respuesta de Delbecq le habían descubierto el complot de que iba a ser víctima. Los cuidados que le habían sido prodigados eran un cebo para cogerle en el lazo. Aquellas palabras fueron una especie de gota de algún veneno sutil, que determinó en el anciano la vuelta de sus dolores físicos y morales. Chabert se encaminó hacia el kiosco por la puerta del parque, caminando lentamente como hombre anonadado. Para él no había, pues, ni paz ni tregua. Desde aquel momento era preciso comenzar con aquella mujer la guerra odiosa de que le había hablado Derville, era necesario entrar en una vida de procesos, alimentarse de hiel y beber cada mañana un cáliz de amargura. Además, ¡pensamiento horrible!, ¿dónde encontrar el dinero necesario para pagar las costas de las primeras instancias? El pobre militar sintió tan gran horror a la vida, que si hubiera tenido en aquel momento

una pistola, se hubiera levantado la tapa de los sesos. Después se apoderó de él la incertidumbre de ideas que, desde su conversación con Derville en casa del vaquero, habían cambiado su moral. Por fin, llegado ante el kiosco, subió a la habitación que ocupaba su mujer, a la cual encontró sentada en una silla. La condesa examinaba el paisaje y afectaba una actitud llena de calma, ostentando esa impenetrable fisonomía que saben tomar las mujeres determinadas a todo; se enjugó los ojos como si hubiese derramado lágrimas, y con gesto distraído se puso a jugar con la cinta color de rosa de su cintura. Sin embargo, a pesar de su aparente seguridad, no pudo menos de estremecerse al ver en su presencia a su venerable bienhechor, de pie, con los brazos cruzados, el rostro lívido y la frente severa.

—Señora —dijo después de haberla mirado fijamente durante un momento y después de haberla hecho enrojecer—, no la maldigo a usted, la desprecio. Ahora, doy gracias a la casualidad que nos ha desunido. Yo no la amo y ni siquiera siento deseos de venganza. No quiero nada suyo. Viva usted tranquila confiada en mi palabra, que vale más que los garrapatos de todos los notarios de París. No reclamaré nunca el nombre que, sin duda, le ha honrado. En lo sucesivo yo no soy más que un pobre diablo llamado Jacinto, que sólo exigirá su vida. Adiós.

La condesa se arrojó a los pies del coronel y quiso detenerle cogiéndole por las manos, pero aquél la rechazó con disgusto, diciéndole:

—¡No me toque usted!

La condesa hizo un gesto inexplicable cuando oyó el ruido de los pasos de su marido. Después, con la profunda perspicacia que comunica la excesiva perversidad o el feroz egoísmo del mundo, creyó que podría vivir en paz con la promesa y el desprecio de aquel leal soldado.

Chabert desapareció en efecto. El vaquero hizo quiebra y se hizo cochero de cabriolé. El coronel sin duda se dedicó al principio a alguna industria del mismo género. Acaso, semejante a una piedra lanzada a un abismo, fue de cascada en cascada a abismarse en ese montón de andrajos que pulula a través de las calles de París.

Seis meses después de ocurrido esto, Derville, que no oyó ya hablar más del coronel Chabert y de la condesa Ferraud pensó que acaso habría habido entre ellos una transacción y que, por venganza, la condesa habría hecho que se llevara a cabo en otro estudio. Entonces, una mañana el procurador sumó las cantidades que había entregado a Chabert, le añadió las costas y rogó a la condesa Ferraud que reclamase al señor conde Chabert el importe de aquella cuenta, suponiendo que ésta sabría el lugar en que se encontraba su primer marido.

Al día siguiente por la mañana, el administrador del señor conde Ferraud, nombrado recientemente presidente del tribunal de primera instancia de una ciudad importante, escribió a Derville esta desconsoladora carta:

Caballero: La señora condesa Ferraud me encarga que le advierta que su cliente había abusado indignamente de su confianza, y que el individuo que decía ser el conde Chabert ha reconocido que había tomado indebidamente un falso nombre.

Sin más, se repite, etc.

DELBECQ.

—A decir verdad, hay gentes demasiado estúpidas —exclamó Derville—. Ahora sea usted humano, generoso, filántropo y procurador, para que le revienten. He aquí un negocio que me cuesta más de dos mil francos.

Algún tiempo después de recibir esta carta, Derville, buscando en la audiencia un abogado, entró en la sala sexta en el momento en que el presidente condenaba a dos meses de prisión como vagabundo a un tal Jacinto y ordenaba que fuese conducido inmediatamente al depósito de mendicidad de San Dionisio, sentencia ésta que, según la jurisprudencia de los prefectos de policía, equivale a una detención perpetua. Al oír el nombre de Jacinto, Derville miró al delincuente, que permanecía sentado entre dos gendarmes en el banco de los acusados, y reconoció en la persona del condenado a su falso coronel Chabert. El veterano permanecía tranquilo, inmóvil y casi distraído. A pesar de sus andrajos, a pesar de la miseria que se pintaba en su rostro, no dejaba de verse en él cierta noble arrogancia. Su mirada tenía una expresión de estoicismo que un magistrado no debiera dejar de ver; pero tan pronto como un hombre cae en manos de la justicia, deja de ser ya un ser moral, y es únicamente una cuestión de derecho o de hecho, de igual modo que a los ojos de los estadistas pasa a ser únicamente una cifra. Cuando el soldado fue conducido a la escribanía para ser llevado después con el resto de los vagabundos que se juzgaban en aquel momento, Derville usó del derecho que tienen los procuradores para entrar en todos los departamentos de la audiencia, y, siguiéndole a la escribanía, lo contempló allí durante algunos instantes, así como a los curiosos mendigos entre los cuales se encontraba. La antesala de la escribanía ofrecía entonces uno de esos espectáculos que, por desgracia, ni los legisladores, ni los filántropos, ni los pintores, ni los escritores van a estudiar. Como todos los laboratorios de la curia, aquella antesala es una pieza oscura y hedionda, a cuyas paredes está adosada una banqueta de madera ennegrecida por la permanencia perpetua de los desgraciados que van a aquel punto de cita de todas las miserias sociales. Un poeta diría que la luz se avergüenza de iluminar aquel horrible antro por el que pasan tantos infortunados. No existe un solo puesto donde no se haya sentado algún criminal en germen o consumado, ni un lugar donde no se haya encontrado algún hombre que, desesperado por el ligero estigma que la justicia habrá impreso a su primera falta, no haya comenzado una existencia a cuyo final debía erguirse la

guillotina o dispararse la pistola del suicida. Todos los seres que caen sobre el pavimento de París van a rebotar contra aquellos muros amarillentos, en los que un filántropo que no fuese especulador podría ver la justificación de los numerosos suicidios de que se lamentan escritores hipócritas e incapaces de dar un paso para prevenirlos, justificación que se encuentra escrita en aquella antesala, especie de prefacio para los dramas de la Morgue o para los de la plaza de Greve. En este momento, el coronel Chabert se sentó en medio de aquellos hombres de enérgicos rostros vestidos con las horribles libreas de la miseria, silenciosos a intervalos o hablando en voz baja, pues tres gendarmes se paseaban haciendo resonar sus sables sobre el pavimento.

—¿Me conoce usted? —dijo Derville al veterano colocándose detrás de él.

—Sí, señor —respondió Chabert levantándose.

—Si es usted un hombre honrado —repuso Derville en voz baja— ¿cómo pudo usted marcharse sin pagarme lo que me debe?

El anciano soldado se ruborizó, como hubiera podido hacerlo una joven acusada por su madre de un amor clandestino.

—¡Cómo!, ¿no le ha pagado a usted la señora Ferraud? —exclamó en voz alta.

—¡Pagado! —dijo Derville—. Lo que ha hecho ha sido escribirme diciéndome que era usted un farsante.

El coronel, haciendo un sublime movimiento de horror y de impresión, levantó los ojos al cielo como tomándole por testigo de aquel nuevo engaño.

—Caballero —dijo con voz alterada por la emoción—, obtenga usted de los gendarmes el favor de que me dejen entrar en la escribanía, y voy a dar por escrito una orden que, seguramente, será cumplida.

A ruegos de Derville, el gendarme consintió en que Jacinto entrase en la escribanía, donde escribió algunas líneas dirigidas a la condesa Ferraud.

—Envíe usted esta carta a su casa, y seguramente que recobraré usted su dinero. Caballero, crea usted que si no le he demostrado el agradecimiento que le debo por sus muchos favores, ese agradecimiento no deja de estar aquí —dijo colocándose la mano sobre el corazón—. Sí, está aquí pleno y entero. Pero ¿qué pueden hacer los desgraciados? Amar y eso es todo.

—Pero ¿cómo no procuró usted estipular la obtención de alguna renta? —le dijo Derville.

—No me hable usted de eso —respondió el anciano militar—. Usted no puede comprender hasta dónde llega el desprecio que siento por esta vida que tanto aprecian los demás hombres. Yo me vi atacado de repente de una enfermedad terrible, del desprecio por la humanidad. Cuando pienso que Napoleón está en Santa Elena, todo lo de aquí abajo me es indiferente. Ya no puedo ser soldado, esa es mi desgracia. En fin —añadió encogiéndose de hombros—, vale más tener lujo en los sentimientos que

en las ropas.

Y dicho esto, el coronel fue a sentarse en el banco. Derville salió. Cuando volvió a su casa envió a Godeschal, que era a la sazón su segundo pasante, a ver a la condesa de Ferraud, la cual, al leer la carta, hizo que se pagase inmediatamente la suma que reclamaba el procurador del conde Chabert.

En 1840, a fines del mes de junio, Godeschal, procurador a la sazón, iba a Ris en compañía de Derville, su predecesor. Cuando llegaron a la avenida que conduce a la gran carretera de Bicetre, vieron bajo uno de los olmos del camino a uno de esos pobres viejos canosos y cascados, que han obtenido el título de jefes de los mendigos, viviendo en Bicetre como viven en la Salpetriere las mujeres indigentes. Este hombre, que era uno de los dos mil desgraciados que se albergan en el *hospicio de la vejez*, estaba sentado en un poyo, y parecía concentrar toda su inteligencia en una operación que conocen mucho los inválidos y que consiste en secar al sol el tabaco dentro del pañuelo. Este anciano tenía una fisonomía sumamente simpática, e iba vestido con ese traje de paño rojo que el hospicio concede a sus huéspedes y que, en realidad, es una especie de librea horrible.

—Derville —dijo Godeschal a su compañero de viaje— mire usted ese viejo. ¿No se parece a esos payasos que vienen de Alemania? ¡Y ese ser vive, y ese ser es feliz sin duda!

Derville tomó su monóculo, miró al pobre, y dejando escapar un movimiento de sorpresa, dijo:

—Querido mío, ese viejo es todo un poema, o, como dicen los románticos, es todo un drama. ¿Has encontrado alguna vez o has conocido a la condesa Ferraud?

—Sí, y es una mujer de talento y muy agradable; pero demasiado devota —dijo Godeschal.

—Pues ese anciano que ves ahí es su marido legítimo, el conde Chabert, el antiguo coronel, y ella es sin duda la que le ha hecho colocar aquí. Si está en un hospicio en lugar de habitar en un palacio, es por haber sacado de la nada a la bonita condesa de Ferraud, a la que había tomado, como si fuese un *fiacre*, en una plaza. Aun me acuerdo hoy de la mirada de tigre que le lanzó en aquel momento.

Como estas frases hubieran excitado la curiosidad de Godeschal, Derville le contó la historia que precede. Dos días después, el lunes por la mañana, volviendo a París los dos amigos dirigieron una mirada a Bicetre, y Derville propuso ir a visitar al coronel Chabert. A la mitad de la avenida, los dos procuradores encontraron sentado sobre el tronco de un árbol derribado a un anciano que llevaba en la mano un bastón y que se entretenía en hacer rayas con él en la arena. Mirándole atentamente, comprendieron que venía de almorzar de algún sitio que no era el establecimiento.

—¡Buenos días, coronel Chabert! —le dijo Derville.

—¡Nada de Chabert, nada de Chabert! yo me llamo Jacinto —respondió el anciano—. Yo ya no soy hombre, soy el número 164, séptima sala —añadió mirando a Derville con tímida ansiedad, con un temor de anciano y de niño—. ¿Van ustedes a ver al condenado a muerte? —dijo después de un momento de silencio—. ¡Ah! qué feliz es él, que no es casado.

—¡Pobre hombre! —dijo Godeschal—. ¿Quiere usted dinero para comprar tabaco?

Con toda la sencillez del pilluelo de París, el coronel tendió ávidamente la mano a ambos desconocidos, y como éstos le hubiesen dado sendas monedas de veinte francos, les dio las gracias con una mirada estúpida, diciéndoles:

—¡Valientes veteranos!

Y simulando que manejaba un fusil, hizo como que apuntaba con él y exclamó sonriendo:

—¡Fuego!, ¡viva Napoleón!

Y describió en el aire con su bastón un arabesco imaginario.

—El género de su herida le habrá hecho chochar —dijo Derville.

—¡Él chochar! —exclamó uno de los ancianos del asilo que les miraba—. ¡Ah! tiene días que da gusto oírle. Es un viejo maligno lleno de filosofía e imaginación. Pero hoy ¡qué quieren ustedes! tiene mal día. En 1820 estaba ya aquí, y a la sazón, un oficial prusiano cuyo coche subía la cuesta de Villejuif, pasó por aquí. Jacinto y yo estábamos en la orilla de la carretera. Dicho oficial hablaba, caminando a pie con otro, con un ruso o un animal de esa misma especie, cuando al ver a este viejo, el prusiano le dijo: «He ahí un veterano que sin duda habrá estado en Rosbach». «No, le respondió Jacinto. Entonces era yo demasiado joven para haber estado, pero en cambio soy lo bastante viejo para haber estado en Lena.» Y oído esto por el prusiano, se alejó sin decir nada más.

—¡Qué destino! —exclamó Derville—. Salido del hospicio de niños, vuelve a morir al hospicio de ancianos, después de haber ayudado en el intervalo a Napoleón a conquistar Egipto y Europa. ¿Sabe usted, querido mío —repuso Derville después de una pausa—, que existen en nuestra sociedad tres seres, el sacerdote, el médico y el hombre de justicia que no pueden estimar el mundo? Usan hábitos negros, sin duda porque llevan luto por todas las virtudes y por todas las ilusiones. Pero el más desgraciado de los tres es el procurador. Cuando el hombre va a buscar al sacerdote, lo hace impulsado por el arrepentimiento, por los remordimientos por creencias que le hacen interesante, que le engrandecen y que consuelan el alma del mediador, cuya labor no deja de ser agradable, pues tiende a purificar, a reparar y a reconciliar. Pero nosotros los procuradores vemos siempre repetirse los mismos malos sentimientos, sin que nada los corrija, y nuestros estudios son sumideros que no es posible sanear. ¡Cuántas cosas no he aprendido yo ejerciendo mi profesión! Yo he visto morir a un

padre en un granero sin medio alguno de subsistencia, abandonado por dos hijos a los que había dado cuarenta mil francos de renta. Yo he visto quemar testamentos; yo he visto madres despojando de lo suyo a sus hijos, maridos robando a sus mujeres y mujeres matando a sus maridos, sirviéndose del amor que les inspiraban para volverles locos o imbéciles, a fin de vivir en paz con un amante. He visto madres que daban todos los gustos al hijo habido en el primer matrimonio, para acarrearle la muerte y poder enriquecer al hijo del amor. No puedo decirle a usted todo lo que he visto, pues he presenciado crímenes contra los cuales es impotente la justicia. Todos los horrores que los novelistas creen inventar están siempre muy por debajo de la verdad. Usted va a tener ahora el disgusto de conocer todas esas cosas allí —dijo señalando a París—; yo me voy a vivir al campo con mi mujer: París me causa horror.

París, febrero-marzo de 1832.

El verdugo

A Martínez de la Rosa^[1].

El campanario del pueblecito de Menda acababa de dar las doce. En aquel momento de la noche, un joven oficial francés, apoyado en el parapeto de una larga terraza que rodeaba los jardines del castillo de Menda, parecía abismado en una contemplación más profunda de lo que la despreocupación de la vida militar suele traer consigo. Pero hay que decir también que jamás hora, lugar y noche fueron más propicios a la meditación. El bello cielo de España extendía una cúpula azul por encima de su cabeza. El centelleo de las estrellas y la dulce luz de la luna iluminaban aquel valle delicioso que se abría coquetamente a sus pies. Apoyado en un naranjo en flor, el jefe de batallón podía ver, a cien pies por debajo de él, el pueblo de Menda, que parecía haberse situado al abrigo de los vientos del Norte, al pie de la loma donde se alzaba el castillo. Volviendo la cabeza podía mirar el mar, cuyas aguas brillantes enmarcaban el paisaje con una amplia hoja de plata. El castillo estaba iluminado. El alegre tumulto de un baile, los acentos de la orquesta, las risas de algunos oficiales y de sus parejas llegaban hasta el solitario oficial mezclándose con el lejano murmullo de las olas. La brisa fresca de la noche inyectaba una especie de energía a su cuerpo fatigado por el calor diurno. Finalmente, los jardines estaban plantados de árboles tan fragantes y de flores tan suaves que el joven se encontraba como sumergido en un baño de perfumes. El castillo de Menda pertenecía a un grande de España, que lo habitaba en aquel momento con su familia. Durante toda la velada, la mayor de las hijas había mirado al oficial con un interés impregnado de una tristeza tal, que el sentimiento de compasión expresado por la española, podía muy bien ser la causa de que el francés estuviera tan pensativo. Clara era bella y, aunque tuviese tres hermanos y una hermana, los bienes del marqués de Leganés parecían bastante considerables para hacer pensar a Víctor Marchand que la joven sería ricamente dotada. Pero ¿cómo atreverse a creer que la hija del viejo más engraido de su grandeza de toda España pudiera ser concedida al hijo de un tendero de París? Además, los franceses eran odiados. El general G...t...r, que gobernaba la provincia, sospechaba que el marqués preparaba un alzamiento en favor de Fernando VII, por lo cual el batallón mandado por Víctor Marchand había sido acantonado en el pueblecito de Menda para contener a las comarcas vecinas que obedecían al marqués de Leganés. Un reciente despacho del mariscal Ney hacía temer un desembarco de los ingleses en la costa, y señalaba al marqués como hombre que mantenía inteligencia con el gabinete de Londres. Por eso, a pesar de la buena acogida que aquel español había dispensado a Víctor Marchand y a sus soldados, el joven oficial se mantenía constantemente alerta.

Dirigiéndose hacia aquella terraza desde la que podía examinar la situación del pueblo y de las comarcas confiadas a su vigilancia, se preguntaba cómo debía interpretar la amistad que el marqués no había cesado de testimoniarle y cómo el aspecto tranquilo del país podía conciliarse con las inquietudes de su general; pero desde hacía un momento, aquellos pensamientos habían sido ahuyentados de la cabeza del joven comandante por un sentimiento de prudencia y por una curiosidad bien legítima. Acababa de ver en el pueblo una gran cantidad de luces. A pesar de la fiesta de Santiago, aquella misma mañana había ordenado que las luces se apagaran a la hora prescrita por el reglamento. Sólo el palacio había sido exceptuado de aquella medida. Vio brillar aquí y allá, en los puestos acostumbrados, las bayonetas de sus soldados, pero el silencio era solemne y nada revelaba que los españoles estuvieran entregados a la embriaguez en una fiesta. Después de haber tratado de explicarse la infracción de la que se hacían culpables los habitantes, encontró en aquel delito un misterio tanto más incomprensible cuanto que había dejado oficiales encargados de la policía nocturna y de las rondas. Con la impetuosidad de la juventud, iba a lanzarse por una brecha para descender rápidamente por las rocas, y llegar así, más pronto que por el camino ordinario, a un pequeño puesto colocado a la entrada de la ciudad por el lado del castillo, cuando un débil ruido lo detuvo en su carrera. Creyó oír el crujido de la arena bajo el paso ligero de una mujer. Volvió la cabeza y no vio nada; pero sus ojos se quedaron sorprendidos por el resplandor extraordinario del océano. Vio en él de repente un espectáculo tan funesto, que lo dejó inmóvil de sorpresa, diciéndose que padecía un error de sus sentidos. Los rayos blanquecinos de la luna le permitieron distinguir velas a una gran distancia. Se estremeció y trató de convencerse de que esta visión era una ilusión óptica que le ofrecía el juego de las olas y de la luna. En este momento, una voz ronca pronunció el nombre del oficial; miró hacia la brecha y por ella vio aparecer lentamente la cabeza del soldado por el que se había hecho escoltar hasta el castillo.

—¿Sois vos, mi comandante?

—Sí. ¿Pues qué hay? —le dijo en voz baja el joven, a quien una especie de presentimiento le inducía a proceder misteriosamente.

—Esos bribones se agitan como gusanos, y me apresuro, si me lo permitís, a participaros mis pequeñas observaciones.

—Habla —respondió Víctor Marchand.

—Acabo de seguir a un hombre del castillo que se ha dirigido por aquí con una linterna en la mano. ¡Hay que concebir grandes sospechas de una linterna!, no creo que este cristiano vaya a encender cirios a estas horas. ¡Quieren deshacernos!, me he dicho para mis adentros, y me he puesto a pisarle los talones. Así, mi comandante, a tres pasos de aquí, he descubierto cierto montón de leños.

Un grito espantoso que de pronto se oyó en el pueblo, interrumpió al soldado.

Una claridad repentina iluminó al comandante. El pobre granadero recibió una bala en la cabeza y cayó. Una hoguera de paja y de leña seca brillaba como un incendio a diez pasos del joven. Los instrumentos y las risas dejaron de escucharse en la sala de baile. Un silencio de muerte, interrumpido por gemidos, había sustituido de pronto a los rumores y a la música de la fiesta. Un cañonazo retumbó en la llanura blanca del océano. La frente del joven oficial se cubrió de un sudor frío. Estaba sin espada. Comprendió que sus soldados habían perecido y que los ingleses iban a desembarcar. Pensó que, si salía con vida, caería en la deshonra y sería llevado ante un consejo de guerra; entonces midió con los ojos la profundidad del valle, e iba a despeñarse, cuando la mano de Clara le agarró por la suya.

—¡Huid! —le dijo ella—; mis hermanos me siguen para mataros. Por ahí llegaréis, acaso sin peligro, al fondo de la escarpadura. ¡Pronto!

Ella lo empujó; el joven, estupefacto, la miró durante un instante; pero, obedeciendo en seguida al instinto de conservación, que nunca abandona al hombre, ni aun al más fuerte, se lanzó al parque tomando la dirección indicada, y corrió a través de rocas que hasta entonces sólo habían hollado las cabras. Oyó a Clara gritar a sus hermanos que lo persiguieran; oyó los pasos de sus asesinos; oyó silbar junto a sus oídos las balas de varias descargas; pero alcanzó el valle, encontró el caballo, lo montó y desapareció con la rapidez del rayo.

A las pocas horas, el joven oficial llegó al cuartel del general G...t...r, a quien encontró rodeado de su estado mayor.

—¡Os traigo mi cabeza! —exclamó el jefe de batallón apareciendo pálido y deshecho.

Se sentó y contó la terrible aventura. Un silencio espantoso acogió su relato.

—Sois más desgraciado que culpable, —respondió al fin el general—. No se os puede achacar la fechoría de los españoles, y, a menos que el mariscal no decida de otro modo, yo os absuelvo.

Estas palabras sólo proporcionaron un débil consuelo al desgraciado oficial.

—¡Cuando el emperador sepa esto! —exclamó.

—Querrá que os fusilen, pero ya veremos. En fin, no hablemos más de ello —añadió severamente— más que para planear una venganza que imprima un terror saludable a este país, donde se hace la guerra de un modo salvaje.

Una hora más tarde, un regimiento entero, un destacamento de caballería y un convoy de artillería estaban en marcha. El general y Víctor iban a la cabeza de la columna. Los soldados, informados de la matanza de sus compañeros, estaban poseídos de un furor sin ejemplo. La distancia que separaba el pueblo de Menda del cuartel general fue salvada con una rapidez milagrosa. En su camino, el general encontró aldeas enteras bajo las armas. Cada uno de aquellos miserables caseríos fue sitiado y diezmados sus habitantes.

Por una de esas fatalidades inexplicables, los barcos ingleses se habían quedado quietos, sin avanzar; luego se supo que aquellos barcos no llevaban más que artillería y que habían andado más deprisa que los transportes. Así, el pueblo de Menda, privado de los defensores que esperaba, y que la aparición de las velas inglesas parecía prometerle, fue cercado por las tropas francesas casi sin disparar un tiro. Los habitantes, sobrecogidos de terror, ofrecieron una rendición sin condiciones. Por ese espíritu de nobleza que no ha sido raro en la Península, los asesinos de los franceses, previniendo, según la conocida crueldad del general, que Menda sería tal vez entregado a las llamas y la población entera pasada a cuchillo, propusieron denunciarse ellos mismos al general. Éste aceptó la oferta, poniendo como condición que los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el marqués, serían puestos en sus manos. Convenida esta capitulación, el general prometió perdonar al resto de la población e impedir a sus soldados que saqueasen el pueblo o lo incendiaran. Impuso una contribución enorme y los vecinos más ricos de la localidad se constituyeron prisioneros para garantizar su pago, que debía efectuarse dentro de las veinticuatro horas.

El general tomó todas las precauciones necesarias para la seguridad de sus tropas, proveyó a la defensa de la comarca y dispuso que los soldados no se alojasen en las casas. Después de haberlos hecho acampar, subió al castillo y se apoderó de él militarmente. Los miembros de la familia Leganés y los criados fueron cuidadosamente vigilados, maniatados y encerrados en la sala donde se había celebrado el baile. Desde las ventanas de este salón se podía abarcar fácilmente la terraza que dominaba el pueblo. El estado mayor se estableció en una galería vecina, donde el general tuvo primero consejo sobre las medidas a tomar para oponerse al desembarco. Después de haber expedido un ayudo de campo al mariscal Ney y ordenado colocar baterías en la costa, el general y su estado mayor se ocuparon de los prisioneros. Doscientos españoles que los habitantes habían entregado, fueron inmediatamente fusilados en la explanada. Después de aquella ejecución militar, el general mandó colocar sobre la tierra tantas horcas como individuos había en la sala del castillo e hizo venir al verdugo del pueblo. Víctor Marchand aprovechó el tiempo que iba a transcurrir hasta la hora de la comida para ir a ver a los prisioneros. Volvió en seguida ante el general.

—Acudo —le dijo con voz alterada por la emoción— para pedirlos gracia.

—¡Vos! —replicó el general con un tono de ironía amarga.

—¡Ay! —respondió Víctor—, pido una gracia bien triste. El marqués, al ver colocar las horcas, espera que cambiéis este género de suplicio para su familia, y os suplica que hagáis decapitar a los nobles.

—¡Concedido! —dijo el general.

—Piden además que se les concedan los auxilios espirituales, y que se les liberte

de sus ligaduras. Prometen no intentar la huida.

—Consiento en ello —dijo el general—, pero vos me respondéis de todos.

—El viejo os ofrece además toda su fortuna si queréis perdonar a su hijo mayor.

—¡Ciertamente! Sus bienes pertenecen ya al rey José.

Se detuvo. Un pensamiento de desprecio arrugó su frente.

—Voy a concederle más de lo que desea. Adivino la importancia de su última petición. ¡Pues bien!, que compre la eternidad de su nombre, pero que España entera se acuerde para siempre de su traición y de su suplicio. Dejaré su fortuna y la vida a aquel de sus hijos que haga las veces de verdugo. ¡Andad, no me habléis más de esto!

La comida estaba servida. Los oficiales, sentados a la mesa, satisfacían un apetito que el cansancio había aguijoneado. Sólo uno de ellos, Víctor Marchand, faltaba al festín. Después de largos titubeos, entró en el salón donde gemía la orgullosa familia de Leganés, y lanzó una triste mirada al espectáculo que ofrecía ahora aquella sala, donde, la antevíspera, había visto dar vueltas, embriagadas por el vals, a las cabezas de las jóvenes y de los muchachos.

Se estremeció al pensar que, de allí a poco, aquellas cabezas debían rodar, segadas por el sable del verdugo. Atados a sus sillones dorados, el padre y la madre, los tres hijos y las dos hijas, permanecían en un estado de inmovilidad completa. Ocho criados permanecían de pie con las manos atadas a la espalda. Aquellas quince personas se miraban gravemente, y sus ojos apenas traicionaban los sentimientos que los animaban. Sobre algunas frentes se leía una resignación profunda y el pesar de haber fracasado en su empresa. Unos soldados inmóviles los miraban respetando el dolor de aquellos crueles enemigos. Un movimiento de curiosidad animó los rostros cuando Víctor apareció. Dio orden de desatar a los condenados, y fue él mismo a desanudar las cuerdas que retenían a Clara sujeta al sillón. La joven sonrió tristemente. El oficial no pudo evitar un ligero roce con los brazos de la muchacha, admirando su cabellera negra, y su cuerpo cimbreado. Era una auténtica española: tenía el color español, los ojos españoles, largas pestañas curvas y unas pupilas más negras que ala de cuervo.

—¿Habéis tenido éxito? —dijo ella, dirigiéndole una sonrisa fúnebre donde se translucía aún la mujercita.

Víctor no pudo evitar un sollozo. Miró alternativamente a los tres hermanos y a Clara. Uno de ellos, el mayor, tenía treinta años. Pequeño, bastante feo, con un aire orgulloso y un gesto de desdén, no carecía de cierta nobleza en sus maneras, y no parecía extraño a esa delicadeza de sentimientos que hizo tan célebre la galantería española. Se llamaba Juan. El segundo, Felipe, tendría unos veinte años. Se parecía a Clara. El último tenía ocho años. Un pintor hubiera encontrado en Manuel un poco de esa constancia romana que David ha prestado a los niños en sus páginas republicanas. El viejo marqués tenía la cabeza cubierta de canas, como salida de un cuadro de

Murillo. Ante esa estampa el joven oficial bajó la cabeza, desesperando de ver aceptar por cualquiera de los cuatro personajes la proposición del general; sin embargo, se atrevió a confiarse a Clara. La española tuvo al pronto un escalofrío, pero recobró poco a poco su serenidad y fue a arrodillarse delante de su padre.

—¡Oh! —le dijo—, haced jurar a Juanito que cumplirá fielmente las órdenes que vais a darle, y estaremos satisfechos.

La marquesa se estremeció de esperanza; pero cuando, inclinándose hacia su marido, hubo oído la terrible confidencia de Clara, aquella madre cayó desvanecida. Juanito comprendió todo y saltó como un león enjaulado. Víctor cargó con la responsabilidad de retirar los soldados de vigilancia, después de haber obtenido del Marqués la seguridad de una sumisión perfecta. Los criados fueron entregados al verdugo, que los ahorcó. Cuando la familia no tuvo más que a Víctor por guardián, el viejo padre se levantó:

—¡Juanito! —dijo.

Juanito respondió solamente con una inclinación de cabeza que equivalía a una negativa, volvió a caer sentado y miró a sus padres con una mirada seca y terrible. Clara vino a sentarse en sus rodillas y, con un tono alegre:

—Mi querido Juanito —le dijo, pasándole los brazos alrededor del cuello y besándole los ojos—: si supieras lo dulce que me será la muerte, si viene de tus manos. No tendré que sufrir el odioso contacto del verdugo. Tú me curarás de los males que me esperaban y... mi buen Juanito, tú no querías verme de nadie, ¿entonces...?

Sus ojos aterciopelados lanzaron una mirada de fuego a Víctor, como para despertar en el corazón de Juanito su horror por los franceses.

—Ten valor —le dijo su hermano Felipe—, de otro modo nuestra estirpe casi real se extinguirá.

De repente Clara se levantó; el grupo que se había formado alrededor de Juanito se abrió, y aquel hijo, rebelde con razón, vio ante él de pie a su anciano padre, que con un tono solemne exclamó:

—Juanito, te lo ordeno.

El joven conde continuó inmóvil y entonces el padre se postró de rodillas ante él. Involuntariamente, Clara, Manuel y Felipe lo imitaron. Todos tendieron las manos hacia el que había de salvar a la familia del olvido, y parecieron repetir estas palabras paternas:

—Hijo mío, ¿te faltaría a ti la energía de nuestra raza y una verdadera sensibilidad? ¿Quieres tenerme más tiempo de rodillas, y puedes tener en cuenta ahora tu vida y tus sufrimientos? ¿Es un hijo mío, señora? —añadió el anciano volviéndose hacia la marquesa.

—¡Accede! —exclamó la madre con desesperación, viendo a Juanito hacer con

las cejas un movimiento que sólo ella conocía.

Mariquita, la segunda hija, estaba de rodillas estrechando a su madre en sus débiles brazos; y, como lloraba a lágrima viva, su hermanito Manuel vino a reñirla. En aquel momento el capellán del castillo entró, en seguida fue rodeado de toda la familia y se le entregó a Manolito. Víctor, no pudiendo soportar por más tiempo aquella escena, hizo una señal a Clara, y se fue corriendo a intentar un último esfuerzo con el general; lo encontró de buen humor, en medio del festín, y bebiendo con sus oficiales, que empezaban a contar chascarrillos.

Una hora después, cien de los más nobles habitantes de Menda, vinieron a la terraza para ser testigos, según las órdenes del general, de la ejecución de la familia Léganos. Un destacamento fue desplegado para contener a los españoles, a los que se puso bajo las horcas de donde habían sido colgados los criados del marqués. Las cabezas de aquellos burgueses tocaban casi los pies de los mártires. A treinta pasos de ellos se alzaba un tajo de madera y trillaba una cimitarra. El verdugo estaba allí para el caso en que Juanito se negase a cumplir lo pactado. Pronto los españoles oyeron en medio del más profundo silencio el paso de varias personas, el sonido medido de la marcha de un piquete de soldados y el ligero ruido de sus fusiles. Aquellos diferentes ruidos se mezclaban con los alegres acentos del festín de los oficiales como antes las danzas y la música habían disimulado los preparativos de la sangrienta traición. Todas las miradas se volvieron hacia el castillo, y pudieron ver a la noble familia que venía con paso firme. Todas sus frentes estaban tranquilas y serenas. Sólo un hombre, pálido y sin fuerzas, se apoyaba en el sacerdote que le prodigaba todos los consuelos de la religión. Este hombre era el señalado para continuar viviendo. El verdugo comprendió, como todo el mundo, que Juanito había aceptado su puesto por un solo día. El viejo marqués y su mujer, Clara y Mariquita y sus dos hermanos vinieron a arrodillarse a algunos pasos del fatal emplazamiento. Juanito fue conducido por el sacerdote. Cuando llegó al tajo, el ejecutor tirándole por la manga, lo llamó aparte, y le dio probablemente algunas instrucciones. El confesor colocó a las víctimas de modo que no vieran el suplicio. Pero se trataba de verdaderos españoles, que se mantuvieron de pie y sin debilidades.

Clara se adelantó la primera hacia su hermano.

—Juanito —le dijo—. ¡Ten piedad de mi poco valor! ¡Comienza por mí!

En este momento se oyeron los pasos precipitados de un hombre. Víctor llegó al lugar de la escena. Clara estaba arrodillada, ya su cuello blanco se ofrecía a la cimitarra. El oficial palideció, pero aún tuvo fuerzas para seguir andando.

—El general te concede la vida si quieres casarte conmigo —le dijo en voz baja.

La española lanzó al oficial una mirada de desprecio y de orgullo.

—¡Vamos, Juanito! —dijo ella con un sonido de voz profundo.

Su cabeza rodó a los pies de Víctor. La marquesa de Leganés dejó escapar un

movimiento convulsivo al oír aquel ruido; fue la única muestra de su dolor.

—¿Estoy bien así, querido Juanito? —fue la pregunta que hizo Manolito a su hermano.

—¡Ah, lloras, Mariquita! —dijo Juanito a su hermana.

—Sí —replicó la jovencita—, pienso en ti, mi pobre Juanito; serás bien desgraciado sin nosotros.

Pronto apareció la arrogante figura del marqués. Miró la sangre de sus hijos, se volvió hacia los espectadores, mudos e inmóviles, extendió las manos hacia Juanito y dijo con una voz fuerte:

—¡Españoles, doy a mi hijo la bendición paterna! Ahora, Marqués, da sin miedo, nada podrá reprochársete.

Pero cuando Juanito vio acercarse a su madre, sostenida por su confesor, exclamó:

—¡Es la que me ha dado el ser!

Su voz arrancó un grito de horror a la asamblea. El ruido del festín y las risas alegres de los oficiales se apaciguaron ante aquel clamor. La Marquesa comprendió que el valor de Juanito se había agotado, se lanzó de un salto por encima de la balaustrada y fue a estrellarse sobre las rocas. Un grito de admiración se produjo. Juanito cayó sin sentido.

—Mi general —dijo un oficial medio borracho—. Marchand acaba de contarme algo de esta ejecución; apuesto cualquier cosa a que no la habéis ordenado vos.

—¿Olvidáis, señores —exclamó el general G...t...r—, que dentro de un mes quinientas familias francesas verterán amargas lágrimas y que estamos en España? ¿Queréis que dejemos los huesos aquí?

Después de aquella alocución, no encontró a nadie, ni siquiera un suboficial, que quisiera vaciar su vaso.

A pesar de los respetos de que está rodeado, a pesar del título de *El Verdugo* que el rey de España ha dado como título de nobleza, el marqués de Leganés no puede sacudir su tristeza, devorado por el dolor, y vive solitario mostrándose sólo muy rara vez. Abrumado por el peso de su horrible hazaña, parece esperar con impaciencia que el nacimiento de un segundo hijo le otorgue el derecho de reunirse con las sombras que le acompañan continuamente.

París, octubre 1829.

El elixir de larga vida

Al lector^[2]: al comienzo de su carrera literaria recibió el autor; de manos de un amigo muerto hacía tiempo, el tema de esta obra, que más tarde encontró en una antología a principios de este siglo; y, según sus conjeturas, se trata de una fantasía creada por Hoffmann de Berlín, publicada en algún almanaque alemán y olvidada por sus editores. La Comédie Humaine es lo suficientemente original para que el autor pueda confesar una copia inocente; como La Fontaine, ha tratado a su manera, y sin saberlo, un hecho ya contado. Esto no ha sido una broma como estaba de moda en 1830, época en la que todo autor escribía cosas atroces para complacer a las jovencitas. Cuando el lector llegue al elegante parricidio de don Juan, intente adivinar cuál sería la conducta, en situaciones más o menos semejantes, de gentes honestas que en el siglo XIX toman dinero de rentas vitalicias con la excusa de un catarro, o que alquilan una casa a una anciana por el resto de sus días. ¿Resucitarían a sus arrendatarios? Desearía que «pesadores-jurados» examinasen concienzudamente qué grado de similitud puede existir entre don Juan y los padres que casan a sus hijos por interés. La sociedad humana, que según algunos filósofos avanza por una vía de progreso, ¿considera como un paso hacia el bien el arte de esperar pasar a mejor vida? Esta ciencia ha creado oficios honestos, por medio de los cuales se vive de la muerte. Algunas personas tienen como ocupación la de esperar un fallecimiento, la abrigan, se acurrucan cada mañana sobre el cadáver, lo convierten en almohada por la noche: se trata de los coadjutores, cardenales supernumerarios, tontineros^[3], etc. Hay que añadir gente elegante presurosa por comprar una propiedad cuyo precio sobrepasa sus posibilidades, pero que consideran lógica y fríamente el tiempo de vida que les queda a sus padres o a sus suegras, octogenarias o septuagenarias, diciendo: «Antes de tres años heredaré seguramente, y entonces...». Un asesino nos desagrada menos que un espía. El asesino lo es quizá por un arrebató de locura, puede arrepentirse, ennoblecer. Pero el espía es siempre un espía; es espía en la cama, en la mesa, andando, de noche, de día; es vil a cada momento, ¿qué es, pues, ser un asesino, cuando un espía es vil? Pues bien, ¿no acabamos de reconocer que hay en la sociedad unos seres que llevados por nuestras leyes, por nuestras costumbres y nuestros hábitos piensan sin cesar en la muerte de los suyos y la codician? Sopesan lo que vale un ataúd mientras compran cachemira para sus mujeres, subiendo la escalera del teatro, queriendo ir a la Comedia o deseando un coche. Asesinan en el momento en que los seres queridos, llenos de inocencia, les dan a besar por la noche frentes infantiles, mientras dicen:

—Buenas noches, padre.

A todas horas ven los ojos que quisieran cerrar; y que cada mañana se abren a la luz como el de Belvídero en esta obra. ¡Sólo Dios sabe el número de parricidios que

se cometen con el pensamiento! Imaginemos a un hombre que tiene que pagar mil escudos de renta vitalicia a una anciana, y que ambos viven en el campo, separados por un riachuelo, pero tan extraños uno a otro como para poderse odiar cordialmente, sin faltar a las humanas conveniencias que colocan una máscara sobre el rostro de dos hermanos, de los cuales uno obtendrá el mayorazgo y otro una legitimación. Toda la civilización europea reposa en la herencia como sobre un eje, sería una locura suprimirla; pero ¿no se podría hacer como con las máquinas que son el orgullo de nuestra época, es decir; perfeccionar el engranaje principal?

Si el autor ha conservado la vieja fórmula AL LECTOR en una obra en la que se trata de representar todas las formas literarias, es para incluir una observación relativa a algunos trabajos, y sobre todo a éste. Cada una de sus composiciones está basada en ideas más o menos nuevas cuya expresión le parece útil, puede haber considerado la prioridad de ciertas fórmulas, de ciertos pensamientos que, más tarde, han pasado al campo literario, y una vez allí quizá se han vulgarizado. Las fechas de la publicación primitiva de cada obra no deben, pues, serles indiferentes a aquellos lectores que quieran hacerles justicia.

La lectura proporciona amigos desconocidos y ¡qué amigo, el lector! tenemos amigos conocidos que no leen nada nuestro. El autor espera haber pagado su deuda dedicando esta obra DIIS IGNOTIS^[4].

En un suntuoso palacio de Ferrara, agasajaba don Juan Belvídero una noche de invierno a un príncipe de la casa de Este. En aquella época, una fiesta era un maravilloso espectáculo de riquezas reales de que únicamente un gran señor podía disponer. Sentadas en torno a una mesa iluminada con velas perfumadas conversaban suavemente siete alegres mujeres, en medio de obras de arte cuyos blancos mármoles destacaban en las paredes de estuco rojo y contrastaban con las ricas alfombras de Turquía. Vestidas de satén, resplandecientes de oro y cargadas de piedras preciosas que brillaban menos que sus ojos, todas contaban pasiones enérgicas, pero tan diferentes unas de otras como lo eran sus bellezas. No diferían ni en las palabras, ni en las ideas; el aire, una mirada, algún gesto, el tono, servían a sus palabras como comentarios libertinos, lascivos, melancólicos o burlones.

Una parecía decir:

—Mi belleza sabe reanimar el corazón helado de un hombre viejo.

Otra:

—Adoro estar recostada sobre los almohadones pensando con embriaguez en aquellos que me adoran.

Una tercera, debutante en aquel tipo de fiestas, parecía ruborizarse:

—En el fondo de mi corazón siento remordimientos —decía—. Soy católica, y

temo al infierno. Pero os amo tanto ¡tanto! que podría sacrificaros la eternidad.

La cuarta, apurando una copa de vino de Quío, exclamaba:

—¡Viva la alegría! Con cada aurora tomo una nueva existencia. Olvidada del pasado, ebria aún del encuentro de la víspera, agoto todas las noches una vida de felicidad, una vida llena de amor.

La mujer sentada junto a Belvídero le miraba con los ojos llameantes. Guardaba silencio.

—¡No me confiaría a unos espadachines para matar a mi amante, si me abandonara! —después había reído; pero su mano convulsa hacía añicos una bombonera de oro milagrosamente esculpida.

—¿Cuándo serás Gran Duque? —preguntó la sexta al príncipe, con una expresión de alegría asesina en los dientes y de delirio báquico en los ojos.

—¿Y cuándo morirá tu padre? —dijo la séptima riendo y arrojando su ramillete de flores a don Juan con un gesto ebrio y alocado. Era una inocente jovencita acostumbrada a jugar con las cosas sagradas.

—¡Ah, no me habléis de ello! —exclamó el joven y hermoso don Juan Belvídero—. ¡Sólo hay un padre eterno en el mundo, y la desgracia ha querido que sea yo quien lo tenga!

Las siete cortesanas de Ferrara, los amigos de don Juan y el mismo príncipe lanzaron un grito de horror. Doscientos años más tarde y bajo Luis XV las gentes de buen gusto hubieran reído ante esta ocurrencia. Pero, tal vez al comienzo de una orgía las almas tienen aún demasiada lucidez. A pesar de la luz de las velas, las voces de las pasiones, de los vasos de oro y de plata, el vapor de los vinos, a pesar de la contemplación de las mujeres más arrebatadoras, quizás había aún, en el fondo de los corazones, un poco de vergüenza ante las cosas humanas y divinas, que lucha hasta que la orgía la ahoga en las últimas ondas de un vino espumoso. Sin embargo, los corazones estaban ya marchitos, torpes los ojos, y la embriaguez llegaba, según la expresión de Rabelais, hasta las sandalias. En aquel momento de silencio se abrió una puerta, y, como en el festín de Belsasar^[5], Dios hizo acto de presencia y apareció bajo la forma de un viejo sirviente de pelo blanco, andar vacilante y de ceño contraído. Entró con una expresión triste; con una mirada marchitó las coronas, las copas bermejas, las torres de fruta, el brillo de la fiesta, el púrpura de los rostros sorprendidos, y los colores de los cojines arrugados por el blanco brazo de las mujeres; finalmente, puso un crespón de luto a toda aquella locura, diciendo con voz cavernosa estas sombrías palabras:

—Señor; vuestro padre se está muriendo.

Don Juan se levantó haciendo a sus invitados un gesto que bien podría traducirse por un: «Lo siento, esto no pasa todos los días».

¿Acaso la muerte de un padre no sorprende a menudo a los jóvenes en medio de

los esplendores de la vida, en el seno de las locas ideas de una orgía? La muerte es tan repentina en sus caprichos como una cortesana en sus desdenes; pero más fiel, pues nunca engañó a nadie.

Cuando don Juan cerró la puerta de la sala y enfiló una larga galería tan fría como oscura, se esforzó por adoptar una actitud teatral pues, al pensar en su papel de hijo, había arrojado su alegría junto con su servilleta. La noche era negra. El silencioso sirviente que conducía al joven hacia la cámara mortuoria alumbraba bastante mal a su amo, de modo que la Muerte, ayudada por el frío, el silencio, la oscuridad, y quizá por la embriaguez, pudo deslizar algunas reflexiones en el alma de este hombre disipado; examinó su vida y se quedó pensativo, como un procesado que se dirige al tribunal.

Bartolomé Belvídero, padre de don Juan, era un anciano nonagenario que había pasado la mayor parte de su vida dedicado al comercio. Como había atravesado con frecuencia las talismánicas regiones de Oriente, había adquirido inmensas riquezas y una sabiduría más valiosa, decía, que el oro y los diamantes, que ahora ya no le preocupaban lo más mínimo.

—Prefiero un diente a un rubí, y el poder al saber —exclamaba a veces sonriendo.

Aquel padre bondadoso gustaba de oír contar a don Juan alguna locura de su juventud y decía en tono jovial, prodigándole el oro:

—Querido hijo, haz sólo tonterías que te diviertan.

Era el único anciano que se complacía en ver a un hombre joven, el amor paterno engañaba a su avanzada edad en la contemplación de una vida tan brillante. A la edad de sesenta años Belvídero se había enamorado de un ángel de paz y de belleza. Don Juan había sido el único fruto de este amor tardío y pasajero. Desde hacía quince años, este hombre lamentaba la pérdida de su amada Juana. Sus numerosos sirvientes y también su hijo atribuyeron a este dolor de anciano las extrañas costumbres que adoptó. Confinado en el ala más incómoda de su palacio, salía raramente, y ni el mismo don Juan podía entrar en las habitaciones de su padre sin haber obtenido permiso. Si aquel anacoreta voluntario iba y venía por el palacio, o por las calles de Ferrara, parecía buscar alguna cosa que le faltase; caminaba soñador, indeciso, preocupado como un hombre en conflicto con una idea o un recuerdo. Mientras el joven daba fiestas suntuosas y el palacio retumbaba con el estallido de su alegría, los caballos resoplaban en el patio y los pajes discutían jugando a los dados en las gradas, Bartolomé comía siete onzas de pan al día y bebía agua. Si tomaba algo de carne era para darle los huesos a un perro de aguas, su fiel compañero. Jamás se quejaba del ruido. Durante su enfermedad, si el sonido del cuerno de caza y los ladridos de los perros le sorprendían, se limitaba a decir: «¡Ah, es don Juan que vuelve!». Nunca hubo en la tierra un padre tan indulgente. Por otra parte, el joven

Belvídero, acostumbrado a tratarle sin ceremonias, tenía todos los defectos de un niño mimado. Vivía con Bartolomé como vive una cortesana caprichosa con un viejo amante, disculpando sus impertinencias con una sonrisa, vendiendo su buen humor; y dejándose querer. Reconstruyendo con un solo pensamiento el cuadro de sus años jóvenes, don Juan se dio cuenta de que le sería difícil echar en falta la bondad de su padre. Y sintiendo nacer remordimientos en el fondo de su corazón mientras atravesaba la galería, estuvo próximo a perdonar a Belvídero por haber vivido tanto tiempo. Le venían sentimientos de piedad filial del mismo modo que un ladrón se convierte en un hombre honrado por el posible goce de un millón bien robado. Cruzó pronto las altas y frías salas que constituían los aposentos de su padre. Tras haber sentido los efectos de una atmósfera húmeda, respirado el aire denso, el rancio olor que exhalaban viejas tapicerías y armarios cubiertos de polvo, se encontró en la antigua habitación del anciano, ante un lecho nauseabundo junto a una chimenea casi apagada. Una lámpara, situada sobre una mesa de forma gótica, arrojaba sobre el lecho, en intervalos desiguales, capas de luz más o menos intensas, mostrando de este modo el rostro del anciano siempre bajo un aspecto diferente. Silbaba el frío a través de las ventanas mal cerradas; y la nieve, azotando las vidrieras, producía un ruido sordo. Aquella escena, contrastaba de tal modo con la que don Juan acababa de abandonar; que no pudo evitar un estremecimiento. Después tuvo frío, cuando al acercarse al lecho un violento resplandor empujado por un golpe de viento iluminó la cabeza de su padre: sus rasgos estaban descompuestos, la piel pegada a los huesos tenía tintes verdosos que la blancura de la almohada sobre la que reposaba el anciano hacía aún más horribles. Contraída por el dolor; la boca entreabierta y desprovista de dientes dejaba pasar algunos suspiros cuya lúgubre energía era sostenida por los aullidos de la tempestad. A pesar de tales signos de destrucción, brillaba en aquella cabeza un increíble carácter de poder. Un espíritu superior que combatía a la muerte. Los ojos hundidos por la enfermedad guardaban una singular fijeza. Parecía que Bartolomé buscaba con su mirada moribunda a un enemigo sentado al pie de su cama para matarlo. Aquella mirada, fija y fría, era más escalofriante por cuanto que la cabeza permanecía en una inmovilidad semejante a la de los cráneos situados sobre la mesa de los médicos. Su cuerpo, dibujado por completo por las sábanas del lecho, permitía ver que los miembros del anciano guardaban la misma rigidez. Todo estaba muerto menos los ojos. Los sonidos que salían de su boca tenían también algo de mecánico.

Don Juan sintió una cierta vergüenza al llegar junto al lecho de su padre moribundo conservando un ramillete de cortesana en el pecho, llevando el perfume de la fiesta y el olor del vino.

—¡Te divertirías! —exclamó el anciano cuando vio a su hijo.

En el mismo momento, la voz fina y ligera de una cantante que hechizaba a los

invitados, reforzada por los acordes de la viola con la que se acompañaba, dominó el bramido del huracán y resonó en la cámara fúnebre. Don Juan no quiso oír aquel salvaje asentimiento.

Bartolomé dijo:

—No te quiero aquí, hijo mío.

Aquella frase llena de dulzura lastimó a don Juan, que no perdonó a su padre semejante puñalada de bondad.

—¡Qué remordimientos, padre! —dijo hipócritamente.

—¡Pobre Juanito! —continuó el moribundo con voz sorda—, ¿tan bueno he sido para ti que no deseas mi muerte?

—¡Oh! —exclamó don Juan—, ¡si fuera posible devolverte a la vida dándote parte de la mía! («cosas así pueden decirse siempre, ¡es como si ofreciera el mundo a mi amante!»).

Apenas concluyó este pensamiento cuando ladró el viejo perro de aguas. Aquella voz inteligente hizo que don Juan se estremeciera, pues creyó haber sido comprendido por el perro.

—Ya sabía, hijo mío, que podía contar contigo —exclamó el moribundo—, viviré. Podrás estar contento. Viviré, pero sin quitarte un sólo día que te pertenezca.

«Delira», se dijo a sí mismo don Juan. Luego añadió en voz alta:

—Sí, padre querido, viviréis ciertamente, porque vuestra imagen permanecerá en mi corazón.

—No se trata de esa vida —dijo el noble anciano, reuniendo todas sus fuerzas para incorporarse, porque le sobrecogió una de esas sospechas que sólo nacen en la cabecera de los moribundos—. Escúchame, hijo —continuó con la voz debilitada por este último esfuerzo—, no tengo yo más ganas de morirme que tú de prescindir de amantes, vino, caballos, halcones, perros y oro.

«Estoy seguro de ello», pensó el hijo arrodillándose a la cabecera de la cama y besando una de las manos cadavéricas de Bartolomé.

—Pero —continuó en voz alta—, padre, padre querido, hay que someterse a la voluntad de Dios.

—Dios soy yo —replicó el anciano refunfuñando.

—No blasfeméis —dijo el joven viendo el aire amenazador que tomaban los rasgos de su padre—. Guardaos de hacerlo, habéis recibido la Extremaunción, y no podría hallar consuelo viéndoos morir en pecado.

—¿Quieres escucharme? —exclamó el moribundo, cuya boca crujió.

Don Juan cedió. Reinó un horrible silencio. Entre los grandes silbidos de la nieve llegaron aún los acordes de la viola y la deliciosa voz, débiles como un día naciente. El moribundo sonrío.

—Te agradezco el haber invitado a cantantes, haber traído música. ¡Una fiesta!,

mujeres jóvenes y bellas, blancas y de negros cabellos. Todos los placeres de la vida, haz que se queden. Voy a renacer.

—Es el colmo del delirio —dijo don Juan.

—He descubierto el medio de resucitar. Mira, busca en el cajón de la mesa; podrás abrirlo apretando un resorte que hay escondido por el Grifo.

—Ya está, padre.

—Bien, coge un pequeño frasco de cristal de roca.

—Aquí está.

—He empleado veinte años en... —en aquel instante, el anciano sintió próximo el final y reunió toda su energía para decir—: Tan pronto como haya exhalado el último suspiro, me frotarás todo el cuerpo con esta agua, y renaceré.

—Pues hay bastante poco —replicó el joven.

Si bien Bartolomé ya no podía hablar; tenía aún la facultad de oír y de ver, y al oír esto, su cabeza se volvió hacia don Juan con un movimiento de escalofriante brusquedad, su cuello se quedó torcido como el de una estatua de mármol a quien el pensamiento del escultor ha condenado a mirar de lado, sus ojos, más grandes, adoptaron una espantosa inmovilidad. Estaba muerto, muerto perdiendo su única, su última ilusión. Buscando asilo en el corazón de su hijo encontró una tumba más honda que las que los hombres cavan habitualmente a sus muertos. Sus cabellos se habían erizado también por el horror; y su mirada convulsa hablaba aún. Era un padre saliendo con rabia de un sepulcro para pedir venganza a Dios.

—¡Vaya!, se acabó el buen hombre —exclamó don Juan.

Presuroso por acercar el misterioso cristal a la luz de la lámpara como un bebedor examina su botella al final de la comida, no había visto blanquear el ojo de su padre. El perro contemplaba con la boca abierta alternativamente a su amo muerto y el elixir; del mismo modo que don Juan miraba, ora a su padre, ora al frasco. La lámpara arrojaba ráfagas ondulantes. El silencio era profundo, la viola había enmudecido. Belvídero se estremeció creyendo ver moverse a su padre. Intimidado por la expresión rígida de sus ojos acusadores los cerró del mismo modo que hubiera bajado una persiana abatida por el viento en una noche de otoño. Permaneció de pie, inmóvil, perdido en un mundo de pensamientos. De repente, un ruido agrio, semejante al grito de un resorte oxidado, rompió el silencio. Don Juan, sorprendido, estuvo a punto de dejar caer el frasco. De sus poros brotó un sudor más frío que el acero de un puñal. Un gallo de madera pintada surgió de lo alto de un reloj de pared, y cantó tres veces. Era una de esas máquinas ingeniosas, con la ayuda de las cuales se hacían despertar para sus trabajos a una hora fija los sabios de la época. El alba enrojecía ya las ventanas. Don Juan había pasado diez horas reflexionando. El viejo reloj de pared era más fiel a su servicio que él en el cumplimiento de sus deberes hacia Bartolomé. Aquel mecanismo estaba hecho de madera, poleas, cuerdas y

engranajes, mientras que don Juan poseía uno particular al hombre, llamado corazón. Para no arriesgarse a perder el misterioso licor; el escéptico don Juan volvió a colocarlo en el cajón de la mesita gótica. En tan solemne momento oyó un tumulto sordo en la galería: eran voces confusas, risas ahogadas, pasos ligeros, el roce de las sedas, el ruido en fin de un alegre grupo que se recoge. La puerta se abrió y el príncipe, los amigos de don Juan, las siete cortesanas y las cantantes aparecieron en el extraño desorden en que se encuentran las bailarinas sorprendidas por la luz de la mañana, cuando el sol lucha con el fuego palideciente de las velas. Todos iban a darle al joven heredero el pésame de costumbre.

—¡Oh, oh!, ¿se habrá tomado el pobre don Juan esta muerte en serio? —dijo el príncipe al oído de la Brambilla.

—Su padre era un buen hombre —le respondió ella.

Sin embargo, las meditaciones nocturnas de don Juan habían impreso a sus rasgos una expresión tan extraña que impuso silencio a semejante grupo.

Los hombres permanecieron inmóviles. Las mujeres, que tenían los labios secos por el vino y las mejillas cárdenas por los besos, se arrodillaron y comenzaron a rezar. Don Juan no pudo evitar estremecerse viendo cómo el esplendor, las alegrías, las risas, los cantos, la juventud, la belleza, el poder, todo lo que es vida, se postraba así ante la muerte. Pero, en aquella adorable Italia la vida disoluta y la religión se acoplaban por entonces tan bien, que la religión era un exceso, y los excesos una religión. El príncipe estrechó afectuosamente la mano de don Juan, y después, todos los rostros adoptaron simultáneamente el mismo gesto, mitad de tristeza mitad de indiferencia, y aquella fantasmagoría desapareció, dejando la sala vacía. Ciertamente era una imagen de la vida. Mientras bajaban las escaleras le dijo el príncipe a la Rivabarella:

—Y bien, ¿quién habría creído a don Juan un fanfarrón impío? ¡Ama a su padre!

—¿Os habéis fijado en el perro negro? —preguntó la Brambilla.

—Ya es inmensamente rico —dijo suspirando Blanca Cavatolino.

—¡Y eso qué importa! —exclamó la orgullosa Baronesa, aquella que había roto la bombonera.

—¿Cómo que qué importa? —exclamó el duque—. ¡Con sus escudos él es tan príncipe como yo!

Don Juan, en un principio, asediado por mil pensamientos, dudaba ante varias decisiones. Después de haber examinado el tesoro amasado por su padre, volvió a la cámara mortuoria con el alma llena de un tremendo egoísmo. Encontró allí a toda la servidumbre ocupada en adornar el lecho fúnebre en el cual iba a ser expuesto al día siguiente el difunto señor; en medio de una soberbia capilla ardiente, curioso espectáculo que toda Ferrara vendría a admirar. Don Juan hizo un gesto y sus gentes se detuvieron, sobrecogidos, temblorosos.

—Dejadme solo aquí —dijo con voz alterada— y no entréis hasta que yo salga.

Cuando los pasos del anciano sirviente que salió el último sólo sonaron débilmente en las losas, cerró don Juan precipitadamente la puerta, y seguro de su soledad exclamo:

—¡Veamos!

El cuerpo de Bartolomé estaba acostado en una larga mesa. Con el fin de evitar a los ojos de todos el horrible espectáculo de un cadáver al que una decrepitud extrema y la debilidad asemejaban a un esqueleto, los embalsamadores habían colocado una sábana sobre el cuerpo, envolviéndole todo menos la cabeza. Aquella especie de momia yacía en el centro de la habitación, y la sábana, amplia, dibujaba vagamente las formas, aun así duras, rígidas y heladas. El rostro tenía ya amplias marcas violeta que mostraban la necesidad de terminar el embalsamamiento. A pesar del escepticismo que le acompañaba, don Juan tembló al destapar el mágico frasco de cristal. Cuando se acercó a la cabecera un temblor estuvo a punto de obligarle a detenerse. Pero aquel joven había sido sabiamente corrompido, desde muy pronto, por las costumbres de una corte disoluta; un pensamiento digno del duque de Urbino le otorgó el valor que agujoneaba su viva curiosidad; pareció como si el diablo le hubiera susurrado estas palabras que resonaron en su corazón: «¡Impregna un ojo!». Tomó un paño y, después de haberlo empapado con parsimonia en el precioso licor; lo pasó lentamente sobre el párpado derecho del cadáver. El ojo se abrió.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo don Juan apretando el frasco en su mano como se agarra en sueños la rama de la que colgamos sobre un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto, donde la luz temblaba en un joven fluido, y, protegida por hermosas pestañas negras, brillaba como ese único resplandor que el viajero percibe en un campo desierto en las noches de invierno. Aquel ojo resplandeciente parecía querer arrojarse sobre don Juan, pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, gritaba, mordía. Todas las pasiones humanas se agitaban en él. Eran las más tiernas súplicas: la cólera de un rey, luego, el amor de una joven pidiendo gracia a sus verdugos; la mirada que lanza un hombre a los hombres al subir el último escalón del patíbulo. Tanta vida estallaba en aquel fragmento de vida, que don Juan retrocedió espantado, paseó por la habitación sin atreverse a mirar aquel ojo, que veía de nuevo en el suelo, en los tapices. La estancia estaba sembrada de puntos llenos de fuego, de vida, de inteligencia. Por todas partes brillaban ojos que ladraban a su alrededor.

—¡Bien podría haber vivido cien años! —exclamó sin querer cuando, llevado ante su padre por una fuerza diabólica, contemplaba aquella chispa luminosa.

De repente, aquel párpado inteligente se cerró y volvió a abrirse bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiera gritado: «¡Sí!», don Juan no se hubiera asustado más.

«¿Qué hacer?», pensaba. Tuvo el valor de intentar cerrar aquel párpado blanco. Sus esfuerzos fueron vanos.

—¿Reventarlo? ¿Sería acaso un parricidio? —se preguntaba.

—Sí —dijo el ojo con un guiño de una sorprendente ironía.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí hay brujería! —exclamó don Juan, y se acercó al ojo para reventarlo. Una lágrima rodó por las mejillas hundidas del cadáver; y cayó en la mano de Belvídero—. ¡Está ardiendo! —gritó sentándose.

Aquella lucha le había fatigado como si hubiera combatido contra un ángel, como Jacob.

Finalmente se levantó diciendo para sí:

«¡Mientras no haya sangre...!». Luego, reuniendo todo el valor necesario para ser cobarde, reventó el ojo aplastándolo con un paño, pero sin mirar. Un gemido inesperado, pero terrible, se hizo oír. El pobre perro de aguas expiró aullando.

«¿Sabría él el secreto?», se preguntó don Juan mirando al fiel animal.

Don Juan Belvídero pasó por un hijo piadoso. Levantó sobre la tumba de su padre un monumento y confió la realización de las figuras a los artistas más célebres de su tiempo. Sólo estuvo completamente tranquilo el día en que la estatua paterna, arrodillada ante la Religión, impuso su enorme peso sobre aquella fosa, en el fondo de la cual enterró el único remordimiento que hubiera rozado su corazón en los momentos de cansancio físico. Haciendo inventario de las inmensas riquezas amasadas por el viejo orientalista, don Juan se hizo avaro. ¿Acaso no tenía dos vidas humanas para proveer de dinero? Su mirada, profunda y escrutadora, penetró en el principio de la vida social y abrazó mejor al mundo, puesto que lo veía a través de una tumba. Analizó a los hombres y las cosas para terminar de una vez con el Pasado, representado por la Historia; con el Presente, configurado por la Ley; con el Futuro, desvelado por las Religiones. Tomó el alma y la materia, las arrojó en un crisol, no encontró nada, y desde entonces se convirtió en DON JUAN.

Dueño de las ilusiones de la vida, se lanzó, joven y hermoso, a la vida, despreciando al mundo, pero apoderándose del mundo. Su felicidad no podía ser una felicidad burguesa que se alimenta con un hervido diario, con un agradable calentador de cama en invierno, una lámpara de noche y unas pantuflas nuevas cada trimestre. No; se asió a la existencia como un mono que coge una nuez y, sin entretenerse largo tiempo, despoja sabiamente las envolturas del fruto, para degustar la sabrosa pulpa. La poesía y los sublimes arrebatos de la pasión humana no le interesaban. No cometió el error de otros hombres poderosos que, imaginando que las almas pequeñas creen en las grandes almas, se dedican a intercambiar los más altos pensamientos del futuro con la calderilla de nuestras ideas vitalicias. Bien podía, como ellos, caminar con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo; pero prefería sentarse y secar bajo sus besos más de un labio de mujer joven, fresca y perfumada; porque, al igual que la Muerte,

allí por donde pasaba devoraba todo sin pudor; queriendo un amor posesivo, un amor oriental de placeres largos y fáciles. Amando sólo a la mujer en las mujeres, hizo de la ironía un cariz natural de su alma. Cuando sus amantes se servían de un lecho para subir a los cielos donde iban a perderse en el seno de un éxtasis embriagador, don Juan las seguía, grave, expansivo, sincero, tanto como un estudiante alemán sabe serlo. Pero decía YO cuando su amante, loca, extasiada decía NOSOTROS. Sabía dejarse llevar por una mujer de forma admirable. Siempre era lo bastante fuerte como para hacerle creer que era un joven colegial que dice a su primera compañera de baile: «¿Te gusta bailar?», también sabía enrojecer a propósito, y sacar su poderosa espada y derribar a los comendadores. Había burla en su simpleza y risa en sus lágrimas, pues siempre supo llorar como una mujer cuando le dice a su marido: «Dame un séquito o me moriré enferma del pecho».

Para los negociantes, el mundo es un fardo o una mesa de billetes en circulación; para la mayoría de los jóvenes, es una mujer; para algunas mujeres, es un hombre; para ciertos espíritus es un salón, una camarilla, un barrio, una ciudad; para don Juan, el universo era él. Modelo de gracia y de belleza, con un espíritu seductor; amarró su barca en todas las orillas; pero, haciéndose llevar; sólo iba allí adonde quería ser llevado. Cuanto más vivió, más dudó. Examinando a los hombres, adivinó con frecuencia que el valor era temeridad; la prudencia, cobardía; la generosidad, finura; la justicia, un crimen; la delicadeza, una necedad; la honestidad, organización; y, gracias a una fatalidad singular; se dio cuenta de que las gentes honestas, delicadas, justas, generosas, prudentes y valerosas, no obtenían ninguna consideración entre los hombres. «¡Qué broma tan absurda!» —se dijo—. «No procede de un dios.» Y entonces, renunciando a un mundo mejor, jamás se descubrió al oír pronunciar un nombre, y consideró a los santos de piedra de las iglesias como obras de arte. Pero también, comprendiendo el mecanismo de las sociedades humanas, no contradecía en exceso los prejuicios, puesto que no era tan poderoso como el verdugo, pero daba la vuelta a las leyes sociales con la gracia y el ingenio tan bien expresados en su escena con el Señor Dimanche^[6]. Fue, en efecto, el tipo de Don Juan de Molière, del Fausto de Goethe, del Manfred de Byron y del Melmoth de Maturin. Grandes imágenes trazadas por los mayores genios de Europa, y a las que no faltarán quizá ni los acordes de Mozart ni la lira de Rossini. Terribles imágenes que el principio del mal, existente en el hombre, eterniza y del cual se encuentran copias cada siglo: bien porque este tipo entra en conversaciones humanas encarnándose en Mirabeau; bien porque se conforma con actuar en silencio como Bonaparte; o de comprimir el mundo en una ironía como el divino Rabelais; o, incluso, se ría de los seres en lugar de insultar a las cosas como el mariscal de Richelieu; o que se burle a la vez de los hombres y de las cosas como el más célebre de nuestros embajadores.

Pero la profunda jovialidad de don Juan Belvídero precedió a todos ellos. Se rió

de todo. Su vida era una burla que abarcaba hombres, cosas, instituciones e ideas. En lo que respecta a la eternidad, había conversado familiarmente media hora con el papa Julio II, y al final de la charla le había dicho riendo:

—Si es absolutamente preciso elegir prefiero creer en Dios a creer en el diablo; el poder unido a la bondad ofrece siempre más recursos que el genio del mal.

—Sí, pero Dios quiere que se haga penitencia en este mundo.

—¿Siempre pensáis en vuestras indulgencias? —respondió Belvídero—. ¡Pues bien!, tengo reservada toda una existencia para arrepentirme de las faltas de mi primera vida.

—¡Ah! si es así como entiendes la vejez —exclamó el papa— corres el riesgo de ser canonizado.

—Después de vuestra ascensión al papado, puede creerse todo.

Fueron entonces a ver a los obreros que estaban construyendo la inmensa basílica consagrada a San Pedro.

—San Pedro es el hombre de genio que dejó constituido nuestro doble poder —dijo el papa a don Juan—, merece este monumento. Pero, a veces, por la noche, pienso que un silencio borraré todo esto y habrá que volver a empezar...

Don Juan y el papa se echaron a reír; se habían entendido bien. Un necio habría ido a la mañana siguiente a divertirse con Julio II a casa de Rafael o a la deliciosa Villa Madame^[7], pero Belvídero acudió a verle oficiar pontificalmente para convencerse de todas sus dudas. En un momento libertino, la Rovera hubiera podido desdecirse y comentar el Apocalipsis.

Sin embargo, esta leyenda no tiene por objeto el proporcionar material a aquellos que deseen escribir sobre la vida de don Juan, sino que está destinada a probar a las gentes honestas que Belvídero no murió en un duelo con una piedra como algunos litógrafos quieren hacer creer.

Cuando don Juan Belvídero alcanzó la edad de sesenta años, se instaló en España. Allí, ya anciano, se casó con una joven y encantadora andaluza. Pero, tal y como lo había calculado, no fue ni buen padre ni buen esposo. Había observado que no somos tan tiernamente amados como por las mujeres en las que nunca pensamos. Doña Elvira, educada santamente por una anciana tía en lo más profundo de Andalucía, en un castillo a pocas leguas de Sanlúcar, era toda gracia y devoción. Don Juan adivinó que aquella joven sería del tipo de mujer que combate largamente una pasión antes de ceder; y por ello pensó poder conservarla virtuosa hasta su muerte. Fue una broma seria, un jaque que se quiso reservar para jugarlo en sus días de vejez. Fortalecido con los errores cometidos por su padre Bartolomé, don Juan decidió utilizar los actos más insignificantes de su vejez para el éxito del drama que debía consumarse en su lecho de muerte. De este modo, la mayor parte de su riqueza permaneció oculta en los sótanos de su palacio de Ferrara, donde raramente iba. Con la otra mitad de su fortuna

estableció una renta vitalicia para que le produjera intereses durante su vida, la de su mujer y la de sus hijos, astucia que su padre debiera haber practicado. Pero semejante maquiavélica especulación no le fue muy necesaria. El joven Felipe Belvídero, su hijo, se convirtió en un español tan concienzudamente religioso como impío era su padre, quizás en virtud del proverbio: a padre avaro, hijo pródigo.

El abad de Sanlúcar fue elegido por don Juan para dirigir la conciencia de la duquesa de Belvídero y de Felipe. Aquel eclesiástico era un hombre santo, admirablemente bien proporcionado, alto, de bellos ojos negros y una cabeza al estilo de Tiberio, cansada por el ayuno, blanca por la mortificación y diariamente tentada como son tentados todos los solitarios. Quizás esperaba el anciano señor matar a algún monje antes de terminar su primer siglo de vida. Pero, bien porque el abad fuera tan fuerte como podía serlo el mismo don Juan, bien porque doña Elvira tuviera más prudencia o virtud de la que España le otorga a las mujeres, don Juan fue obligado a pasar sus últimos días como un viejo cura rural, sin escándalos en su casa. A veces, sentía placer si encontraba a su mujer o a su hijo faltando a sus deberes religiosos, y les exigía realizar todas las obligaciones impuestas a los fieles por el tribunal de Roma. En fin, nunca se sentía tan feliz como cuando oía al galante abad de Sanlúcar, a doña Elvira y a Felipe discutir sobre un caso de conciencia. Sin embargo, a pesar de los cuidados que don Juan Belvídero prodigaba a su persona, llegaron los días de decrepitud; con la edad del dolor llegaron los gritos de impotencia, gritos tanto más desgarradores cuanto más ricos eran los recuerdos de su ardiente juventud y de su voluptuosa madurez. Aquel hombre, cuyo grado más alto de burla era inducir a los otros a creer en las leyes y principios de los que él se mofaba, se dormía por las noches pensando en un quizás. Aquel modelo de elegancia, aquel duque, vigoroso en las orgías, soberbio en la corte, gentil para con las mujeres cuyos corazones había retorcido como un campesino retuerce una vara de mimbre, aquel hombre ingenio, tenía una pituita pertinaz, una molesta ciática y una gota brutal. Veía cómo sus dientes le abandonaban, al igual que se van, una a una, las más blancas damas, las más engalanadas, dejando el salón desierto. Finalmente, sus atrevidas manos temblaron, sus esbeltas piernas se tambalearon, y una noche, la apoplejía le aprisionó sus manos corvas y heladas. Desde aquel fatal día se volvió taciturno y duro. Acusaba la dedicación de su mujer y de su hijo, pretendiendo en ocasiones que sus emotivos cuidados y delicadezas le eran así prodigados porque había puesto su fortuna en rentas vitalicias. Elvira y Felipe derramaban entonces lágrimas amargas y doblaban sus caricias al malicioso viejo, cuya voz cascada se volvía afectuosa para decirles:

«Queridos míos, querida esposa, ¿me perdonáis, verdad? Os atormento un poco. ¡Ay, gran Dios!, ¿cómo te sirves de mí para poner a prueba a estas dos celestes criaturas? Yo, que debiera ser su alegría, soy su calamidad». De este modo les

encadenó a la cabecera de su cama, haciéndoles olvidar meses enteros de impaciencia y crueldad por una hora en que les prodigaba los tesoros, siempre nuevos, de su gracia y de una falsa ternura. Paternal sistema que resultó infinitamente mejor que el que su padre había utilizado en otro tiempo con él.

Por fin llegó a un grado tal de enfermedad en que, para acostarle, había que manejarle como una falúa que entra en un canal peligroso. Luego, llegó el día de la muerte. Aquel brillante y escéptico personaje de quien sólo el entendimiento sobrevivía a la más espantosa de las destrucciones, se vio entre un médico y un confesor; los dos seres que le eran más antipáticos. Pero estuvo jovial con ellos. ¿Acaso no había para él una luz brillante tras el velo del porvenir? Sobre aquella tela, para unos de plomo, diáfana para él, jugaban como sombras las arrebatadoras delicias de la juventud.

Era una hermosa tarde cuando don Juan sintió la proximidad de la muerte. El cielo de España era de una pureza admirable, los naranjos perfumaban el aire, las estrellas destilaban luces vivas y frescas, parecía que la naturaleza le daba pruebas ciertas de su resurrección, un hijo piadoso y obediente le contemplaba con amor y respeto. Hacia las once, quiso quedarse solo con aquel cándido ser.

—Felipe —le dijo con una voz tan tierna y afectuosa que hizo estremecerse y llorar de felicidad al joven.

Nunca antes había pronunciado así «Felipe» aquel padre inflexible.

—Escúchame, hijo mío —continuó el moribundo—. Soy un gran pecador. Durante mi vida, también he pensado en mi muerte. En otro tiempo, fui amigo del gran papa Julio. El ilustre pontífice temió que la excesiva exaltación de mis sentidos me hiciese cometer algún pecado mortal entre el momento de expirar y de recibir los santos óleos; me regaló un frasco con el agua bendita que mana entre las rocas, en el desierto. He mantenido el secreto de este despilfarro del tesoro de la Iglesia, pero estoy autorizado a revelar el misterio a mi hijo, *in articulo mortis*. Encontrarás el frasco en el cajón de esa mesa gótica que siempre ha estado en la cabecera de mi cama... El precioso cristal podrá servirte aún, querido Felipe. Júrame por tu salvación eterna que ejecutarás puntualmente mis órdenes.

Felipe miró a su padre. Don Juan conocía demasiado la expresión de los sentimientos humanos como para no morir en paz bajo el testimonio de aquella mirada, como su padre había muerto en la desesperanza de su propia mirada.

—Tú merecías otro padre —continuó don Juan—. Me atrevo a confesarte, hijo mío, que en el momento en que el venerable abad de Sanlúcar me administraba el viático, pensaba en la incompatibilidad de los dos poderes, el del diablo y el de Dios.

—¡Oh, padre!

—Y me decía a mí mismo que, cuando Satán haga su paz, tendrá que acordar el perdón de sus partidarios, para no ser un gran miserable. Esta idea me persigue. Iré,

pues al infierno, hijo mío, si no cumples mi voluntad.

—¡Oh, decídmela pronto, padre!

—Tan pronto como haya cerrado los ojos —continuó don Juan—, unos minutos después, cogerás mi cuerpo, aún caliente, y lo extenderás sobre una mesa, en medio de la habitación. Después apagarás la luz. El resplandor de las estrellas deberá ser suficiente. Me despojarás de mis ropas, rezarás padrenuestros y avemarías elevando tu alma a Dios y humedecerás cuidadosamente con esta agua santa mis ojos, mis labios, toda mi cabeza primero, y luego sucesivamente los miembros y el cuerpo; pero, hijo mío, el poder de Dios es tan grande, que no deberás asombrarte de nada.

Entonces, don Juan, que sintió llegar la muerte, añadió con voz terrible:

—Coge bien el frasco.

Y expiró dulcemente en los brazos de su hijo, cuyas abundantes lágrimas bañaron su rostro irónico y pálido.

Era cerca de medianoche cuando don Felipe Belvídero colocó el cadáver de su padre sobre la mesa. Después de haber besado su frente amenazadora y sus grises cabellos, apagó la lámpara. La suave luz producida por la claridad de la luna cuyos extraños reflejos iluminaban el campo, permitió al piadoso Felipe entrever indistintamente el cuerpo de su padre como algo blanco en medio de la sombra. El joven impregnó un paño en el licor que, sumido en la oración, ungió fielmente aquella cabeza sagrada en un profundo silencio. Oía estremecimientos indescriptibles, pero los atribuía a los juegos de la brisa en la cima de los árboles. Cuando humedeció el brazo derecho sintió que un brazo fuerte y vigoroso le cogía el cuello, ¡el brazo de su padre! Profirió un grito desgarrador y dejó caer el frasco, que se rompió. El licor se evaporó. Las gentes del castillo acudieron, provistos de candelabros, como si la trompeta del juicio final hubiera sacudido el universo. En un instante, la habitación estuvo llena de gente. La multitud temblorosa vio a don Felipe desvanecido, pero retenido por el poderoso brazo de su padre, que le apretaba el cuello. Después, cosa sobrenatural, los asistentes contemplaron la cabeza de don Juan tan joven y tan bella como la de Antínoo; una cabeza con cabellos negros, ojos brillantes, boca bermeja y que se agitaba de forma escalofriante, sin poder mover el esqueleto al que pertenecía. Un anciano servidor gritó:

—¡Milagro! —Y todos los españoles repitieron—: ¡Milagro!

Doña Elvira, demasiado piadosa como para admitir los misterios de la magia, mandó buscar al abad de Sanlúcar. Cuando el prior contempló con sus propios ojos el milagro, decidió aprovecharlo, como hombre inteligente y como abad, para aumentar sus ingresos. Declarando enseguida que don Juan sería canonizado sin ninguna duda, fijó la apoteósica ceremonia en su convento, que en lo sucesivo se llamaría, dijo, San-Juan-de-Lúcar. Ante estas palabras, la cabeza hizo un gesto jocosos.

El gusto de los españoles por este tipo de solemnidades es tan conocido que no

resultan difíciles de creer las hechicerías religiosas con que el abad de Sanlúcar celebró el traslado del bienaventurado don Juan Belvídero a su iglesia. Días después de la muerte del ilustre noble, el milagro de su imperfecta resurrección era tan comentado de un pueblo a otro, en un radio de más de cincuenta leguas alrededor de Sanlúcar, que resultaba cómico ver a los curiosos en los caminos; vinieron de todas partes, engolosinados por un *Te Deum* con antorchas. La antigua mezquita del convento de Sanlúcar; una maravillosa edificación construida por los moros, cuyas bóvedas escuchaban desde hacía tres siglos el nombre de Jesucristo sustituyendo al de Alá, no pudo contener a la multitud que acudía a ver la ceremonia. Apretados como hormigas, los hidalgos con capas de terciopelo y armados con sus espadas, estaban de pie alrededor de las columnas, sin encontrar sitio para doblar sus rodillas, que sólo se doblaban allí. Encantadoras campesinas, cuyas basquiñas dibujaban las amorosas formas, daban su brazo a ancianos de cabellos blancos. Jóvenes con ojos de fuego se encontraban junto a ancianas mujeres adornadas. Había, además, parejas estremecidas de placer, novias curiosas acompañadas por sus bienamados; recién casados; niños que se cogían de la mano, temerosos. Allí estaba aquella multitud, llena de colorido, brillante en sus contrastes, cargada de flores, formando un suave tumulto en el silencio de la noche. Las amplias puertas de la iglesia se abrieron. Aquéllos que, retardados, se quedaron fuera, veían de lejos, por las tres puertas abiertas, una escena tan pavorosa de decoración a la que nuestras modernas óperas sólo podrían aproximarse débilmente. Devotos y pecadores, presurosos por alcanzar la gracia del nuevo santo, encendieron en su honor millares de velas en aquella amplia iglesia, resplandores interesados que concedieron un mágico aspecto al monumento. Las negras arcadas, las columnas y sus capiteles, las capillas profundas y brillantes de oro y plata, las galerías, las figuras sarracenas recortadas, los más delicados trazos de tan delicada escultura se dibujaban en aquella luz excesiva, como caprichosas figuras que se forman en un brasero al rojo. Era un océano de fuego, dominado al fondo de la iglesia por un coro dorado, donde se levantaba el altar mayor, cuya gloria habría podido rivalizar con la de un sol naciente. En efecto, el esplendor de las lámparas de oro, de los candelabros de plata, de los estandartes, de las borlas, de los santos y de los exvotos, palidecía ante el relicario en que se encontraba don Juan. El cuerpo del impío resplandecía de pedrería, de flores, cristales, diamantes, oro y plumas tan blancas como las alas de un serafín, y sustituía en el altar a un retablo de Cristo. A su alrededor brillaban numerosos cirios que lanzaban al aire ondas llameantes. El abad de Sanlúcar, adornado con los hábitos pontificios, con su mitra enriquecida de piedras preciosas, su roqueta, su báculo de oro, estaba sentado, rey del coro, en un sillón de un lujo imperial, en medio del clero compuesto por impasibles ancianos de cabellos plateados, revestidos de albas finas y que le rodeaban semejantes a los santos confesores que los pintores agrupan

alrededor del Eterno. El gran chantre y los dignatarios del cabildo, adornados con las brillantes insignias de sus vanidades eclesiásticas, iban y venían en el seno de las nubes formadas por el incienso, semejantes a los astros que ruedan en el firmamento. Cuando llegó la hora del triunfo, las campanas despertaron los ecos del campo, y aquella inmensa asamblea lanzó a Dios el primer grito de alabanza con que comienza el *Te Deum*.

¡Sublime grito! Eran voces puras y ligeras, voces de mujeres en éxtasis unidas a las voces graves y fuertes de los hombres, de millares de voces tan poderosas, que el órgano no dominó el conjunto, a pesar del mugir de sus tubos. Sólo las agudas notas de la voz joven de los niños del coro y los amplios acentos de algunos bajos, suscitaron ideas graciosas, dibujaron la infancia y la fuerza en este arrebatador concierto de voces humanas confundidas en un sentimiento de amor.

—*Te Deum laudamus!*

Aquel canto salía del seno de la catedral negra de mujeres y hombres arrodillados, semejante a una luz que brilla de pronto en la noche; y se rompió el silencio como por el estallido de un trueno. Las voces ascendieron con nubes de incienso que arrojaban entonces velos diáfanos y azulados sobre las fantasías maravillosas de la arquitectura. Todo era riqueza, perfume, luz y melodía. En el instante en que aquella música de amor y de reconocimiento se concentró en el altar, don Juan, demasiado educado como para no dar las gracias, demasiado espiritual, por no decir burlón, respondió con una espantosa carcajada y se acomodó en su relicario. Pero el diablo le hizo pensar en el riesgo que corría de ser tomado por un hombre ordinario, un santo, un Bonifacio, un Pantaleón. Turbó aquella melodía de amor con un aullido al que se unieron las mil voces del infierno. La tierra bendecía, el cielo maldecía. La iglesia tembló en sus antiguos cimientos.

—*Te Deum laudamus!* —decía la asamblea.

—¡Al diablo todos!, ¡sois unas bestias! ¡Dios! ¡Dios!, ¡carajos demonios^[8]!, ¡animales, sois unos estúpidos con vuestro viejo Dios!

Y un torrente de imprecaciones discurrió como un río de lava ardiente en una erupción del Vesubio.

—*Deus sabaoth, sabaoth!* —gritaron los cristianos.

—¡Insultáis la majestad del infierno! —contestó don Juan con un rechinar de dientes.

Pronto pudo el brazo viviente salir por encima del relicario y amenazó a la asamblea con gestos de desesperación e ironía.

—El santo nos bendice —dijeron las viejas mujeres, los niños y los novios, gentes crédulas.

Así somos frecuentemente engañados en nuestras adoraciones. El hombre superior se burla de los que le elogian y elogia en ocasiones a aquellos de los que se

burla en el fondo de su corazón.

Cuando el abad arrodillado ante el altar cantaba:

—*Sancte Johannes, ora pro nobis* —entendió claramente:

—Oh, *coglione!*

—¿Qué pasa ahí arriba? —exclamó el deán al ver moverse el relicario.

—El santo dice diabluras —respondió el abad. Entonces, aquella cabeza viviente se separó violentamente del cuerpo que ya no vivía y cayó sobre el cráneo amarillo del oficiante.

—¡Acuérdate de doña Elvira! —gritó la cabeza devorando la del abad.

Éste profirió un horrible grito que turbó la ceremonia. Todos los sacerdotes corrieron y rodearon a su soberano.

—¡Imbécil!, ¿y dices que hay un Dios? —gritó la voz en el momento en que el abad, mordido en su cerebro, expiraba.

París, octubre 1830.

La obra maestra desconocida

A un lord
1845

I

Gillette

A finales del año 1612, en una fría mañana de diciembre, un joven, pobremente vestido, paseaba ante la puerta de una casa situada en la Rue des Grands-Augustins, en París. Tras haber caminado harto tiempo por esta calle, con la indecisión de un enamorado que no osa presentarse ante su primera amante, por más accesible que ella sea, acabó por franquear el umbral de aquella puerta y preguntó si el maestro François Porbus estaba en casa. Ante la respuesta afirmativa que le dio una vieja ocupada en barrer el vestíbulo, el joven subió lentamente los peldaños, deteniéndose en cada escalón, cual un cortesano inexperto, inquieto por el recibimiento que el rey va a dispensarle. Al llegar al final de la escalera de caracol, permaneció un momento en el rellano, perplejo ante el aldabón grotesco que ornaba la puerta del taller donde, sin lugar a duda, trabajaba el pintor de Enrique IV que María de Médicis había abandonado por Rubens. El joven experimentaba esa profunda sensación que ha debido de hacer vibrar el corazón de los grandes artistas cuando, en el apogeo de su juventud y de su amor por el arte, se han acercado a un hombre genial o a alguna obra maestra. Existe en todos los sentimientos humanos una flor primitiva, engendrada por un noble entusiasmo, que va marchitándose poco a poco hasta que la felicidad no es ya sino un recuerdo, y la gloria una mentira. Entre estas frágiles emociones, nada se parece más al amor que la joven pasión de un artista que inicia el delicioso suplicio de su destino de gloria y de infortunio; pasión llena de audacia y de timidez, de creencias vagas y de desalientos concretos. Quien, ligero de bolsa, de genio naciente, no haya palpitado con vehemencia al presentarse ante un maestro siempre carecerá de una cuerda en el corazón, de un toque indefinible en el pincel, de sentimiento en la obra, de verdadera expresión poética. Aquellos fanfarrones que, pagados de sí mismos, creen demasiado pronto en el porvenir, no son gentes de talento sino para los necios. A este respecto, el joven desconocido parecía tener verdadero mérito, si el talento debe ser medido por esa timidez inicial, por ese pudor indefinible que los destinados a la gloria saben perder en el ejercicio de su arte, como las mujeres bellas pierden el suyo en el juego de la coquetería. El hábito del triunfo atenúa la duda y el pudor es, tal vez, una duda.

Abrumado por la miseria y sorprendido en aquel momento por su propia impertinencia, el pobre neófito no habría entrado en la casa del pintor al que debemos el admirable retrato de Enrique IV, sin la extraordinaria ayuda que le deparó el azar. Un anciano comenzó a subir la escalera. Por la extravagancia de su indumentaria, por

la magnificencia de su gorguera de encaje, por la prepotente seguridad de su modo de andar, el joven barruntó en este personaje al protector o al amigo del pintor; se hizo a un lado en el descansillo para cederle el paso y lo examinó con curiosidad, esperando encontrar en él la buena naturaleza de un artista o el carácter complaciente de quienes aman las artes; pero percibió algo diabólico en aquella cara y, sobre todo, ese no sé qué que atrae a los artistas. Imagine una frente despejada, abombada, prominente, suspendida en voladizo sobre una pequeña nariz aplastada, de remate respingado como la de Rabelais o la de Sócrates; una boca burlona y arrugada, un mentón corto, orgullosamente levantado, guarnecido por una barba gris tallada en punta; ojos verdemar que parecían empañados por la edad, pero que, por contraste con el blanco nacarado en que flotaba la pupila, debían de lanzar, a veces, miradas magnéticas en plenos arrebatos de cólera o de entusiasmo. Además, su semblante estaba singularmente ajado por las fatigas de la edad y, aún más, por esos pensamientos que socavan tanto el alma como el cuerpo. Los ojos ya no tenían pestañas y apenas se veían algunos vestigios de cejas sobre sus salientes arcos. Coloque esta cabeza sobre un cuerpo enjuto y débil, enmárquela en un encaje de blanda resplandeciente, trabajado como una pieza de orfebrería, eche sobre el jubón negro del anciano una pesada cadena de oro, y tendrá una imagen imperfecta de este personaje al que la tenue iluminación de la escalera confería, por añadidura, una coloración fantasmagórica. Diríase un cuadro de Rembrandt avanzando silenciosamente y sin marco en la oscura atmósfera que ha hecho suya este gran pintor. El anciano lanzó al joven una mirada impregnada de sagacidad, golpeó tres veces la puerta, y dijo a un hombre achacoso, de unos cuarenta años, que vino a abrir:

—Buenos días, maestro.

Porbus se inclinó respetuosamente, dejó entrar al joven creyendo que venía con el viejo y se preocupó tanto menos por él cuanto que el neófito permanecía bajo la fascinación que deben de sentir los pintores natos ante el aspecto del primer estudio que ven y donde se revelan algunos de los procedimientos materiales del arte. Una claraboya abierta en la bóveda iluminaba el obrador del maestro Porbus. Concentrada en una tela sujeta al caballete, que todavía no había sido tocada más que por tres o cuatro trazos blancos, la luz del día no alcanzaba las negras profundidades de los rincones de aquella vasta estancia; pero algunos reflejos extraviados encendían, en la sombra rojiza, una lentejuela plateada en el vientre de una coraza de reitre^[9] suspendida de la pared, rayando con un brusco surco de luz la moldura esculpida y encerada de un antiguo aparador cargado de curiosas vajillas, o moteaban de puntos brillantes la trama granada de algunos viejos cortinajes de brocado de oro con grandes pliegues quebrados, arrojados allí como modelos. Vaciados anatómicos de escayola, fragmentos y torsos de diosas antiguas, amorosamente pulidos por los besos de los siglos, cubrían anaqueles y consolas. Innumerables esbozos, estudios con la

técnica de los tres colores, a sanguina o a pluma, cubrían las paredes hasta el techo. Cajas de pigmentos, botellas de aceite y de trementina, banquetas volcadas, dejaban sólo un estrecho paso para llegar bajo la aureola que proyectaba el alto ventanal cuyos rayos caían de lleno sobre el pálido rostro de Porbus y sobre el cráneo marfileño del singular personaje. La atención del joven pronto fue absorbida exclusivamente por un cuadro que, en aquel tiempo de confusión y de revoluciones, ya había llegado a ser célebre, y que visitaban algunos de esos tozudos a los que se debe la conservación del fuego sagrado durante los tiempos difíciles. Este bello lienzo representaba una María Egipcíaca disponiéndose a pagar el pasaje del barco. Esta obra maestra, destinada a María de Médicis, fue vendida por ella en sus días de miseria.

—Tu santa me gusta —dijo el anciano a Porbus— y te daría por ella diez escudos de oro por encima del precio que ofrece la reina; pero ¿pretender lo mismo que ella? ... ¡diablos!

—¿Le gusta?

—¡Hum!, ¡hum! —masculló el anciano— ¿gustar?... pues sí y no. Tu buena mujer no está mal hecha, pero no tiene vida. ¡Ustedes creen haber hecho todo en cuanto han dibujado correctamente una figura y puesto cada cosa en su sitio según las leyes de la anatomía! ¡Colorean ese dibujo con el tono de la carne, preparado de antemano en su paleta, cuidando de que un lado quede más oscuro que otro, y sólo porque miran de vez en cuando a una mujer desnuda puesta en pie sobre una mesa, creen haber copiado la naturaleza, creen ser pintores y haber robado su secreto a Dios!... ¡Prrr! ¡Para ser un gran poeta no basta conocer a fondo la sintaxis y no cometer errores de lenguaje! Mira tu santa, Porbus. A primera vista parece admirable; pero en una segunda ojeada se percibe que está pegada al fondo de la tela y que no se podría rodear su cuerpo. Es una silueta que sólo tiene una cara, es una figura recortada, es una imagen incapaz de volverse o de cambiar de posición. No siento aire entre ese brazo y el ámbito del cuadro; faltan el espacio y la profundidad; sin embargo, la perspectiva es correcta, y la degradación atmosférica está observada con exactitud; pero, a pesar de tan loables esfuerzos, no puedo creer que ese bello cuerpo esté animado por el tibio aliento de la vida. Tengo la impresión de que si pusiera la mano sobre este seno de tan firme redondez, ¡lo encontraría frío como el mármol! No, amigo mío, la sangre no corre bajo esa piel de marfil, la vida no llena con su corriente purpúrea las venas que se entrelazan en retículas bajo la ambarina transparencia de las sienes y del pecho. Este lugar palpita, pero ese otro está inmóvil; la vida y la muerte luchan en cada detalle: aquí es una mujer, allí una estatua, más allá un cadáver. Tu creación está incompleta. No has sabido insuflar sino una pequeña parte de tu alma a tu querida obra. El fuego de Prometeo se ha apagado más de una vez en tus manos y muchas partes de tu cuadro no han sido tocadas por la llama

celeste.

—Pero ¿por qué, mi querido maestro? —dijo respetuosamente Porbus al anciano, mientras que el joven reprimía a duras penas su deseo de golpearlo.

—¡Ah, ahí está! —dijo el anciano menudo—. Has flotado indeciso entre los dos sistemas, entre el dibujo y el color, entre la flema minuciosa, la rigidez precisa de los viejos maestros alemanes, y el ardor deslumbrante, la feliz abundancia de los pintores italianos. Has querido imitar a la vez a Hans Holbein y a Tiziano, a Alberto Durero y a Pablo Veronés. ¡En verdad era una magnífica ambición! Pero ¿qué ocurrió? No has logrado ni el severo encanto de la sequedad, ni las engañosas magias del claroscuro. En este lugar, como un bronce en fusión que revienta su molde demasiado débil, el rico y rubio color de Tiziano ha hecho estallar el magro contorno de Alberto Durero en el que lo habías colado. En otra parte, la línea ha resistido y contenido los magníficos desbordamientos de la paleta veneciana. Tu figura no está ni perfectamente dibujada, ni perfectamente pintada, y lleva por todas partes la huella de esta desgraciada indecisión. Si no te sentías lo bastante fuerte como para fundir en el fuego de tu genio las dos maneras rivales, debías haber optado con franqueza por una u otra, a fin de obtener la unidad que simula uno de los requisitos de la vida. No eres auténtico sino en las partes centrales, tus contornos son falsos, no son envolventes y nada prometen a su espalda. Aquí hay verdad —dijo el anciano señalando el pecho de la santa—. También aquí —continuó, indicando el lugar donde terminaba el hombro en el cuadro—. Pero allí —dijo, volviendo al centro del pecho, todo es falso. No analicemos nada; sólo serviría para desesperarte.

El anciano se sentó en un taburete, apoyó la cabeza en sus manos y quedó en silencio.

—Maestro —le dijo Porbus—, sin embargo he estudiado bien en el desnudo este pecho, pero, para nuestra desgracia, hay efectos verdaderos en la naturaleza que pierden su verosimilitud al ser plasmados en el lienzo...

—¡La misión del arte no es copiar la naturaleza, sino expresarla! ¡Tú no eres un vil copista, sino un poeta! —exclamó con vehemencia el anciano, interrumpiendo a Porbus con un gesto despótico—. ¡De otro modo, un escultor se ahorraría todas sus fatigas sólo con moldear una mujer! Pues bien, intenta moldear la mano de tu amante y colocarla ante ti; te encontrarás ante un horrible cadáver sin ningún parecido, y te verás forzado a recurrir al cincel del hombre que, sin copiártela exactamente, representará su movimiento y su vida. Tenemos que captar el espíritu, el alma, la fisonomía de las cosas y de los seres. ¡Los efectos!, ¡los efectos! ¡Pero si éstos son los accidentes de la vida, y no la vida misma! Una mano, ya que he puesto este ejemplo, no se relaciona solamente con el cuerpo, sino que expresa y continúa un pensamiento que es necesario captar y plasmar. ¡Ni el pintor, ni el poeta, ni el escultor deben separar el efecto de la causa, que están irrefutablemente el uno en la otra! ¡Ésa es la

verdadera lucha! Muchos pintores triunfan instintivamente sin conocer esta cuestión del arte. ¡Dibujan una mujer, pero no la ven! No es así como se consigue forzar el arcano de la naturaleza. La mano de ustedes reproduce, sin pensarlo, el modelo que han copiado con su maestro. No profundizan en la intimidad de la forma, no la persiguen con el necesario amor y perseverancia en sus rodeos y en sus huidas. La belleza es severa y difícil y no se deja alcanzar así como así; es preciso esperar su momento, espiarla, cortejarla con insistencia y abrazarla estrechamente para obligarla a entregarse. La Forma es un Proteo mucho menos aprehensible y más rico en repliegues que el Proteo de la fábula. Sólo tras largos combates se la puede obligar a mostrarse bajo su verdadero aspecto; ustedes, ustedes se contentan con la primera apariencia que les ofrece, o todo lo más con la segunda, o con la tercera; ¡no es así como actúan los luchadores victoriosos! Los pintores invictos que no se dejan engañar por todos estos subterfugios, sino que perseveran hasta constreñir a la naturaleza a mostrarse totalmente desnuda y en su verdadero significado. Así procedió Rafael —dijo el anciano, quitándose el gorro de terciopelo negro para expresar el respeto que le inspiraba el rey del arte—; su gran superioridad proviene del sentido íntimo que, en él, parece querer quebrar la Forma. La Forma es, en sus figuras, lo que es para nosotros: un medio para comunicar ideas, sensaciones; una vasta poesía. Toda figura es un mundo, un retrato cuyo modelo ha aparecido en una visión sublime, teñido de luz, señalado por una voz interior, desnudado por un dedo celeste que ha descubierto, en el pasado de toda una vida, las fuentes de la expresión. Ustedes representan a sus mujeres con bellas vestiduras de carne, con hermosas colgaduras de cabellos, pero ¿dónde está la sangre que engendra la calma o la pasión y que causa peculiares efectos? Tu santa es una mujer morena, pero esto, mi pobre Porbus, ¡es una rubia! Sus figuras son, pues, pálidos fantasmas coloreados que nos pasean ante los ojos, y llaman a esto pintura y arte. Sólo porque han hecho algo que se parece más a una mujer que a una casa, creen haber alcanzado la meta y, orgullosos de no estar ya obligados a escribir, junto a sus figuras, *currus venustus* o *pulcher homo*^[10] como los primeros pintores, ¡se creen artistas maravillosos! ¡Ja, ja! aún están lejos, mis esforzados compañeros; necesitan utilizar muchos lápices, cubrir muchas telas antes de llegar. ¡Ciertamente, una mujer porta su cabeza de esta manera, sostiene su falda así, sus ojos languidecen y se diluyen con ese aire de dulzura resignada, la sombra palpitante de las pestañas flota así sobre las mejillas! Es eso, y no es eso. ¿Qué falta, pues? Una nadería, pero esa nada lo es todo. Han conseguido la apariencia de la vida, pero no han logrado expresar su desbordante plenitud, ése no sé qué que es quizá el alma y que flota como una bruma sobre la forma exterior; en fin, esa flor de vida que Tiziano y Rafael supieron sorprender. Partiendo del punto extremo al que han llegado, tal vez se podría hacer una excelente pintura, pero se cansan demasiado pronto. El vulgo admira pero el verdadero entendido sonrío. ¡Oh

Mabuse, oh maestro mío! —añadió el singular personaje—; ¡eres un ladrón, te llevaste contigo la vida! Excepto por esto —continuó—, esta tela es mejor que las pinturas de ese bellaco de Rubens con sus montañas de carnes flamencas, espolvoreadas de bermellón, sus ondulaciones de cabelleras rubias y su alboroto de colores. Ustedes, al menos, tienen color, sentimiento y dibujo, las tres partes esenciales del Arte.

—¡Pero si esta santa es sublime, señor mío! —exclamó en voz alta el joven, saliendo de un arrobamiento profundo—. Estas dos figuras, la de la santa y la del barquero, tienen una agudeza de intención ignorada por los pintores italianos; no conozco ni uno que hubiera ideado la indecisión del barquero.

—¿Este pequeño bribón viene con usted? —preguntó Porbus al anciano.

—¡Ay, maestro!, perdone mi osadía —respondió el neófito, sonrojándose—. Soy un desconocido, un pintamonas instintivo, llegado hace poco a esta ciudad, fuente de todo conocimiento.

—¡Manos a la obra! —le dijo Porbus, ofreciéndole un lapicero rojo y una hoja de papel.

El desconocido copió con destreza la figura de María, de un trazo.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó el anciano—. ¿Su nombre?

El joven escribió debajo Nicolás Poussin.

—No está mal para un principiante —dijo el singular personaje de disparatado discurso—. Veo que se puede hablar de pintura en tu presencia. No te censuro por haber admirado la santa de Porbus. Es una obra maestra para todo el mundo, y sólo los iniciados en los más profundos arcanos del arte pueden descubrir en qué falla. Pero, ya que eres digno de la lección y capaz de comprender, te voy a mostrar lo poco que se necesitaría para completar esta obra. Abre bien los ojos y préstame toda tu atención: tal vez jamás se te presente una ocasión como ésta para instruirte. ¡Tu paleta, Porbus!

Porbus fue a buscar paleta y pinceles. El viejecillo se arremangó con un movimiento de convulsiva brusquedad, pasó su pulgar a través de la paleta que Porbus le tendía, salpicada de diversos colores y cargada de tonalidades; más que cogerlo, le arrancó de las manos un puñado de pinceles de todos los tamaños, y su puntiaguda barba se agitó, de pronto, por impacientes esfuerzos que expresaban el prurito de una amorosa fantasía.

Mientras cargaba el pincel de color, murmuraba entre dientes:

—He aquí tonalidades que habría que tirar por la ventana con quien las ha preparado; son de una crudeza y de una falsedad indignantes; ¿cómo se puede pintar con esto?

Después, con una vivacidad febril, mojaba la punta del pincel en las diferentes masas de colores, cuya gama entera recorría, algunas veces, con más rapidez que un

organista de catedral al recorrer toda la extensión de su teclado en el *O Filii* de Pascua.

Porbus y Poussin se mantenían inmóviles, cada uno a un lado del lienzo, sumidos en la más intensa contemplación.

—Mira, joven —dijo el anciano sin volverse—, ¡observa cómo, con tres o cuatro toques y una pequeña veladura azulada, es posible hacer circular el aire alrededor de la cabeza de esta pobre santa que se ahogaba, prisionera en aquella espesa atmósfera! ¡Mira cómo revolotea ahora este paño y cómo se percibe que la brisa lo levanta! Antes tenía el aspecto de una tela almidonada y sostenida con alfileres. ¿Ves cómo el brillante satinado que acabo de poner sobre el pecho expresa la carnosa suavidad de una piel de jovencita, y cómo el tono mezclado de marrón rojizo y de ocre calcinado, calienta la frialdad gris de esta gran sombra, en la que la sangre se coagulaba en vez de fluir? Joven, joven, lo que te estoy enseñando, ningún maestro podría enseñártelo. Sólo Mabuse poseía el secreto de dar vida a las figuras. Mabuse sólo tuvo un discípulo, que soy yo. ¡Yo no he tenido ninguno y ya soy viejo! Tienes inteligencia suficiente para adivinar el resto, a partir de lo que te dejo entrever.

Mientras hablaba, el insólito anciano tocaba todas las partes del cuadro: aquí dos toques de pincel, allí uno sólo, pero siempre tan acertados que diríase una nueva pintura, una pintura inundada de luz. Trabajaba con un ardor tan apasionado que el sudor perlaba su frente despejada; se movía con tal rapidez, con pequeños movimientos tan impacientes, tan bruscos, que al joven Poussin le parecía que hubiera en el cuerpo del estrambótico personaje un demonio que actuaba a través de sus manos, asiéndolas mágicamente, contra su voluntad. El brillo sobrenatural de los ojos y las convulsiones que parecían el efecto de una resistencia interior, conferían a esta idea una apariencia de verdad que debía de influir en la imaginación del joven. El anciano iba diciendo:

—¡Paf, paf, paf! ¡Así es cómo esto se emplasta, joven! ¡Vengan, mis pequeños toques, hagan enrojecer este tono glacial! ¡Vamos a ello!, ¡pom!, ¡pom!, ¡pom! —decía, dando calor a las partes en las que había notado una falta de vida, haciendo desaparecer, por medio de algunas capas de color, las diferencias de temperamento y restableciendo así la unidad de tono que requería una ardiente Egipciaca.

—Ves, muchacho, sólo importa la última pincelada. Porbus ha dado cien; yo, sólo una. Nadie sabe lo que hay debajo. ¡Tenlo bien en cuenta!

Por fin se detuvo aquel demonio y volviéndose hacia Porbus y Poussin, mudos de admiración, les dijo:

—Esto no está todavía a la altura de mi Belle Noiseuse; no obstante, el autor podría firmar semejante obra. Sí, yo la firmaría —añadió levantándose para coger un espejo, en el que la miró—. Ahora vamos a comer —dijo—. Vengan ambos a mi casa. ¡Tengo jamón ahumado y buen vino! ¡Vamos! ¡A pesar de los malos tiempos,

hablaremos de pintura! De eso entendemos. Tenemos aquí un jovenzuelo que tiene buena mano —añadió, dando una palmada en el hombro de Nicolás Poussin.

Reparando entonces en la miserable casaca del normando, sacó de su cinto una bolsa de piel, hurgó en ella, tomó dos monedas de oro y, enseñándoselas, le dijo:

—Compro tu dibujo.

—Cógelas —dijo Porbus a Poussin viéndolo estremecerse y enrojecer de vergüenza, pues este joven iniciado tenía el orgullo del pobre—. ¡Vamos, cógelas, tiene en su escarcela el precio del rescate de dos reyes!

Bajaron los tres del estudio y caminaron, departiendo sobre las artes, hasta llegar a una hermosa casa de madera, situada cerca del Pont Saint-Michel, cuyos ornamentos —el aldabón, los marcos de los enrejados, los arabescos— maravillaron a Poussin. El pintor en ciernes se encontró de golpe en una estancia de la planta baja, ante un buen fuego, cerca de una mesa cargada de apetitosos manjares y, por una extraordinaria ventura, en compañía de dos grandes artistas llenos de sencillez.

—Joven —le dijo Porbus, al verlo embelesado ante un cuadro— no mire demasiado esa tela; pues caería en la desesperación.

Era el Adán que hizo Mabuse para salir de la prisión en la que sus acreedores lo retuvieron largo tiempo. Aquella figura emanaba, en efecto, tal poder de realidad, que Nicolás Poussin empezó a comprender, desde ese momento, el verdadero sentido de las confusas palabras dichas por el anciano, que miraba el cuadro con aire de satisfacción, pero sin entusiasmo, y que parecía decir: «¡Yo he hecho cosas mejores!».

—Tiene vida —dijo—; mi pobre maestro se ha superado, pero aún falta un poco de verdad en el fondo del lienzo. El hombre está realmente vivo, se levanta y va a venir hacia nosotros. Pero el aire, el cielo, la brisa que respiramos, vemos y sentimos, no están presentes. ¡Además, ahí todavía no hay más que un hombre! Ahora bien, el único hombre salido directamente de las manos de Dios debería tener algo divino, que aquí falta. El mismo Mabuse lo decía con despecho cuando no estaba borracho.

Poussin miraba alternativamente al anciano y a Porbus, con inquieta curiosidad. Se acercó a éste como para preguntarle el nombre de su anfitrión, pero el pintor se puso un dedo en los labios con un aire de misterio, y el joven, vivamente interesado, guardó silencio, esperando que tarde o temprano alguna palabra le permitiera adivinar el nombre de su anfitrión, cuya riqueza y talentos se hallaban suficientemente atestiguados por el respeto que Porbus le manifestaba y por las maravillas acumuladas en aquella sala.

Poussin, al ver sobre la oscura madera de roble que revestía las paredes, un magnífico retrato de mujer, exclamó:

—¡Qué bello Giorgione!

—¡No! —respondió el anciano—; ¡está viendo uno de mis primeros garabatos!

—¡Por mi vida! Entonces estoy ante el dios de la pintura —dijo cándidamente Poussin.

El anciano sonrió como hombre familiarizado desde mucho tiempo atrás con tales elogios.

—¡Maestro Frenhofer! —dijo Porbus—, ¿podría conseguirme un poco de su excelente vino del Rin?

—Dos barricas —respondió el anciano—. Una como compensación por el placer que he tenido esta mañana viendo tu preciosa pecadora, y la otra como regalo de amistad.

—¡Ah!, si yo no estuviera siempre indispuerto —respondió Porbus—, y si usted me permitiera ver su Belle Noiseuse, yo podría realizar alguna pintura alta, ancha y profunda, en la que las figuras fueran de tamaño natural.

—¡Mostrar mi obra! —exclamó el anciano, emocionado—. No, no, aún debo perfeccionarla. Ayer, al atardecer —dijo—, creí haberla acabado. Sus ojos me parecían húmedos, su carne palpitaba. Las trenzas de sus cabellos se movían. ¡Respiraba! Si bien he encontrado el medio de plasmar en una tela plana, el relieve y la redondez de la naturaleza, esta mañana, con la luz del día, he reconocido mi error. ¡Ah!, para llegar a este glorioso resultado he estudiado a fondo los grandes maestros del color, he analizado y levantado, capa por capa, los cuadros de Tiziano, el rey de la luz; como ese soberano pintor, he esbozado mi figura en un tono claro, con un empaste ligero y nutrido, pues la sombra no es más que un accidente; recuerda esto, muchacho. Después, he vuelto a mi obra y, utilizando medias tintas y veladuras, cuya transparencia disminuía cada vez más, he obtenido las sombras más vigorosas y hasta los negros más profundos; pues las sombras de los pintores mediocres son de distinta naturaleza que sus tonos iluminados; es madera, es bronce, es todo lo que quieran, excepto carne en la sombra. Se tiene la sensación de que si su figura cambiara de posición, los lugares sombreados no quedarían nítidos y no se tornarían luminosos. ¡He evitado este defecto, en el que han caído muchos de los más ilustres y, en mi caso, la blancura se manifiesta bajo la opacidad de la sombra más persistente! Mientras que una multitud de ignorantes cree dibujar correctamente porque traza una línea cuidadosamente perfilada, yo no he marcado con rigidez los bordes exteriores de mi figura, ni he resaltado hasta el menor detalle anatómico, porque el cuerpo humano no acaba en líneas. En esto los escultores pueden acercarse a la verdad más que nosotros. La naturaleza comporta una sucesión de redondeces que se involucran unas en otras. Hablando con rigor, ¡el dibujo no existe! ¡No se ría, joven! Por más singular que le parezca esta afirmación, algún día comprenderá sus razones. La línea es el medio por el que el hombre percibe el efecto de la luz sobre los objetos; pero no hay líneas en la naturaleza, donde todo está lleno: es modelando como se dibuja, es decir, como se extraen las cosas del medio en el que están. ¡La distribución de la luz

da, por sí misma, la apariencia al cuerpo! Por eso no he fijado las líneas, sino que he esparcido en los contornos una nube de medias tintas rubias y cálidas que impide que se pueda poner el dedo con precisión en el lugar donde los contornos se encuentran con los fondos. De cerca, este trabajo parece blando y falto de precisión, pero a dos pasos todo se consolida, se detiene, se separa; el cuerpo gira, las formas toman relieve, se siente circular el aire alrededor. Sin embargo aún no estoy contento; tengo dudas. Quizá fuera necesario no dibujar ni un solo trazo, y fuera mejor abordar una figura por su parte media, fijándose primero en lo que resalta por estar más iluminado, para pasar, a continuación, a las partes más oscuras. ¿Acaso no procede de esta guisa el sol, ese divino pintor del universo? ¡Oh, naturaleza! ¡Naturaleza! ¿Quién ha logrado jamás sorprenderte en tus huidas? Sepan que el exceso de conocimiento, al igual que la ignorancia, acaba en una negación. ¡Yo dudo de mi obra!

El anciano hizo una pausa y después continuó:

—Hace diez años que trabajo, joven, pero ¿qué son diez cortos años cuando se trata de luchar contra la naturaleza? ¡Ignoramos cuánto tiempo empleó el señor Pigmalión en hacer la única estatua que jamás haya caminado!

El viejo se sumió en una profunda ensoñación y permaneció con la mirada fija, jugando mecánicamente con su cuchillo.

—Helo aquí en conversación con su espíritu —dijo Porbus en voz baja.

Ante este comentario, Nicolás Poussin se sintió bajo el poder de una inexplicable curiosidad de artista. Ese anciano, con los ojos en blanco, absorto y estupefacto, que se había convertido para él en algo más que un hombre, se le manifestó como un genio lunático que vivía en una esfera desconocida. Le despertaba mil confusas ideas en el alma. El fenómeno moral de esta especie de fascinación no puede definirse, al igual que no puede traducirse la emoción suscitada por un canto que recuerda la patria en el corazón del exiliado. El desprecio que el anciano parecía manifestar hacia las más bellas tentativas del arte, su riqueza, sus maneras, las diferencias que Porbus le manifestaba; aquella obra mantenida tanto tiempo en secreto, obra de paciencia, obra de genio sin duda, a juzgar por la cabeza de la Virgen que el joven Poussin había admirado tan francamente y que, bella incluso comparada con el Adán de Mabuse, atestiguaba el hacer imperial de uno de los príncipes del arte. Todo en ese anciano iba más allá de los límites de la naturaleza humana. Lo que la rica imaginación de Nicolás Poussin pudo aprehender de forma clara y perceptible viendo a este ser sobrenatural, era una imagen completa de la naturaleza del artista, de esa naturaleza loca a la que tantos poderes son confiados y de los que, demasiado a menudo, abusa, arrastrando consigo a la fría razón, a los burgueses e incluso a algunos aficionados, a través de mil caminos pedregosos a un lugar donde, para ellos, nada hay, mientras que, retozando en sus fantasías, esa muchacha de alas blancas descubre allí epopeyas, castillos y obras de arte. ¡Naturaleza burlona y buena, fecunda y pobre! Así, para el

entusiasta Poussin, este anciano, por una transfiguración súbita, se había convertido en el Arte mismo, el arte con sus secretos, sus arrebatos y sus ensoñaciones.

—Sí, querido Porbus —prosiguió Frenhofer—, hasta ahora no he podido encontrar una mujer intachable, un cuerpo cuyos contornos sean de una belleza perfecta y cuyas encarnaciones... ¿Pero dónde se encuentra, viva —dijo, interrumpiéndose—, esa Venus de los antiguos, imposible de hallar, siempre buscada y de la que apenas encontramos algunas bellezas dispersas? ¡Oh, por ver un momento, una sola vez, la naturaleza divina, completa, el ideal, en fin, daría toda mi fortuna; iría a buscarte hasta tus limbos, celestial belleza! Como Orfeo, descendería al infierno del arte para recuperar de allí la vida.

—Podemos marcharnos —le dijo Porbus a Poussin—, ¡ya no nos oye, ya no nos ve!

—Vamos a su taller —respondió el joven maravillado.

—¡Oh!, el viejo reitre ha sabido custodiar la entrada. Sus tesoros están demasiado bien guardados como para que podamos llegar hasta ellos. No he esperado el parecer y la ocurrencia de usted para intentar el asalto al misterio.

—¿Hay, pues, un misterio?

—Sí —respondió Porbus—. El viejo Frenhofer es el único discípulo que Mabuse quiso tener. Convertido en su amigo, su salvador, su padre, Frenhofer sacrificó la mayoría de sus tesoros para satisfacer las pasiones de Mabuse; a cambio, Mabuse le legó el secreto del relieve, la facultad de dar a las figuras esa vida extraordinaria, esa flor natural, nuestra eterna desesperación, cuya factura a tal punto dominaba, que un día, habiendo vendido y bebido el damasco de flores con el que debía vestirse para presenciar la entrada de Carlos Quinto, acompañó a su maestro con una vestimenta de papel adamascado, pintado. El brillo peculiar de la estofa que llevaba Mabuse sorprendió al emperador, quien, al querer felicitar por ello, al protector del viejo borracho, descubrió la superchería. Frenhofer es un hombre apasionado por nuestro arte, que ve más alto y más lejos que los demás pintores. Ha meditado profundamente sobre los colores y sobre la verdad absoluta de la línea; pero, a fuerza de búsquedas, ha llegado a dudar del objeto mismo de sus investigaciones. En sus momentos de desesperación pretende que el dibujo no existe, y que con líneas sólo se pueden representar figuras geométricas; cosa que está más allá de la verdad, ya que con el trazo negro, que no es un color, se puede hacer una figura; lo que prueba que nuestro arte, al igual que la naturaleza, está compuesto por una infinidad de elementos: el dibujo proporciona un esqueleto, el color es la vida, pero la vida sin el esqueleto es algo más incompleto que el esqueleto sin la vida. En fin, hay algo más verdadero que todo esto, y es que la práctica y la observación lo son todo para un pintor, y que si el razonamiento y la poesía disputan con los pinceles, se acaba dudando como ese buen hombre, que es tan loco como pintor. Pintor sublime, tuvo la desgracia de nacer rico,

lo que le ha permitido divagar. ¡No lo imite! ¡Trabaje! Los pintores no deben meditar sino con los pinceles en la mano.

—¡Entraremos en su estudio! —exclamó Poussin sin escuchar ya a Porbus y sin dudar ya de nada.

Porbus sonrió ante el entusiasmo del joven desconocido y se despidió de él, invitándolo a ir a visitarlo.

Nicolás Poussin regresó con pasos lentos hacia la Rue de la Harpe, y, sin darse cuenta, pasó de largo la modesta posada donde se alojaba. Subiendo con inquieta celeridad su miserable escalera llegó a una habitación en el piso alto, situada bajo una techumbre de entramado, sencilla y ligera cubierta de las casas del viejo París. Cerca de la única y sombría ventana de esta habitación vio a una muchacha que, al ruido de la puerta, se irguió al instante, impulsada por el amor; había reconocido al pintor por su forma de girar el picaporte.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—¡Me pasa, me pasa —gritó él, sofocado por el placer—, que me he sentido pintor! ¡Hasta ahora, había dudado de mí, pero esta mañana he creído en mí mismo! ¡Puedo ser un gran hombre! ¡Animo, Gillette, seremos ricos, felices! Hay oro en estos pinceles.

Pero calló de repente. Su rostro grave y vigoroso perdió la expresión de alegría en cuanto comparó la inmensidad de sus esperanzas con la mediocridad de sus recursos. Las paredes estaban cubiertas por simples papeles llenos de bocetos a lápiz. No poseía ni siquiera cuatro lienzos utilizables. Los pigmentos tenían entonces precios elevados, y el pobre hidalgo contemplaba su paleta casi desnuda. En medio de esta miseria, sentía y poseía increíbles riquezas en su corazón, y la plétora de un genio devorador. Llevado a París por un gentil hombre amigo, o quizás por su propio talento, había encontrado de inmediato una amante, una de esas almas nobles y generosas destinadas a sufrir junto a un gran hombre, cuyas miserias abrazan y cuyos caprichos se esfuerzan por comprender; fuertes para la miseria y el amor, como otras son intrépidas para llevar el lujo, para hacer ostentación de su insensibilidad. La sonrisa errante en los labios de Gillette doraba ese desván y rivalizaba con el esplendor del cielo. El sol no siempre brillaba, pero ella siempre estaba allí, recogida en su pasión, aferrada a su felicidad, a su sufrimiento, consolando al genio que se desbordaba en el amor antes de adueñarse del arte.

—Escucha, Gillette, ven.

La obediente y alegre joven saltó sobre las rodillas del pintor. Era toda gracia, toda belleza, hermosa como una primavera, adornada con todas las riquezas femeninas e iluminándolas con el fuego de un alma bella.

—¡Oh Dios! —exclamó él—, jamás me atrevería a decirle...

—¿Un secreto? —prosiguió ella—; quiero saberlo.

Poussin quedó pensativo.

—Habla, pues.

—¡Gillette!, ¡pobre corazón amado!

—¡Oh! ¿Quieres algo de mí?

—Sí.

—Si deseas que vuelva a posar para ti como el otro día —continuó ella con un aire ligeramente mohíno—, no accederé nunca más porque en tales momentos, tus ojos no me dicen nada. Dejas de pensar en mí aunque me estés mirando.

—¿Preferirías verme copiando a otra mujer?

—Tal vez —dijo ella—, si fuera muy fea.

—Veamos —continuó Poussin con seriedad—, ¿si para mi futura gloria, si para que llegue a ser un gran pintor, fuera necesario que posaras para otro?

—Quieres ponerme a prueba —dijo ella—. Bien sabes que no lo haría.

Poussin dejó caer la cabeza sobre el pecho, como un hombre que sucumbe a una alegría o a un dolor demasiado fuerte para su alma.

—Escucha —dijo ella tirando a Poussin de la manga de su gastado jubón—: te he dicho, Nick, que daría mi vida por ti, pero nunca te he prometido renunciar a mi amor, mientras viva.

—¿Renunciar? —exclamó Poussin.

—Si me mostrara así a otro, dejarías de amarme. Y yo misma me encontraría indigna de ti. Obedecer tus caprichos, ¿no es algo natural y sencillo? Muy a mi pesar, soy dichosa e incluso me siento orgullosa de hacer tu santa voluntad. Pero, para otro, ¡qué asco!

—Perdóname, querida Gillette —dijo el pintor cayendo de rodillas—. Prefiero ser amado a ser famoso. Para mí eres más bella que la fortuna y los honores. Anda, tira mis pinceles, quema estos bocetos. Me he equivocado. Mi vocación es amarte. No soy pintor, soy enamorado. ¡Mueran el arte y todos sus secretos!

Ella lo admiraba feliz, seducida. Reinaba, sentía instintivamente que, por ella, las artes eran olvidadas y arrojadas a sus pies como un grano de incienso.

—Sin embargo, se trata sólo de un anciano —continuó Poussin—. No podrá ver en ti más que a la mujer. ¡Eres tan perfecta!

—Hay que amar —exclamó ella, dispuesta a sacrificar sus escrúpulos de amor para recompensar a su amante por todos los sacrificios que hacía por ella—. Pero —prosiguió— eso sería perderme. ¡Ah! perderme por ti. Sí, ¡eso es realmente hermoso! Pero me olvidarás. ¡Oh, qué mala ocurrencia has tenido!

—La he tenido y, no obstante, te amo —dijo él con aire contrito—; pero soy un infame.

—¿Y si lo consultamos con el padre Hardouin? —dijo ella.

—¡Oh no! Que sea un secreto entre nosotros dos.

—Está bien, iré; pero tú no estés presente —dijo—. Quédate en la puerta, armado con tu daga; si grito, entra y mata al pintor.

Pensando sólo en su arte, Poussin estrechó a Gillette entre sus brazos.

—¡Ya no me ama! —pensó Gillette cuando se encontró sola.

Ella se arrepentía ya de su decisión. Pero pronto fue presa de un espanto más cruel que su arrepentimiento, y se esforzó en rechazar un horrible pensamiento que crecía en su corazón. Creía amar ya menos al pintor, presintiéndolo menos digno de amor que antes.

II

Catherine Lescault

Tres meses después del encuentro de Poussin con Porbus, éste fue a visitar al maestro Frenhofer. El anciano, en ese momento, era víctima de una de esas depresiones profundas y espontáneas cuya causa se encuentra, de creer a los matemáticos de la medicina, en una mala digestión, en el viento, en el calor o en cualquier empacho de los hipocondrios y, según los espiritualistas, en la imperfección de nuestra naturaleza moral. El pobre hombre, pura y simplemente, se había agotado perfeccionando su misterioso cuadro. Estaba lánguidamente sentado en un amplio sillón de roble esculpido y guarnecido con cuero negro; sin abandonar su actitud melancólica, miró a Porbus desde el fondo de su hastío.

—¿Qué ocurre, maestro? —le dijo Porbus—, el color ultramar que fue a buscar a Brujas, ¿era malo? ¿No puede desleír su nuevo blanco? ¿Se ha alterado su aceite o se le resisten los pinceles?

—¡Ay de mí! —exclamó el anciano—; por un momento he creído que mi obra estaba terminada; pero ciertamente me he equivocado en algunos detalles y no estaré tranquilo hasta que haya esclarecido mis dudas. He decidido viajar a Turquía, a Grecia y a Asia para buscar allí una modelo y comparar mi cuadro con diferentes naturalezas. Tal vez tenga allí arriba —continuó, dejando escapar una sonrisa de satisfacción— la naturaleza misma. A veces casi temo que un soplo despierte a esa mujer y que se me vaya.

Después se levantó, de repente, como para irse.

—¡Oh, oh! —respondió Porbus—, llego a tiempo para evitarle el gasto y las fatigas del viaje.

—¿Cómo? —preguntó Frenhofer asombrado.

—El joven Poussin es amado por una mujer cuya incomparable belleza carece de imperfección alguna. Pero, mi querido maestro, si él consiente en prestársela, al menos tendría usted que permitirnos ver su pintura.

El anciano permaneció de pie, inmóvil, en un estado de absoluta consternación.

—¡Cómo! —exclamó al fin, dolorido—. ¿Enseñar mi criatura, mi esposa? ¿Rasgar el velo bajo el que castamente he cubierto mi felicidad? ¡Eso sería una abominable prostitución! Hace ya diez años que vivo con esa mujer; es mía, sólo mía, ella me ama. ¿Acaso no me ha sonreído a cada pincelada que le he dado? Tiene un alma, el alma que yo le he dado. Se ruborizaría si una mirada distinta a la mía se posara en ella. ¡Enseñarla! ¿Qué marido, qué amante sería tan vil como para llevar a

su mujer a la deshonra? Cuando haces un cuadro para la corte, no pones toda tu alma en él; ¡no vendes a los cortesanos más que maniquís coloreados! Mi pintura no es una pintura; ¡es un sentimiento, una pasión! Nacida en mi taller, ha de permanecer virgen en él y sólo puede salir de allí vestida. ¡La poesía y las mujeres no se entregan, desnudas, sino a sus amantes! ¿Poseemos acaso la modelo de Rafael, la Angélica de Ariosto, la Beatriz de Dante? ¡No! Sólo vemos sus Formas. Pues bien, la obra que guardo arriba, bajo cerrojos, es una excepción en nuestro arte. No es un cuadro, ¡es una mujer!, una mujer con la que lloro, río, charlo y pienso. ¿Pretendes que, de repente, abandone una felicidad de diez años como se tira un abrigo? ¿Que, de golpe, deje de ser padre, amante y Dios? Esa mujer no es una criatura, es una creación. Que venga tu joven amigo y le daré mis tesoros, le daré cuadros de Correggio, de Miguel Ángel, de Tiziano, besaré la huella de sus pasos en el polvo, pero ¿convertirlo en mi rival? ¡Qué vergüenza! ¡Ay! soy aún más amante que pintor. Sí, tendré fuerzas para quemar mi Belle Noiseuse cuando esté a punto de exhalar mi último aliento, pero ¿hacerle soportar la mirada de un hombre, de un joven, de un pintor? ¡No, no! ¡Mataría al día siguiente a quien la hubiera mancillado con una mirada! ¡Te mataría al momento, a ti, mi amigo, si no la saludaras de rodillas! ¿Pretendes ahora que someta mi ídolo a las frías miradas y a las estúpidas críticas de los imbéciles? ¡Aj! El amor es un misterio, sólo puede vivir en el fondo de los corazones y todo está perdido cuando un hombre dice, siquiera sea a su amigo:

—¡He aquí aquélla a la que amo!

El anciano parecía haber rejuvenecido; sus ojos tenían brillo y vida, sus pálidas mejillas habían adquirido un matiz de un rojo encendido, y sus manos temblaban. Porbus, asombrado por la violencia apasionada con que estas palabras fueron dichas, no sabía qué responder ante un sentimiento tan nuevo como profundo. ¿Frenhofer estaba cuerdo o loco? ¿Estaba dominado por una fantasía de artista, o acaso las ideas que había expresado procedían de ese fanatismo inefable producido en nosotros por el largo alumbramiento de una gran obra? ¿Existía alguna esperanza de poder convivir con esa extraña pasión?

Dominado por todos estos pensamientos, Porbus dijo al anciano:

—¿Pero no se trata de mujer por mujer?; ¿no entrega Poussin su amante a las miradas de usted?

—¿Qué amante? —respondió Frenhofer—. Ella lo traicionará tarde o temprano. ¡La mía siempre me será fiel!

—¡Está bien! —continuó Porbus—, no se diga más. Pero antes de que usted encuentre, siquiera en Asia, una mujer tan bella, tan perfecta como aquélla de la que habló, usted quizás habrá muerto sin haber acabado su cuadro.

—¡Oh!, ya está acabado —dijo Frenhofer—. Quien lo viese creería llegar a percibir una mujer echada sobre un lecho de terciopelo, bajo unos cortinajes. Cerca

de ella un trébedes de oro exhala perfumes. Estarías tentado de coger la borla de los cordones que retienen las cortinas, y te parecería ver el seno de Catherine Lescault, una bella cortesana llamada la Belle Noiseuse, traducir el movimiento de su respiración. No obstante, querría estar seguro...

—Ve, pues, a Asia —respondió Porbus al percibir una cierta vacilación en la mirada de Frenhofer.

Y Porbus dio algunos pasos hacia la puerta de la estancia.

En ese momento, Gillette y Nicolás Poussin habían llegado a la morada de Frenhofer. Cuando la muchacha estaba a punto de entrar, soltó el brazo del pintor y retrocedió como si hubiera sido presa de algún súbito presentimiento.

—¿Pero qué hago yo aquí? —preguntó a su amante con una voz profunda y mirándolo fijamente.

—Gillette, estoy en tus manos y quiero complacerte en todo. Eres mi conciencia y mi gloria. Vuelve a casa, sería más feliz, tal vez, que si tú...

—¿Soy dueña de mí misma cuando me hablas así? ¡Oh, no!, no soy más que una niña. Vamos, —añadió, pareciendo hacer un tremendo esfuerzo—; si nuestro amor muere y si sufro en mi corazón una permanente pena, ¿no será tu celebridad el precio de mi obediencia a tus deseos? Entremos, eso supondrá vivir, aunque no sea sino como un recuerdo, para siempre, en tu paleta.

Al abrir la puerta de la casa, los amantes se encontraron con Porbus, quien, sorprendido por la belleza de Gillette cuyos ojos estaban, en ese momento, llenos de lágrimas, la asió, toda temblorosa, y la llevó ante el anciano:

—Mírela —dijo—, ¿no vale todas las obras maestras del mundo?

Frenhofer se estremeció. Gillette estaba allí en la actitud candorosa y sencilla de una joven georgiana inocente y atemorizada, raptada y ofrecida por unos bandidos a un traficante de esclavos cualquiera. Un púdico rubor coloreaba su rostro, bajaba los ojos, sus manos colgaban a ambos lados, sus fuerzas parecían abandonarla y las lágrimas protestaban contra la violencia hecha a su pudor. En ese momento Poussin, lamentando haber sacado aquel bello tesoro de su buhardilla, se maldijo a sí mismo. Se tornó más amante que artista y mil escrúpulos le torturaron el corazón al ver la mirada rejuvenecida del anciano, quien, con hábito de pintor, desnudó, por decirlo de alguna manera, a esta muchacha, adivinando sus más secretas formas. Entonces recayó en los feroces celos del verdadero amor.

—¡Gillette, vámonos! —gritó.

Ante esa intensidad, ante ese grito, su amante, alborozada, levantó la mirada hacia él, lo vio y corrió a sus brazos.

—¡Ah!, me amas, pues —respondió ella, deshaciéndose en lágrimas.

Tras haber tenido la entereza necesaria para callar su sufrimiento, le faltaban fuerzas para ocultar su felicidad.

—¡Oh!, déjemela por un momento —dijo el viejo pintor—, y podrá compararla con mi Catherine. Sí, acepto el reto.

Aún había pasión en la exclamación de Frenhofer. Parecía galantear con su ficción de mujer y gozar, por adelantado, del triunfo que la belleza de su virgen iba a obtener frente a la de una joven verdadera.

—No le permita desdecirse —exclamó Porbus dando una palmada en el hombro de Poussin—. Los frutos del amor son efímeros; los del arte son inmortales.

—Para él —respondió Gillette mirando atentamente a Poussin y a Porbus—, ¿no soy, pues, más que una mujer?

Levantó la cabeza con orgullo; pero cuando, tras haber lanzado una mirada fulgurante a Frenhofer, vio a su amante entregado, nuevamente, a la contemplación del retrato que poco antes había tomado por un Giorgione, dijo:

—¡Ah, subamos! A mí nunca me ha mirado así.

—Viejo —dijo Poussin, sacado de su meditación por la voz de Gillette—, ¿ves esta espada? La hundiré en tu corazón a la primera palabra de queja que pronuncie esta muchacha; incendiaré tu casa y nadie se salvará. ¿Entiendes?

Nicolás Poussin tenía un aspecto sombrío y su parlamento fue terrible. Esta actitud y, sobre todo, el gesto del joven pintor, consolaron a Gillette, quien casi le perdonó que la sacrificara por la pintura y por su glorioso porvenir. Porbus y Poussin permanecieron a la puerta del taller, mirándose el uno al otro en silencio. Si bien, al principio, el pintor de la María Egipcíaca se permitió algunas exclamaciones: —¡Ah! ella se está desnudando, ¡él le pide que salga a la luz! ¡La está comparando!—, en seguida calló al ver el aspecto de Poussin, cuyo semblante estaba profundamente afligido, y, si bien los viejos pintores ya no tienen esos escrúpulos, tan insignificantes ante el arte, los admiró por lo ingenuos y hermosos que eran. El joven tenía su mano sobre la empuñadura de su daga y la oreja casi pegada a la puerta. Ambos, en la penumbra y de pie, parecían, de tal guisa, dos conspiradores en espera del momento oportuno para atentar contra un tirano.

—Pasen, pasen —les dijo el anciano radiante de dicha—. Mi obra es perfecta y ahora puedo mostrarla con orgullo. Jamás pintor, pinceles, colores, lienzo ni luz lograrán crear una rival de Catherine Lescault, la bella cortesana.

Movidos por una viva curiosidad, Porbus y Poussin se precipitaron hasta el centro de un amplio taller cubierto de polvo, donde todo estaba en desorden y en el que vieron, aquí y allá, cuadros colgados de las paredes. Se detuvieron, en primer lugar, ante una figura de tamaño natural, semidesnuda, ante la que quedaron llenos de admiración.

—¡Oh!, dejen eso —dijo Frenhofer—, es una tela que he emborronado para estudiar una postura; ese cuadro no vale nada. He aquí mis errores —prosiguió, mostrándoles espléndidas composiciones suspendidas de las paredes de alrededor.

Ante estas palabras, Porbus y Poussin, estupefactos ante su desdén por tales obras, buscaron el retrato anunciado, sin conseguir descubrirlo.

—Pues bien, ¡aquí está! —les dijo el anciano, con los cabellos desordenados, con el rostro inflamado por una exaltación sobrenatural, con los ojos centelleantes y jadeando como un joven embriagado de amor—. ¡Ah, ah! —exclamó—, ¡no esperaban tanta perfección! Están ante una mujer y buscan un cuadro. Hay tanta profundidad en este lienzo, su atmósfera es tan real, que no llegan a distinguirlo del aire que nos rodea. ¿Dónde está el arte? ¡Perdido, desaparecido! He aquí las formas mismas de una joven. ¿No he captado bien el color, la viveza de la línea que parece delimitar el cuerpo? ¿No es el mismo fenómeno que nos ofrecen los objetos que se encuentran inmersos en la atmósfera como los peces en el agua? ¿Aprecian cómo los contornos se destacan sobre el fondo? ¿No les parece que podrían pasar la mano por esa espalda? Y es que durante siete años he estudiado los efectos del encuentro de la luz con los objetos. Y estos cabellos, ¿no están inundados por la luz?... ¡Creo que ha respirado!... ¿Ven este seno? ¡Ah!, ¿quién no querría adorarla de rodillas? Sus carnes palpitan. Está a punto de levantarse, fíjense.

—¿Ve usted algo? —preguntó Poussin a Porbus.

—No. ¿Y usted?

—Nada.

Los dos pintores dejaron al anciano en su éxtasis y comprobaron si la luz, al caer vertical sobre la tela que les mostraba, neutralizaba todos los efectos. Examinaron, entonces, la pintura, colocándose a la derecha, a la izquierda, de frente, agachándose y levantándose alternativamente.

—Sí, sí, es una pintura —les decía Frenhofer, equivocándose sobre la finalidad de este examen escrupuloso—. Miren, aquí está el bastidor y esto es el caballete; en fin, aquí están mis colores y mis pinceles.

Y tomó una brocha que les mostró con un gesto pueril.

—El viejo lansquenete se burla de nosotros —dijo Poussin volviendo ante el pretendido cuadro—. Aquí no veo más que colores confusamente amontonados y contenidos por una multitud de extrañas líneas que forman un muro de pintura.

—Estamos en un error, ¡mire!... —continuó Porbus.

Al acercarse percibieron, en una esquina del lienzo, el extremo de un pie desnudo que salía de ese caos de colores, de tonalidades, de matices indecisos, de aquella especie de bruma sin forma; un pie delicioso, ¡un pie vivo! Quedaron petrificados de admiración ante ese fragmento librado de una increíble, de una lenta y progresiva destrucción. Aquel pie aparecía allí como el torso de alguna Venus de mármol de Paros que surgiera entre los escombros de una ciudad incendiada.

—¡Hay una mujer ahí debajo! —exclamó Porbus señalando a Poussin las capas de colores que el viejo pintor había superpuesto sucesivamente, creyendo

perfeccionar su obra.

Los dos pintores se volvieron espontáneamente hacia Frenhofer, empezando a comprender, aunque vagamente, el éxtasis en que vivía.

—Lo ha hecho de buena fe —dijo Porbus.

—Sí, amigo mío —respondió el anciano, desvelándose—; hace falta la fe, fe en el arte, y vivir durante mucho tiempo con la propia obra, para poder realizar semejante creación. Algunas de estas sombras me han costado mucho trabajo. Miren, allí hay, en su mejilla, bajo los ojos, una ligera penumbra que, si la observan al natural, les parecerá casi intraducible. Pues bien, ¿creen que no me ha costado esfuerzos inauditos reproducirla? Además, mi querido Porbus, si observas atentamente mi trabajo, comprenderás mejor lo que te decía sobre la manera de tratar el modelado y los contornos. Mira la luz del seno y observa cómo, con una serie de toques y de realces muy empastados, he conseguido atrapar la verdadera luz y combinarla con la blancura fulgente de los tonos iluminados; y cómo, mediante un trabajo inverso, eliminando los resaltes y el grano del empaste, he podido, a fuerza de acariciar el contorno de mi figura, atenuado con medios tonos, suprimir hasta la idea de dibujo y de medios artificiales y darle la apariencia y la redondez misma de la naturaleza. Acérquense; verán mejor el trabajo. De lejos, desaparece. ¿Se dan cuenta? Aquí creo que es muy visible.

Y, con el extremo de su brocha, señalaba a los dos pintores un empaste de color claro.

Porbus dio una palmada en el hombro del anciano y volviéndose hacia Poussin dijo a éste:

—¿Sabe usted que vemos en él a un pintor muy importante?

—Es aún más poeta que pintor —respondió Poussin con gravedad.

—Aquí —continuó Porbus tocando la tela—, acaba nuestro arte en la tierra.

—Y, desde aquí, sube a perderse en los cielos —dijo Poussin.

—¡Cuántos placeres en este trozo de lienzo! —exclamó Porbus.

El anciano, absorto, no los escuchaba y sonreía a esa mujer imaginaria.

—Pero, tarde o temprano, ¡se dará cuenta de que no hay nada en su lienzo! —exclamó Poussin.

—Nada en mi lienzo —dijo Frenhofer mirando alternativamente a ambos pintores y a su supuesto cuadro.

—¡Qué ha hecho usted! —le dijo Porbus a Poussin.

El anciano agarró con fuerza el brazo del joven y le dijo:

—¡No ves nada, patán!, ¡bandido!, ¡villano!, ¡afeminado! Entonces, ¿por qué has subido aquí? Mi buen Porbus —continuó, volviéndose hacia el pintor—, ¿también usted se está burlando de mí? ¡Conteste! Soy su amigo, dígame, ¿he echado a perder, pues, mi cuadro?

Porbus, indeciso, no osó decir nada, pero la angustia que se dibujaba en el pálido rostro del anciano era tan atroz, que señaló la tela diciéndole:

—¡Mire!

Frenhofer contempló su cuadro durante un instante y vaciló.

—¡Nada, nada! ¡Y haber trabajado durante diez años!

Se sentó y lloró.

—¡Así que soy un imbécil, un loco! ¡No tengo, pues, ni talento, ni capacidad; no soy más que un hombre rico que cuando camina, no hace sino caminar! De modo que no he producido nada.

Contempló su lienzo a través de sus lágrimas, se irguió de repente con orgullo, y lanzó a los dos pintores una mirada centelleante.

—¡Por la sangre, por el cuerpo, por la cabeza de Cristo, son unos envidiosos que pretenden hacerme creer que está malograda para robármela! ¡Yo, yo la veo! —gritó —; es maravillosamente bella.

En ese momento, Poussin oyó el llanto de Gillette, olvidada en un rincón.

—¿Qué te ocurre, ángel mío? —le preguntó el pintor, súbitamente enamorado de nuevo.

—¡Mátame! —dijo ella—. Sería una infame si te amase todavía, porque te desprecio. Te admiro y me causas horror. Te amo y creo que ya te odio.

Mientras Poussin escuchaba a Gillette, Frenhofer cubría a su Catherine con una sarga verde, con la seria tranquilidad de un joyero que cierra sus cajones creyéndose en compañía de diestros ladrones. Lanzó a ambos pintores una mirada profundamente llena de desprecio y de suspicacia, y los despachó en silencio de su taller, con una celeridad convulsiva. Luego les dijo, desde el umbral de su casa:

—Adiós, mis jóvenes amigos.

Este adiós heló a los dos pintores. Al día siguiente, Porbus, preocupado, volvió a visitar a Frenhofer, y supo que había muerto durante la noche, después de haber quemado sus cuadros.

París, febrero 1832.

Notas

[1] Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862). Poeta, dramaturgo y político granadino. Tras la invasión de los *Cien Mil Hijos de San Luis* se exilió en Francia, donde permaneció hasta 1831. <<

[2] Esta dedicatoria data de 1846. El cuento apareció por vez primera en octubre de 1830 en la *Revue de Paris*. <<

[3] La Tontina es una especie de lotería que asegura a los últimos supervivientes la totalidad de las apuestas. La más célebre era la de Lafarge, donde cotizó durante mucho tiempo el padre de Balzac. <<

[4] A los dioses desconocidos. (Hechos de los Apóstoles, xvii, 23.) <<

[5] En el festín de Belsasar, último rey de Babilonia, apareció su destino en el muro escrito con letras de fuego. (Daniel, v, 1-30.) <<

[6] Molière, *Don Juan*, IV, 3. <<

[7] Una de las más célebres de Roma, empezada según los planos de Rafael y decorada por Julio Romano. <<

[8] En español en el original. <<

[9] Soldado alemán al servicio del Rey de Francia. <<

[10] *Currus venustus*: carruaje elegante; *pulcher homo*: hombre bello. <<